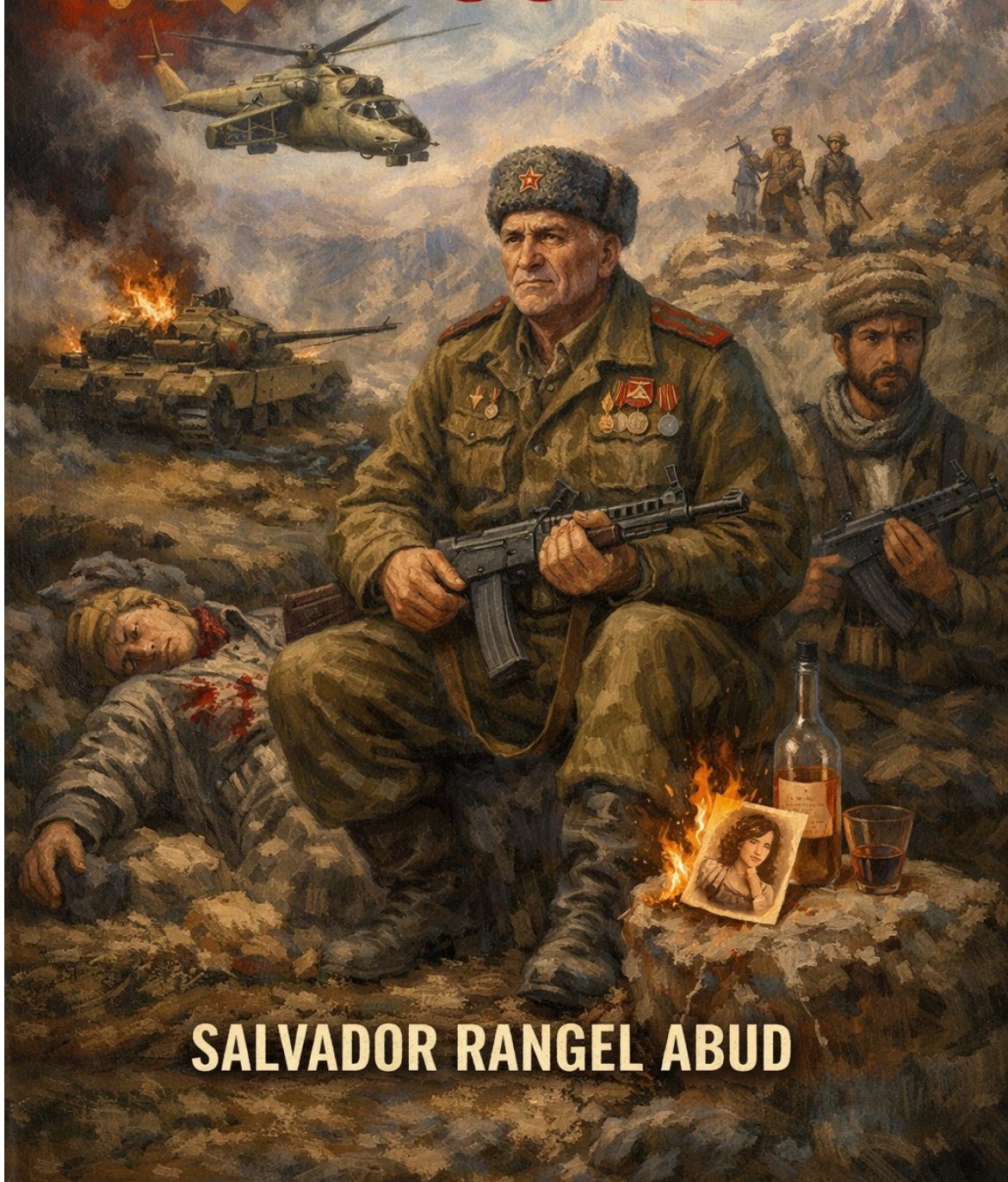


EL ÚLTIMO ROJO DEL SOVIET



EL ÚLTIMO ROJO DEL SOVIET

Por: **Salvador Rangel Abud**

SINOPSIS

En el corazón de la Colonia Roma de la Ciudad de México, la Cantina El Zar no tiene nada de rusa. Tiene, en cambio, una barra de madera oscura, cuatro focos amarillos y una mesa del fondo donde todos los viernes, desde hace años, un hombre de setenta y ocho años pide vodka sin limón y espera.

Dmitri Volkov nació en Leningrado en 1948. Fue ingeniero de turbinas en Sverdlovsk, miembro del Partido, testigo de la disolución de la Unión Soviética y de los noventa que vinieron después. Lleva tres décadas en México. Tiene doscientos libros en ruso en un departamento de dos cuartos en Doctores. Y lleva mucho tiempo cargando una historia que nadie había querido escuchar completa, sin convertirla en otra cosa.

Una noche de octubre, una doctoranda oaxaqueña entra siguiendo a su tutor y termina sentándose a la mesa del fondo. Con el tiempo llegan los demás: Rodrigo, politólogo de izquierda que busca confirmación y recibe complejidad; Valeria, periodista conservadora con grabadora y escepticismo; Tomás, historiador del Colegio de México que calibra cada afirmación con el archivo; Fabiola, contadora que hace las preguntas que los académicos dan por respondidas; Asunción, enfermera que se indigna de manera específica cuando la medicina se convierte en instrumento del Estado.

Semana a semana, desde la Reforma de 1861 hasta la invasión de Ucrania en 2022, Dmitri despliega una historia que no es solo de Rusia. Es la historia de lo que le ocurre a cualquier sistema político cuando el poder no encuentra contrapesos reales. Una historia que entra por la puerta de una cantina y no sale sin dejar algo irreversible en cada uno de los que la escuchan.

El último rojo del Soviet es una novela didáctica narrada con el pulso de la conversación verdadera. Una historia de vodka, de memoria heredada, de ideologías que se complican, de amor que crece en los márgenes de la historia grande, y de un viejo que habla como alguien que sabe que no le queda mucho tiempo para decir lo que tiene que decir.

ADVERTENCIA DE CONTENIDO

Esta novela contiene descripciones de violencia política, hambrunas, deportaciones masivas, campos de concentración, ejecuciones y guerra. Los hechos históricos narrados —incluyendo el Holodomor, el Gulag, el Gran Terror estalinista, el sitio de Leningrado, la invasión soviética a Hungría y Checoslovaquia, y la invasión rusa a Ucrania de 2022— se

presentan con rigor y sin eufemismos. La obra está dirigida a lectores adultos con interés en la historia del siglo XX y en el debate político contemporáneo. No contiene violencia gratuita ni lenguaje sexualmente explícito. Sí contiene la clase de incomodidad que produce escuchar una historia que no se deja simplificar.

SOBRE EL AUTOR

Salvador Rangel Abud es médico cirujano, especialista en salud pública, maestro en administración de hospitales y doctorando en Ciencias, además de escritor aficionado.

En *El último rojo del Soviet* su formación científica, su capacidad de síntesis analítica y su experiencia leyendo sistemas —políticos, institucionales, humanos— desde la perspectiva de quien sabe cómo funcionan por dentro se convierten en el fundamento de una novela didáctica que no renuncia ni al rigor histórico ni al placer narrativo. El resultado es un libro que se puede leer como novela, como ensayo histórico y como conversación pendiente sobre lo que el siglo XX todavía le debe al presente.

Contacto: wrangel.1352@gmail.com

DETALLES DE PUBLICACIÓN

Título: *El último rojo del Soviet*

Autor: Salvador Rangel Abud

Género: Novela didáctica histórica

Extensión: ~33,000 palabras aproximadamente

Estructura: Prólogo + 11 capítulos + Epílogo

Ambientación: Cantina El Zar, Colonia Roma, Ciudad de México

Idioma: Español

Año de publicación: 2025

Plataforma: Internet Archive — Acceso abierto

Contacto: wrangel.1352@gmail.com

NOTA DEL AUTOR

Esta novela nació de una pregunta que llevo años haciéndome: ¿cómo se le explica el siglo soviético a alguien que no lo vivió, sin simplificarlo hasta hacerlo irreconocible y sin cargarlo de tanto aparato teórico que se vuelva inasequible?

No encontré la respuesta en un ensayo ni en un manual. La encontré en Dmitri Volkov: un hombre que lo vivió, o que lo heredó de los que lo vivieron, y que tiene la paciencia y la honestidad de contarlos sin agenda.

Un hombre que no justifica ni condena con la comodidad del que juzga desde afuera, sino que carga la contradicción entera porque es la única manera honesta de cargarla.

Los personajes que lo escuchan son, en distintas medidas, yo mismo en diferentes momentos de mi vida: el que quería que la historia confirmara lo que ya creía, el que llegó con escepticismo y se fue con preguntas, el que tomó notas y el que simplemente escuchó. Si el lector se reconoce en alguno de ellos, la novela habrá cumplido su propósito.

LICENCIA

Esta obra se publica bajo la licencia Creative Commons:

Salvador Rangel Abud © Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

Usted es libre de compartir y distribuir esta obra en cualquier medio o formato, siempre que se otorgue crédito apropiado al autor, no se utilice con fines comerciales y no se generen obras derivadas sin autorización expresa. Más información: creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0

PALABRAS CLAVE

Unión Soviética · Revolución rusa · estalinismo · Gulag · Holodomor · Gorbachov · perestroika · glasnost · Putin · Ucrania · novela histórica · novela didáctica · México · Colonia Roma · izquierda latinoamericana · historia del siglo XX · socialismo · terror político · memoria · identidad nacional

TEMAS PRINCIPALES

La novela no trata sobre Rusia sino sobre el poder — lo que produce cuando no tiene límites, y lo que cuesta cuando los que lo padecen aprenden a nombrarlo. A lo largo de sus once capítulos, *El último rojo del Soviet* explora la memoria como forma de conocimiento: lo que Dmitri sabe no viene del archivo sino de las conversaciones en la cocina, de los silencios de su padre, de los nombres que su familia aprendió a no decir en voz alta; el poder sin contrapesos como constante histórica que no es específicamente rusa sino estructuralmente humana; la contradicción como condición irreducible de quien vivió dentro de un sistema que producía simultáneamente terror y orgullo, crimen y logros reales; la historia y sus usos políticos, con la diferencia permanente entre la historia como herramienta de comprensión y la historia como argumento; y el amor como subtrama construida enteramente en los márgenes de la historia grande, en los vasos que se comparten y en las frases que no se terminan de decir.

El epílogo, "Lo que Dmitri dejó en la mesa", no es un triunfo fácil ni una derrota resignada: es la pregunta que queda después de que todo lo demás se ha dicho, formulada por el hombre que ha hablado durante meses y por los que lo escucharon hasta el final.

CITAS DESTACADAS

"Las revoluciones no empiezan en las fechas que les asignan los historiadores. Empiezan cuando alguien entiende que el sistema bajo el que vive no tiene intención de corregirse solo."

"La libertad que te dan con condiciones no es libertad. Es una deuda con otro nombre."

"Los libros de historia también distorsionan, solo que con la distorsión del que no estuvo ahí y tuvo que reconstruirlo desde los documentos que alguien decidió conservar y otros decidieron destruir."

"Las revoluciones ocurren cuando el ejército decide que tiene más en común con el pueblo que con el gobierno."

"El sistema más eficiente no es el que castiga. Es el que hace que la gente se castigue sola."

"No resumo la historia. La cargo. Hay una diferencia."

"Estoy del lado de los muertos. Que es el único lado que no tiene agenda."

COMPARACIONES LITERARIAS

Los lectores familiarizados con las siguientes obras encontrarán en El último rojo del Soviet un territorio narrativo cercano, con el anclaje mexicano y conversacional que le es propio.

Thomas Mann (La montaña mágica): personajes que representan posiciones ideológicas distintas debaten en un espacio acotado durante un tiempo prolongado, y la historia del mundo exterior entra filtrada por sus palabras. La cantina como sanatorio laico.

Mario Vargas Llosa (Conversación en La Catedral, Historia de Mayta): la frase larga, la subordinación múltiple, la voz que avanza sin prisa pero sin detenerse, y la política latinoamericana como territorio de ideales que la realidad complica sin destruir del todo.

Umberto Eco (El nombre de la rosa): la voluntad de hacer que el conocimiento histórico sea inseparable del placer narrativo, que aprender algo y disfrutar una historia sean el mismo acto.

Antón Chéjov (los cuentos): la cantina como sala de espera del mundo, el vodka como tiempo suspendido, el viejo que habla como alguien que sabe que tiene poco tiempo para decir lo que tiene que decir, y la verdad que llega sin anunciarse y sin pedir permiso.

Dentro de la narrativa de Salvador Rangel Abud, esta novela representa su exploración más sostenida de la historia del siglo XX como materia literaria: donde otras obras suyas abordan la política con humor o la denuncia con indignación contenida, *El último rojo del Soviet* va más despacio, escucha más, y confía en que la historia bien contada no necesita sermón.

PREGUNTAS PARA DISCUSIÓN

Dmitri afirma que la historia soviética no es específicamente rusa, sino una demostración de lo que le ocurre a cualquier sistema sin contrapesos institucionales. ¿Está usted de acuerdo? ¿Puede pensar en ejemplos contemporáneos que confirmen o contradigan esa tesis?

Rodrigo llega a las conversaciones buscando que Dmitri confirme sus convicciones políticas. ¿En qué momento cambia su actitud? ¿Qué provoca ese cambio?

Valeria es la personaje más difícil de convencer. ¿Qué función dramática cumple su escepticismo en la novela?

¿Por qué cree usted que Dmitri elige una cantina, y no una universidad o un foro público, para contar lo que tiene que contar?

La novela presenta el estalinismo como un sistema que producía simultáneamente terror y orgullo, crimen y logros reales. ¿Cómo afecta esa ambigüedad al juicio moral que usted construye como lector?

Don Aurelio dice: "La mayoría de la gente abre ventanas cuando puede y no mueve paredes porque las paredes pesan mucho. No por cobardía. Porque pesan." ¿Es esa una defensa o una crítica?

Al final, Dmitri le dice a Rodrigo que debe saber por qué falló el socialismo soviético antes de intentar el suyo. ¿Es eso un consejo, una advertencia o una rendición?

CÓMO CITAR ESTA OBRA

APA: Rangel Abud, S. (2025). *El último rojo del Soviet*. Internet Archive. <https://archive.org>

MLA: Rangel Abud, Salvador. *El último rojo del Soviet*. Internet Archive, 2025.

Chicago: Rangel Abud, Salvador. *El último rojo del Soviet*. Internet Archive, 2025.

OTRAS OBRAS

Salvador Rangel Abud es autor de más de cien novelas publicadas. Su obra abarca la novela histórica, la ficción didáctica, el thriller científico, la novela de neurodiversidad, la comedia negra, la ciencia ficción, la

sátira política, la crónica costumbrista, la fábula ética, la comedia eclesiástica, el drama psicológico histórico, el thriller médico de denuncia, la comedia romántica, el thriller psicológico clínico, la novela bucólico-costumbrista y —como demuestra esta entrega— la novela didáctica histórica que no renuncia ni al rigor ni al placer de leer.

Todas sus obras de acceso abierto se encuentran disponibles en Internet Archive bajo licencia CC BY-NC-ND 4.0. Para solicitudes de reseña, colaboración editorial o derechos de traducción, contactar directamente al autor por correo electrónico.

MENSAJE FINAL

Rusia tiene una historia que todavía no ha terminado de contarse. No porque falten los hechos —los hechos están ahí, en los archivos que sobrevivieron, en los testimonios que se publicaron después de 1991, en los libros que Dmitri Volkov no pudo leer en voz alta durante décadas— sino porque contarla completa exige algo que la mayoría de las conversaciones políticas no permiten: la disposición de recibir una historia que no confirma lo que ya creías, sin convertirla en argumento para el debate de esta semana.

El último rojo del Soviet no es una predicción ni un manual ni una condena. Es una invitación a sentarse a la mesa del fondo, pedir lo que se quiera tomar, y escuchar hasta el final. La historia que Dmitri cuenta no pertenece a la izquierda ni a la derecha. Pertenece a los que murieron en el Gulag y a los que murieron en el sitio de Leningrado y a los que murieron en Ucrania esta semana. Y esos, como dice el propio Dmitri, son el único lado que no tiene agenda.

Salvador Rangel Abud wrangel.1352@gmail.com

ÍNDICE

PRÓLOGO:	<i>El hombre de la mesa del fondo</i>
CAPÍTULO 1:	<i>La noche del accidente</i>
CAPÍTULO 2:	<i>El Imperio que no podía moverse</i>
CAPÍTULO 3:	<i>La guerra que rompió el mundo</i>
CAPÍTULO 4:	<i>El hombre que llegó en tren sellado</i>
CAPÍTULO 5:	<i>El sueño y sus facturas</i>
CAPÍTULO 6:	<i>El hombre de acero y sus cuentas</i>
CAPÍTULO 7:	<i>La guerra que nadie puede contar completa</i>
CAPÍTULO 8:	<i>El hombre que abrió las ventanas</i>
CAPÍTULO 9:	<i>El estancamiento y la mentira tranquila</i>
CAPÍTULO 10:	<i>El hombre que abrió la caja</i>
CAPÍTULO 11:	<i>El heredero</i>
EPÍLOGO:	<i>Lo que Dmitri dejó en la mesa</i>

EL ÚLTIMO ROJO DEL SOVIET

Salvador Rangel Abud

Prólogo

El hombre de la mesa del fondo

En el corazón de la Colonia Roma, La Cantina El Zar no tenía nada de rusa.

Tenía, en cambio, todo lo que una cantina de esa zona de la ciudad de México necesita para sobrevivir cuatro décadas sin cambiar de nombre ni de dueño: una barra de madera oscura con manchas que nadie había intentado quitar desde los años noventa, cuatro focos amarillos que producían más atmósfera que iluminación, un televisor en la esquina superior izquierda que transmitía futbol con el volumen al mínimo porque Don Aurelio decía que el futbol se veía mejor sin los comentaristas, y un olor acumulado a fritanga, cerveza tibia y tabaco viejo que había impregnado las paredes con la paciencia de los años.

Don Aurelio Castañeda, que tenía sesenta y un años y había comprado el lugar en 1987 con el dinero del seguro de vida de su padre, había bautizado el establecimiento con ese nombre porque de joven le gustaban las películas de época y el zar le parecía una figura suficientemente lejana para ser decorativa y suficientemente dramática para justificar el letrero. No sabía casi nada de la historia rusa, hecho que nunca le había causado el menor inconveniente hasta que un jueves

de febrero de 2013 entró por primera vez un hombre con acento cerrado, pidió vodka en lugar de cerveza, pagó sin regatear y volvió el viernes siguiente.

Y el siguiente.

Y todos los que vinieron después.

Ernestina Tamariz entró a la Cantina El Zar un viernes de octubre por primera vez en su vida, siguiendo a Tomás Ferreiro, que caminaba tres pasos adelante con la carpeta bajo el brazo y el gesto de alguien que conoce el camino. Ernestina conocía ese gesto: era el gesto que Tomás usaba cuando ya había tomado una decisión y continuaba la conversación únicamente como cortesía. La decisión, en este caso, era que la sesión de tutoría que había empezado mal en su cubículo del Colegio de México iba a continuar aquí, donde había cerveza y menos probabilidades de que algún colega entrara a interrumpirlos con preguntas sobre el congreso de Guadalajara.

—El tercer capítulo no tiene problema de fuentes —dijo Tomás, sin detenerse—. Tiene problema de preguntas. Estás respondiendo algo que nadie te preguntó.

—Le estoy dando contexto al lector —dijo Ernestina, que llevaba diciéndolo desde las seis de la tarde y empezaba a notar que repetirlo no mejoraba el argumento.

—El lector no necesita contexto. Necesita que tú sepas lo que estás argumentando.

Entraron. Tomás eligió una mesa sin consultar, con la autoridad inconsciente de quien siempre elige las mesas. Ernestina se sentó frente a él, abrió su cuaderno en la página que tenía doblada desde la tarde y miró el salón por primera vez.

No era tarde todavía, apenas pasaban las nueve, pero la cantina tenía esa densidad particular de los viernes: gente que llegaba con la semana encima y la dejaba sobre la barra en forma de orden de bebida. En la televisión, dos equipos que Ernestina no identificó disputaban un balón en un estadio de fútbol lleno. Don Aurelio limpiaba vasos detrás de la barra con un trapo que, a juzgar por su aspecto, probablemente los ensuciaba más de lo que los limpiaba, pero lo hacía con el ritmo satisfecho de quien lleva décadas perfeccionando un gesto inútil.

Fue entonces cuando Ernestina vio la mesa del fondo.

Era la más alejada de la entrada, la más cercana a la pared del fondo donde colgaba un calendario de una cervecería con una foto de playa que no tenía ninguna relación con el nombre del establecimiento. En esa mesa había un hombre de edad difícil de calcular a primera vista: podía tener setenta años o podía tener noventa, dependiendo de si uno miraba las manos —grandes, de nudillos prominentes, con la piel manchada del color específico de los años— o los ojos, que eran de un azul grisáceo y

tenían la cualidad extraña de parecer completamente presentes en un cuerpo que daba la impresión de estar pensando en otro sitio.

Tenía un vaso de vodka frente a él. No cerveza, no mezcal, no ninguna de las bebidas habituales de las mesas de los viernes en la Roma. Vodka, en un vaso corto, con una rodaja de limón al lado que no había tocado.

Había algo en su postura —la espalda recta a pesar de los años, los codos apoyados con una simetría que no parecía casual— que le recordó a Ernestina a su abuelo materno en Oaxaca, que había sido maestro rural durante cuarenta años y tenía esa misma manera de ocupar una silla como si la silla hubiera sido diseñada específicamente para él y todas las demás fueran aproximaciones.

—Ernestina —dijo Tomás.

Ella volvió los ojos al cuaderno.

—¿Cuál es tu pregunta central?

—La influencia de los modelos del siglo veinte en la izquierda latinoamericana actual —dijo Ernestina, con el automatismo de quien ha repetido algo tantas veces que las palabras han perdido peso.

—Eso es un tema. No es una pregunta.

Ernestina abrió la boca para responder y en ese momento, desde la mesa del fondo, llegó una voz.

No era una voz que pedía atención. Era una voz que simplemente hablaba, con la cadencia de alguien que lleva mucho tiempo ordenando sus pensamientos en un idioma que no es el primero que aprendió y ha encontrado en esa distancia una precisión particular. Hablaba en español, con un acento que aplastaba las “eses” y ensanchaba las vocales de una manera que Ernestina tardó un momento en identificar como rusa.

—El problema —decía el hombre— es que ustedes piensan que la revolución empezó en octubre. Eso es lo que dice el libro. Pero el libro lo escribieron los que ganaron octubre, y los que ganan siempre organizan la historia desde el punto que más les conviene.

Ernestina giró la cabeza. El hombre de la mesa del fondo no hablaba solo: frente a él, en el otro lado de la mesa, había dos personas que Ernestina no había visto al entrar. Un hombre de unos treinta años con barba de dos días y una chaqueta de pana que tenía algo de estudiante de posgrado tardío, y una mujer de pelo corto y expresión de alguien que escucha con mucha atención pero que reserva su juicio para más adelante. El hombre de la chaqueta miraba al viejo con la concentración específica de quien está recibiendo exactamente lo que esperaba. La mujer tomaba notas en su teléfono con el pulgar, lo cual era en sí mismo una declaración de posición.

—¿Entonces cuándo empezó? —preguntó el hombre de la chaqueta.

El viejo levantó el vaso, bebió despacio, lo dejó.

—Empezó cuando el abuelo de mi padre volvió del campo y le dijo a su hijo que la tierra que habían trabajado durante tres generaciones seguía sin ser suya. Eso fue en 1862. Cincuenta y cinco años antes de octubre. Las revoluciones no empiezan en las fechas que les asignan los historiadores. Empiezan cuando alguien entiende que el sistema bajo el que vive no tiene intención de corregirse solo.

Tomás, que había estado mirando a Ernestina con la paciencia de un hombre acostumbrado a esperar que sus interlocutores vuelvan al tema, siguió la dirección de su mirada. Escuchó. Frunció el ceño con la expresión de alguien que está procesando una afirmación y encontrando en ella algo que no termina de cuadrar.

—La Revolución de Febrero fue espontánea —dijo Tomás, en voz suficientemente alta para que llegara a la mesa del fondo, sin levantar la vista de la cerveza que Don Aurelio había depositado frente a él sin que nadie la pidiera, porque Tomás venía todos los jueves y Don Aurelio tenía buena memoria—. No fue organizada por ningún partido. Fue una huelga en la fábrica Putilov que se salió de control y arrastró a la ciudad. Los bolcheviques estaban tan sorprendidos como los zaristas. Lenin se enteró en Zúrich leyendo el periódico.

Silencio.

Ernestina miró a Tomás. Tomás seguía mirando su cerveza.

En la mesa del fondo, el hombre de ojos grises volvió despacio la cabeza hacia la dirección de donde había llegado la voz. Miró a Tomás durante un momento que fue suficientemente largo para tener peso. No era la mirada de alguien que ha sido interrumpido. Era la mirada de alguien que está decidiendo, con información incompleta, si quien habla merece una respuesta o un silencio.

Decidió que merecía una respuesta.

—Tiene razón en la mecánica —dijo—. Febrero los sorprendió a todos. Pero la sorpresa no ocurre en el vacío. Ocurre sobre un suelo que alguien preparó durante décadas. La pregunta no es quién organizó el estallido. La pregunta es por qué ese suelo estaba tan seco que una chispa fue suficiente.

Tomás levantó los ojos. El hombre de la mesa del fondo lo miraba con algo que era difícil de clasificar: no era el entusiasmo del que quiere ganar un argumento, ni la condescendencia del que sabe más. Era algo más parecido a la curiosidad, la misma que se tiene ante un instrumento que no se conoce bien pero que produce un sonido interesante.

—Dmitri Volkov —dijo el hombre, en un tono que no era presentación sino apenas concesión.

—Tomás Ferreiro —respondió Tomás.

Una pausa.

—¿Historiador?

—Sí.

—¿Rusia?

—Siglo veinte en general. Pero sí, algo de Rusia.

Dmitri Volkov asintió con la cabeza una sola vez, como quien valida un dato sin necesidad de confirmarlo en voz alta. Luego miró a Ernestina, que seguía con el cuaderno abierto sobre la mesa y la pluma suspendida en el aire en el gesto de alguien a quien interrumpieron a la mitad de una anotación que ya no recuerda cuál era.

—¿Y usted? —preguntó.

—Ernestina Tamariz. Soy su tutorada.

—¿Tutorada en qué?

—Doctorado. Estoy escribiendo sobre la influencia de los modelos políticos del siglo veinte en la izquierda latinoamericana actual.

Dmitri Volkov miró su vaso. Lo giró ligeramente sobre la mesa, como si estuviera evaluando algo desde un ángulo diferente.

—Entonces —dijo— le interesa saber si lo que vivimos nosotros sirve de algo para lo que viven ustedes.

Ernestina tardó un segundo.

—Sí —dijo—. Más o menos eso.

—Siéntense —dijo Dmitri Volkov.

No era una invitación. Era la instrucción tranquila de alguien que ha tomado una decisión y no ve ninguna razón para rodearla de protocolo. Tomás recogió su cerveza y su carpeta sin deliberar demasiado. Ernestina cerró el cuaderno, lo guardó en la mochila, y abrió otro: el que usaba para las cosas que no estaban en el plan de estudios pero que de alguna manera siempre terminaban siendo las más importantes.

Al otro lado de la mesa, el hombre de la chaqueta de pana hizo espacio con el gesto de alguien que lleva suficiente tiempo en ese lugar para saber cuándo la mesa está a punto de crecer. La mujer del teléfono dejó de tomar notas por primera vez en la noche y los miró con una expresión que era simultáneamente evaluadora y, para quienes la conocían bien — cosa que Ernestina tardaría en hacer—, levemente divertida.

—Rodrigo Saavedra —dijo el hombre de la chaqueta, extendiendo la mano.

—Valeria Montoya —dijo la mujer, sin extender la suya, pero asintiendo con una inclinación breve que era suficiente.

Don Aurelio llegó con un trapo sobre el hombro y la expresión de alguien que ha visto muchas veces cómo dos mesas se convierten en una y sabe exactamente lo que eso significa en términos logísticos y de consumo.

—¿Les traigo algo? —preguntó.

—Vodka —dijo Dmitri.

—Cerveza —dijo Rodrigo.

—Lo mismo —dijo Tomás.

—Agua mineral —dijo Valeria.

Ernestina miró el menú que nadie le había dado y que de todos modos no necesitaba consultar.

—Mezcal —dijo—. Con sal de gusano

Don Aurelio asintió y se fue. En la televisión de la esquina, uno de los equipos marcó un gol que nadie en la cantina celebró, porque nadie estaba mirando el fútbol.

Dmitri Volkov puso las manos sobre la mesa, una junto a la otra, con la palma hacia abajo, en el gesto de alguien que está ordenando sus papeles antes de empezar a hablar. No tenía papeles. Era simplemente el gesto.

—Voy a contarles algo —dijo—. No porque me lo hayan pedido, sino porque llevo mucho tiempo cargándolo y porque esta noche, por razones que no entiendo completamente, me parece que hay gente en esta mesa que puede escucharlo sin convertirlo en otra cosa.

Nadie respondió. Afuera, en la calle, pasó un camión que hizo vibrar los vasos sobre la barra.

—Nací en Leningrado en 1948 —dijo Dmitri Volkov—. En una ciudad que tres años antes había enterrado a un millón de sus habitantes. Mi abuelo fue uno de ellos. Mi padre sobrevivió comiendo cola de carpintero hervida durante novecientos días y nunca habló de eso en toda su vida. Crecí en un país que decía ser el futuro de la humanidad y que en muchas cosas era exactamente eso, y en muchas otras era exactamente lo contrario.

Hizo una pausa. Levantó el vaso nuevo que Don Aurelio había dejado sin hacer ruido.

—La Revolución Bolchevique no empezó en 1917 —dijo—. Empezó mucho antes. Y no terminó en 1991, cuando arriaron la bandera roja del Kremlin. Todavía no ha terminado. Lo que está pasando ahora mismo en Ucrania es el mismo capítulo. Solo que con diferente ortografía.

Rodrigo Saavedra se inclinó hacia adelante con la expresión del hombre que lleva meses esperando exactamente esta conversación sin saber que la estaba esperando.

Valeria Montoya dejó el teléfono boca abajo sobre la mesa por primera vez en la noche.

Tomás Ferreiro abrió su carpeta, sacó una pluma y la dejó sobre el papel en blanco, lista.

Ernestina Tamariz abrió su cuaderno en la primera página limpia que encontró. Escribió la fecha en el margen superior. Debajo, en letras más pequeñas, escribió una pregunta que no era la de su tesis pero que de pronto le parecía más urgente que cualquiera de las que había formulado hasta entonces:

¿Qué hace que un sistema que prometía la justicia produzca el terror?

Afuera, la colonia Roma hacía el ruido que hace los viernes en octubre: taxis, música filtrada por ventanas, el rumor de una ciudad que no termina de decidir si está celebrando o simplemente resistiendo.

Adentro, en la Cantina El Zar, Dmitri Volkov empezó a hablar.

Capítulo 1

La noche del accidente

Rodrigo Saavedra había llegado a la Cantina El Zar esa noche con un plan que era, como la mayoría de sus planes, más sencillo en la teoría que en la ejecución.

El plan era este: traer a Valeria Montoya a conocer a Dmitri Volkov, dejar que el viejo hablara durante veinte o treinta minutos sobre la Rusia que había vivido, observar cómo la expresión de Valeria pasaba del escepticismo profesional a algo más parecido al asombro, y aprovechar ese momento —ese instante preciso en que una persona descubre que el mundo es más complicado y más rico de lo que suponía— para decirle algo que llevaba dos años sin poder decirle en ningún otro contexto.

No había calculado a Tomás Ferreiro.

Nadie calculaba a Tomás Ferreiro. Era uno de esos hombres que aparecen en los márgenes de las situaciones y de pronto están en el centro de ellas sin que nadie entienda exactamente cuándo ocurrió el desplazamiento. Ahora estaba sentado a la derecha de Rodrigo con una cerveza y una pluma, y la pluma estaba sobre el papel con una postura de lista que a Rodrigo le pareció levemente amenazante, aunque no habría podido explicar por qué.

Valeria, a su izquierda, había dejado el teléfono boca abajo. Eso era buena señal. Ella con el teléfono boca abajo era Valeria Montoya prestando atención, y Valeria Montoya prestando atención era, en la experiencia de Rodrigo, una de las cosas más difíciles y más valiosas de conseguir en el mundo conocido.

Dmitri Volkov había pedido otro vodka y empezaba a hablar.

No arrancó con 1917, ni con Lenin, ni con ninguna de las fechas que Rodrigo había aprendido a manejar en los seminarios de formación política de su partido. Arrancó, como siempre que hablaba de Rusia, por un lugar que al principio parecía lateral y que después resultaba ser exactamente el centro.

—Mi padre —dijo— se llamaba Aleksei Volkov. Era obrero en una fábrica de rodamientos en Leningrado. No era un hombre político. No leía a Marx, no asistía a las reuniones del Partido más de lo estrictamente necesario, no creía en el socialismo científico ni en ningún otro socialismo que tuviera adjetivo. Lo que sí creía era en el trabajo, en el orden, y en que las cosas debían ser como debían ser. Era un hombre del siglo diecinueve metido en el siglo veinte por accidente de calendario.

Ernestina escribía. Tomás escuchaba con los codos sobre la mesa y la expresión de quien está archivando.

—Pero su padre —continuó Dmitri—, el padre de mi padre, era diferente. Era campesino. Vivía en un pueblo al sur de Nóvgorod donde la familia llevaba cultivando la misma tierra desde antes de que nadie recordara. Cuando en 1861 el zar Alejandro II abolió la servidumbre, ese hombre — mi bisabuelo, al que nunca conocí pero del que mi padre hablaba como si lo hubiera visto ayer— fue a la plaza del pueblo a escuchar el edicto que leía el funcionario enviado desde la ciudad. Escuchó que era libre. Que ya no era propiedad de nadie. Que la tierra que trabajaba era ahora, en algún sentido, suya.

Dmitri hizo una pausa. Giró el vaso sobre la mesa.

—Luego el funcionario explicó las condiciones. Para obtener la tierra, el campesino debía pagar al antiguo dueño el valor de esa tierra en cuotas anuales durante cuarenta y nueve años. Cuotas que, para alguien que acababa de salir de la servidumbre sin un rublo, era prácticamente imposible pagar sin endeudarse con el mismo sistema que acababa de liberarlo. Mi bisabuelo escuchó todo eso y caminó de regreso a su casa sin decir nada. Esa noche, según le contó a mi padre décadas después, pensó una sola cosa: que la libertad que te dan con condiciones no es libertad. Es una deuda con otro nombre.

Rodrigo sintió el impulso de interrumpir, de conectar esa imagen con algo que había leído en Gramsci o en algún análisis sobre la deuda histórica del campesinado latinoamericano, pero se contuvo. Había aprendido, en los meses que llevaba viniendo a El Zar, que interrumpir a Dmitri en los primeros diez minutos era el equivalente narrativo de apagar la televisión en el minuto decisivo del partido.

—Eso —dijo Dmitri— es lo que hay que entender antes de hablar de 1917. La Rusia que estalló en octubre no era una Rusia que hubiera vivido en paz y prosperidad y que de pronto se volvió loca. Era una Rusia que llevaba cincuenta años acumulando decepciones concretas. La reforma agraria que no reformó nada. La industrialización que trajo fábricas a las ciudades pero no trajo derechos a los que trabajaban en ellas. Un zar que gobernaba con la convicción de que su poder venía de Dios y que cualquier limitación a ese poder era, en consecuencia, un asunto teológico y no político.

—Nicolás II —dijo Tomás, sin pregunta en la voz. Solo verificación.

—Nicolás II —confirmó Dmitri—. Un hombre que en otro siglo y en otro país habría sido un padre de familia perfectamente decente. Amaba a su esposa, adoraba a sus hijos, tenía buen gusto para los perros y las fotografías. Pero era el gobernante de un imperio de ciento cincuenta millones de personas en el momento en que la historia exigía un reformador, y él era constitutivamente incapaz de reformar nada, porque reformar habría implicado admitir que el sistema heredado de su padre y del padre de su padre tenía defectos, y eso era algo que su formación, su fe y su temperamento le impedían hacer.

—La Constitución de 1905 —dijo Tomás.

Dmitri lo miró con una expresión que era entre apreciativa y cautelosa, como la de un narrador que sabe que tiene un oyente que conoce el libreto y está evaluando si eso es una ventaja o un problema.

—La Constitución de 1905 —dijo—. Sí. El Domingo Sangriento de enero. Las tropas del zar disparando sobre una marcha pacífica de trabajadores frente al Palacio de Invierno. Ciento treinta muertos, según los datos oficiales. Según los testigos, muchos más. El país se paralizó. Hubo huelgas, motines, el acorazado Potemkin. Y Nicolás II, presionado, firmó el Manifiesto de Octubre de 1905: una constitución, una Duma —un parlamento— con poderes limitados, libertades civiles básicas. El primer paso, en apariencia, hacia una monarquía constitucional.

—¿Y no funcionó? —preguntó Valeria. Era la primera vez que hablaba desde que se habían sentado los cinco juntos, y lo hizo con el tono específico de quien hace preguntas no para aprender sino para verificar si el interlocutor es honesto.

—Funcionó exactamente lo suficiente para que Nicolás II pensara que había dado demasiado —dijo Dmitri—, y lo suficientemente poco para que los que habían pedido más pensaran que no había dado nada. Disolvió la primera Duma después de setenta y tres días porque no le gustaban las preguntas que hacían sus miembros. La segunda, después de ciento dos. Modificó la ley electoral para garantizar que la tercera estuviera compuesta principalmente por aristócratas y propietarios. La Duma que el zar aceptó era la Duma que no lo molestaba. Eso no es una constitución. Es un decorado.

Valeria asintió con la cabeza. No era un asentimiento de acuerdo ideológico. Era el asentimiento de quien ha recibido una respuesta que considera honesta.

—¿Y la industrialización? —preguntó Ernestina, que llevaba un rato con la pluma sobre el papel y la pregunta en la boca—. Porque Rusia sí se industrializó. No al ritmo de Inglaterra o Alemania, pero hubo fábricas, hubo ferrocarriles.

—Hubo ferrocarriles —dijo Dmitri—. El Transiberiano. El más largo del mundo. Cien mil kilómetros de vías al inicio del siglo veinte. Pero los ferrocarriles se construyeron para mover tropas y para exportar grano,

no para conectar a la gente. Y las fábricas que crecieron en Petrogrado y Moscú y Ekaterimburgo atraieron a campesinos que dejaban el campo con lo puesto y llegaban a ciudades que no estaban preparadas para recibirlos. Sin sindicatos, sin salario mínimo, sin límite de horas. Jornadas de doce, catorce horas en condiciones que en Occidente habrían sido ilegales desde hacía décadas.

—Como en México en el Porfiriato —dijo Rodrigo, que llevaba conteniendo ese impulso desde hacía veinte minutos y ya no pudo más.

Dmitri lo miró.

—Parecido —dijo—. Los procesos de industrialización tardía tienen esa constante: el capitalismo llega primero que los derechos. La pregunta es qué pasa después. En México vino la Revolución de 1910. En Rusia vino algo más grande y más violento. Las condiciones de partida no eran tan distintas. Lo que fue distinto fue lo que construyeron sobre ellas.

—O lo que creyeron estar construyendo —dijo Valeria, con un filo apenas perceptible.

Rodrigo la miró. Ella no le devolvió la mirada. Seguía mirando a Dmitri.

—O lo que creyeron estar construyendo —repitió Dmitri, sin molestia—. Esa distinción es importante y vamos a volver a ella muchas veces. Por ahora quedémonos en el suelo. En lo que había antes del edificio.

Don Aurelio llegó con una segunda ronda que nadie había pedido pero que todos aceptaron sin discutir. Era un hombre con instinto para los tiempos, y el tiempo de esta mesa era claramente el de una conversación que iba a durar.

—La guerra —dijo Tomás. No era una pregunta. Era un recordatorio del siguiente eslabón de la cadena, la forma que tiene un historiador de decirle a otro narrador: sé hacia dónde vas, no te desvíes.

—La guerra —dijo Dmitri—. Pero antes de la guerra, quiero que entiendan una cosa sobre la Rusia de 1914. Era un país con una contradicción en el centro que nadie había resuelto y que todo el mundo sentía. Era simultáneamente una de las potencias militares más grandes del mundo y un país donde la mayoría de la población vivía en condiciones que no habían cambiado sustancialmente desde el siglo diecisiete. Tenía un ejército de varios millones de hombres y una industria que no podía equiparlos. Tenía una clase intelectual brillante — los mejores novelistas del mundo, los mejores músicos— y una tasa de analfabetismo del setenta por ciento. Era un gigante con los pies en épocas distintas.

—¿Y el Partido Socialdemócrata? —preguntó Rodrigo—. ¿Los bolcheviques ya existían?

—El Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia existía desde 1898. En 1903 se dividió en dos fracciones: los bolcheviques, que en ruso significa algo así como los de la mayoría, aunque en aquel congreso no eran

exactamente la mayoría, solo ganaron una votación puntual, y los mencheviques, los de la minoría. La diferencia no era solo táctica. Era sobre el tipo de partido que querían construir. Lenin, que encabezaba la fracción bolchevique, quería un partido pequeño, disciplinado, de revolucionarios profesionales. Los mencheviques preferían un partido de masas, más abierto, más parecido a los partidos socialistas de Europa occidental. Esa diferencia, que en 1903 parecía una discusión académica entre emigrados en Bruselas y Londres, iba a tener consecuencias que cambiaron el mundo.

—¿Y Lenin dónde estaba en 1914? —preguntó Ernestina.

—En el exilio. Como casi siempre. Lenin pasó la mayor parte de su vida adulta fuera de Rusia: en Londres, en Ginebra, en París, en Cracovia. Era un hombre que organizaba una revolución desde bibliotecas europeas, escribiendo cartas, artículos, panfletos, discutiendo estrategia con emigrados en cafés que no tenían nada de ruso. Tenía cuarenta y cuatro años en 1914, llevaba décadas preparando algo que todavía no sabía cuándo ni cómo iba a ocurrir, y probablemente hay momentos en que él mismo dudó de que fuera a ocurrir en su vida.

—¿Usted qué piensa de Lenin? —preguntó Rodrigo. Era la pregunta que llevaba meses queriendo hacer y que siempre había pospuesto porque en el orden de las noches del Zar las preguntas directas sobre los protagonistas llegaban cuando el contexto las sostenía, y el contexto hasta ahora siempre había llegado cuando Rodrigo ya estaba en el camión de regreso a casa.

Dmitri miró su vaso. Lo giró una vez sobre la mesa.

—Pienso que fue el hombre más inteligente de su época en el terreno que eligió —dijo—. Y pienso que esa inteligencia, sin ningún contrapeso moral o institucional, produjo cosas que ninguna inteligencia, por grande que sea, puede justificar. Pero eso todavía no es esta noche. Esta noche seguimos en el suelo. En la Rusia que no podía moverse y que sin embargo necesitaba moverse o romperse.

—¿Y cuál de las dos ocurrió? —preguntó Valeria.

—Las dos —dijo Dmitri—. Al mismo tiempo. Eso es lo que hace que la historia rusa del siglo veinte sea tan difícil de contar y tan difícil de dejar de contar. Nunca ocurrió solo una cosa. Siempre ocurrieron dos, y las dos eran verdaderas, y las dos se contradecían.

Se hizo un silencio que no era incómodo. Era el silencio de cinco personas que están procesando algo al mismo tiempo y que cada una lo procesa desde un lugar diferente. Rodrigo miraba la mesa con la expresión del hombre que está reorganizando un mapa mental que creía terminado. Valeria tenía el teléfono en la mano pero no lo había desbloqueado. Tomás escribía. Ernestina miraba a Dmitri con la pregunta todavía formándose, la clase de pregunta que tarda en encontrar su forma exacta porque toca algo que uno no sabía que tenía.

—¿La gente común lo veía venir? —preguntó finalmente—. ¿La gente como su bisabuelo, como su abuelo, sentía que algo iba a ocurrir?

Dmitri la miró durante un momento.

—Mi padre me contó algo una vez —dijo—. Me contó que su padre, en los últimos años antes de la guerra, cuando ya trabajaba en la fábrica de Leningrado y había dejado el campo, decía que el país le recordaba a una olla en la lumbre. Que el agua ya hervía pero que nadie había quitado la tapa todavía. Y que cuando alguien quitara la tapa, lo haría de golpe, y que todo lo que había adentro iba a salir de una manera que nadie podía controlar del todo.

—¿Y él quería que saliera? —preguntó Ernestina.

—Quería que las cosas fueran diferentes —dijo Dmitri—. Si eso significa querer que saliera, entonces sí. Pero los hombres como mi abuelo no pensaban en términos de revolución o no revolución. Pensaban en términos de justicia o injusticia. La pregunta que él se hacía no era la de los libros de teoría política. Era una más simple y más urgente: ¿por qué el trabajo de toda una vida no alcanza para que tu hijo tenga menos miedo que tú?

Nadie respondió. Afuera pasó otro camión. Los vasos no vibraron esta vez.

Don Aurelio, desde la barra, limpió un vaso limpio con el trapo habitual y lo dejó en su lugar con el cuidado de quien ha aprendido que hay momentos en que el ruido sobra.

Fue Rodrigo quien habló primero, y lo hizo con una voz más baja que la habitual, la voz de alguien que está siendo honesto a pesar de sí mismo.

—Esa pregunta —dijo— todavía no tiene respuesta.

Dmitri Volkov lo miró. Asintió una sola vez, despacio.

—No —dijo—. Todavía no.

Y pidió otro vodka.

Capítulo 2

El Imperio que no podía moverse

Rodrigo llegó esa noche con quince minutos de anticipación.

No era su costumbre llegar temprano a ningún lado, rasgo que sus compañeros de partido atribuían a una convicción ideológica sobre el tiempo colectivo y que en realidad era simple desorganización elevada a principio. Pero los viernes en El Zar eran diferentes. Los viernes en El Zar, Rodrigo llegaba temprano porque quería asegurarse de que la mesa del fondo siguiera siendo la mesa del fondo, y no la mesa de una pareja de la colonia que llegara antes que él y se sentara ahí sin saber lo que estaba ocupando.

Don Aurelio lo vio entrar, miró el reloj de la pared con una expresión de ligera sorpresa, y le sirvió la cerveza sin preguntar.

—¿Ya van a venir los demás? —preguntó.

—En un rato —dijo Rodrigo.

Don Aurelio asintió y volvió a sus vasos. En la televisión de la esquina, un partido de fútbol transcurría con la indiferencia habitual del fútbol mudo.

Valeria llegó puntual, que era su manera de llegar siempre: ni temprano ni tarde, en el minuto exacto en que había dicho que llegaría, lo cual Rodrigo interpretaba como una forma de control y Valeria llamaba simplemente respeto por el tiempo propio y ajeno. Se sentó, revisó el lugar con la mirada rápida de costumbre, y aceptó el agua mineral que Don Aurelio depositó frente a ella antes de que lo pidiera.

—Llegaste temprano —dijo, mirando a Rodrigo.

—Quería asegurar la mesa.

Valeria miró la cantina casi vacía.

—Hay doce mesas libres —dijo.

—Esta es la que importa —dijo Rodrigo.

Valeria no respondió, pero algo en la comisura de sus labios indicó que había registrado la frase y que todavía no había decidido qué hacer con ella.

Tomás y Ernestina llegaron juntos desde el Colegio con la conversación de tutoría activa, en el punto específico donde Ernestina acababa de reformular su pregunta central de una manera que Tomás consideraba prometedora pero insuficiente, distinción que ella encontraba frustrante pero que ya había aprendido a recibir como señal de progreso.

Dmitri estaba en su mesa desde antes que todos, como siempre. Tenía el vodka a medias y la expresión de alguien que ha estado pensando en algo durante el camino y que al llegar descubre que el pensamiento todavía no ha terminado.

—Esta semana —dijo Dmitri, antes de que nadie pudiera orientar la conversación— quiero hablar de la Rusia que existía antes de que todo se rompiera. No de la revolución. De lo que había debajo.

—El Imperio —dijo Tomás.

—El Imperio —confirmó Dmitri—. Que era una cosa muy específica y muy distinta de lo que la palabra imperio suena en otros contextos.

El Imperio Ruso en 1900, explicó Dmitri, era el Estado más grande del mundo por territorio: veintidós millones de kilómetros cuadrados, una sexta parte de la superficie terrestre, que se extendía desde las orillas del Báltico hasta el Pacífico y desde el Ártico hasta las fronteras con Persia y Afganistán. Ciento veinte millones de habitantes de más de cien

grupos étnicos distintos, que hablaban lenguas que no se parecían entre sí y que profesaban religiones que en algunos casos llevaban siglos en conflicto. Un ejército de varios millones de hombres. Una burocracia que tardaba meses en trasladar una decisión desde Petrogrado hasta las provincias del este.

Y en el centro de todo eso, un sistema político que en 1900 era ya una anomalía en Europa: la autocracia zarista. El zar no era un monarca constitucional como los de Inglaterra o Suecia. Era, en teoría y en práctica, el poder absoluto. Gobernaba por derecho divino, sin parlamento, sin constitución, sin ningún mecanismo institucional que limitara su autoridad excepto su propia voluntad y la de Dios, cuya opinión no estaba disponible para verificación independiente.

—¿Y nadie cuestionaba eso? —preguntó Ernestina.

—Muchos lo cuestionaban —dijo Dmitri—. Los intelectuales, los estudiantes, los socialistas de distintas corrientes que llevaban décadas organizándose en la clandestinidad. Pero la mayoría de la población, que era campesina y analfabeta, tenía una relación con el zar que no era exactamente política. Era más parecida a la que se tiene con una fuerza natural: algo que existe, que puede ser benévolo o destructivo, y sobre lo cual uno no tiene control pero ante lo cual puede rezar.

—La figura del batiushka —dijo Tomás—. El padrecito zar.

—El padrecito zar —repitió Dmitri—. Una imagen que los propios zares cultivaron con cuidado y que al mismo tiempo los atrapaba: si eres el padre de todos, eres responsable de todos, y cuando los hijos sufren hambre el padre tiene que explicar por qué.

El problema más grande del Imperio, continuó Dmitri, no era político sino agrario. La abolición de la servidumbre en 1861 había sido el mayor acto reformista del zarismo y al mismo tiempo su mayor oportunidad perdida. Veintidós millones de siervos habían sido formalmente liberados. Pero la libertad tenía condiciones: para obtener la tierra que cultivaban, los campesinos debían pagar al Estado una suma equivalente a su valor de mercado en cuotas anuales durante cuarenta y nueve años, los llamados pagos de rescate. El Estado pagaría a los terratenientes de inmediato y los campesinos le reembolsarían al Estado a lo largo de casi cinco décadas.

—¿Con qué dinero? —preguntó Valeria, con el instinto de quien siempre busca la cifra detrás del argumento.

—Con el de sus cosechas —dijo Dmitri—. Que en los años buenos apenas alcanzaba y en los años malos no alcanzaba. La consecuencia fue que los campesinos emancipados quedaron endeudados con el Estado durante generaciones, cultivando una tierra que en teoría podía ser suya y que en práctica nunca lo sería del todo mientras duraran los pagos. Y los pagos duraron hasta 1905, cuando el gobierno los canceló porque la

revolución de ese año había demostrado que el campesinado tenía un límite de tolerancia.

—¿La tierra era buena? —preguntó Fabiola, que había llegado en silencio y se había instalado en su taburete de costumbre sin que nadie lo notara hasta ese momento.

Dmitri la miró con la expresión de quien aprecia la pregunta concreta en medio de las abstractas.

—La tierra del centro y del sur era extraordinariamente fértil —dijo—. Las tierras negras, el chernozem, que producían el trigo que Rusia exportaba a Europa. El problema no era la tierra. Era que el sistema de distribución, los precios, los impuestos y los pagos de rescate estaban organizados de tal manera que el campesino que cultivaba esa tierra extraordinaria seguía siendo pobre con una regularidad que no era accidental. Era el resultado de decisiones políticas que beneficiaban a los terratenientes y al Estado y que nadie con poder para cambiarlas tenía incentivo de cambiar.

—La industrialización —dijo Rodrigo, que llevaba un rato con el impulso de conectar todo eso con algo que había leído durante la semana.

—La industrialización —confirmó Dmitri—. Que llegó tarde y llegó rápido, que es una combinación especialmente violenta. Entre 1880 y 1914, Rusia experimentó uno de los crecimientos industriales más acelerados del mundo. Fábricas textiles en Moscú, fundiciones en los Urales, refinerías de petróleo en Bakú, que era en ese momento el mayor campo petrolero del mundo. El Transiberiano, que cuando se terminó en 1904 era el ferrocarril más largo del planeta.

—¿Y eso no mejoró las condiciones? —preguntó Ernestina.

—Mejóro las condiciones de algunos —dijo Dmitri—. Creó una burguesía industrial incipiente, una clase media en las ciudades, una pequeña aristocracia financiera. Pero los campesinos que llegaban del campo a trabajar en las fábricas de Petrogrado o Moscú encontraban jornadas de doce a catorce horas, sin legislación laboral, sin sindicatos reconocidos, en barrios obreros construidos con la misma lógica con que se construían los establos: el mínimo necesario para que el animal produzca. La diferencia entre la servidumbre del campo y el trabajo fabril en las ciudades era real pero no tan grande como para que la segunda se sintiera como liberación.

—¿Y Nicolás II? —preguntó Rodrigo—. ¿Qué tipo de hombre era?

Dmitri bebió antes de responder, con la pausa de quien está eligiendo las palabras con cuidado no porque sean difíciles sino porque quiere que sean precisas.

—Mi padre lo describía con una frase que creo que es la más justa que he escuchado: un hombre bueno en el trabajo equivocado. Amaba a su familia con una devoción que cualquier padre reconocería. Tenía buen

gusto, sentido del humor en privado, una vida doméstica que por las cartas y los diarios que se publicaron después era genuinamente feliz dentro de sus muros. Pero era constitutivamente incapaz de entender que el sistema que gobernaba necesitaba reformarse, porque reformarlo habría implicado admitir que sus antepasados se habían equivocado, y eso era algo que su formación, su fe y su temperamento no le permitían hacer.

—La Constitución de 1905 —dijo Tomás—. Porque si no la mencionamos parece que no hizo nada.

—La Constitución de 1905 —dijo Dmitri—. Ese Domingo Sangriento de enero que ya mencionamos como el primer paso, en apariencia, hacia una monarquía constitucional.

—¿Y lo cumplió? —preguntó Valeria.

—Cumplió exactamente lo suficiente para tranquilizar a los que querían poco y lo suficientemente poco para decepcionar a los que querían más —dijo Dmitri—. La primera Duma duró setenta y tres días antes de que la disolviera porque no le gustaban las preguntas. La segunda, ciento dos. Modificó la ley electoral para que la tercera estuviera compuesta principalmente por aristócratas y propietarios. La Duma que aceptó era la que no lo incomodaba. Y una constitución que el gobernante puede ignorar cuando le resulta inconveniente no es una constitución. Es una concesión temporal con fecha de caducidad.

—¿Y los partidos? ¿Los socialistas? —preguntó Rodrigo.

—Había un ecosistema político clandestino extraordinariamente diverso —dijo Tomás—. Los socialistas revolucionarios, con su tradición de terrorismo individual: habían asesinado a Alejandro II en 1881 con una bomba. Los socialdemócratas, divididos desde 1903 en bolcheviques y mencheviques. Los liberales del Partido Constitucional Demócrata, los kadetes, que querían una monarquía constitucional al estilo inglés. Los anarquistas. Y docenas de organizaciones nacionales de las minorías del Imperio: polacos, finlandeses, georgianos, armenios, judíos del Bund.

—¿Todos clandestinos? —preguntó Ernestina.

—Los más radicales, sí —dijo Dmitri—. Con toda la cultura específica de la clandestinidad: los pseudónimos, las casas de seguridad, el correo cifrado, la vida doble de quien en el trabajo es una persona y en la reunión de célula es otra. Lenin se llamaba en realidad Vladímir Ilich Uliánov. Stalin era Iosif Dzhugashvili. Trotski era Lev Bronstein. Los pseudónimos no eran vanidad: eran supervivencia.

—¿Y la gente común sabía que existían esos partidos? —preguntó Asunción, que había llegado calladamente y se había sentado sin interrumpir.

—La gente común sabía que había gente que quería cambiar las cosas y que el gobierno quería detenerlos —dijo Dmitri—. Los detalles

programáticos de la diferencia entre bolcheviques y mencheviques no llegaban a los talleres ni a los campos. Lo que llegaba era más simple: hay personas que dicen que esto puede ser diferente y hay un Estado que dice que no puede serlo. Y esa tensión entre la promesa y la negación es lo que fue acumulándose durante décadas hasta que en 1917 ya no cupo en ningún recipiente disponible.

Rodrigo tenía el vaso a medias y miraba la superficie de la mesa con la expresión del hombre que está ordenando piezas en un mapa que todavía no termina de tomar forma.

—¿Había alguna posibilidad de que funcionara? —preguntó—. ¿De que Rusia se modernizara sin revolución?

Dmitri lo miró durante un momento.

—Stolypin —dijo.

—¿Quién? —preguntó Ernestina.

—Piotr Stolypin. Primer ministro de Nicolás II entre 1906 y 1911. El político más inteligente que produjo el zarismo tardío y el único que entendió que la única manera de salvar el sistema era transformarlo de verdad. Lanzó una reforma agraria real: los campesinos podían separarse de la comuna rural, obtener títulos individuales de propiedad, acumular tierra. El objetivo era crear una clase campesina propietaria, conservadora por interés propio, que fuera el sostén social del régimen reformado.

—¿Y funcionó? —preguntó Valeria.

—Estaba funcionando —dijo Dmitri—. Entre 1906 y 1914, varios millones de familias campesinas se acogieron a la reforma. La producción agrícola creció. Stolypin decía que si le daban veinte años de paz el país sería irreconocible. Pero no le dieron veinte años. En 1911, en el teatro de Kiev, frente al zar y ante varios ministros, un agente doble de la policía secreta le disparó dos tiros. Murió cuatro días después.

—¿Lo mató la policía secreta? —preguntó Rodrigo.

—El asesino era informante de la Ojrana, la policía política zarista —dijo Tomás—. Las investigaciones posteriores nunca aclararon completamente si fue un acto individual o si había órdenes de más arriba. Lo que sí quedó claro es que Stolypin tenía enemigos en la propia corte: los terratenientes que veían sus reformas como una amenaza y los reaccionarios que preferían un zar sin contrapesos a un sistema que funcionara.

—El sistema se mató solo —dijo Fabiola, desde su taburete, con la sencillez de una conclusión que nadie había dicho todavía en esos términos exactos.

Dmitri la miró.

—El sistema eliminó al único hombre que podría haberlo salvado —dijo—. Si fue por instrucción o por negligencia o por la acumulación de odios y miedos de quienes rodeaban al zar, el resultado fue el mismo. Para 1914, cuando empezó la guerra, Rusia era un país que había perdido su última oportunidad real de reformarse desde adentro sin que nadie en el poder hubiera entendido que la había perdido.

—¿Y la guerra fue entonces inevitable? —preguntó Ernestina.

—La guerra fue la consecuencia lógica de un sistema que no podía moverse hacia adentro —dijo Dmitri— y que por eso se movió hacia afuera. Los imperios que no pueden reformarse tienen la tendencia de buscar en el exterior la unidad que no pueden construir en el interior. Y la guerra que encontraron fue más grande, más larga y más destructiva de lo que ninguno de los que la iniciaron había calculado.

Hizo una pausa. Bebió el último trago del vodka.

—La semana que entra hablamos de esa guerra. De lo que le costó a Rusia. Y de cómo de sus ruinas salió algo que nadie había planeado exactamente de esa forma, aunque varios habían pasado la vida intentando planearlo.

Se levantó con la lentitud de costumbre. Miró la mesa.

—Una cosa —dijo—. Todo lo que les conté esta noche ocurrió antes de que yo naciera. Antes de que naciera mi padre. Casi antes de que naciera mi abuelo. Pero lo conozco porque mi familia lo cargó durante generaciones como se carga el clima: sin elegirlo, sin poder dejarlo en ningún lado, formando parte del aire que uno respira desde que nace. Eso también es historia. No la de los libros. La que se hereda.

Salió. Y Don Aurelio, que había escuchado todo desde la barra con la concentración callada de siempre, limpió el vaso de vodka vacío con su trapo de costumbre y lo dejó en su lugar, listo para la semana siguiente.

Capítulo 3

La guerra que rompió el mundo

El siguiente viernes llovió.

No era la lluvia indecisa de octubre que amenaza sin cumplir. Era lluvia de noviembre adelantada, la que cae vertical y sin disculpas y convierte las banquetas de la Roma en espejos oscuros donde se reflejan los semáforos. Rodrigo llegó empapado porque había calculado mal la distancia entre el metro y la cantina, error que en condiciones normales lo habría irritado y que esa noche apenas registró porque llevaba cuatro días pensando en algo que Dmitri había dicho la semana anterior y quería retomarlo antes de que la conversación avanzara.

Valeria llegó con paraguas y la expresión de alguien que había calculado bien la distancia y no entendía por qué los demás no hacían lo mismo.

Tomás y Ernestina llegaron juntos desde el Colegio, con la conversación de tutoría todavía activa, en el punto específico en que Ernestina acababa de reformular su pregunta central de una manera que Tomás consideraba prometedora pero insuficiente, distinción que ella encontraba frustrante pero que ya había aprendido a recibir como señal de progreso.

Dmitri estaba en su mesa desde antes que todos, como siempre. Tenía el vodka a medias y un periódico doblado que no había leído. Lo usaba como superficie para apoyar el vaso cuando la mesa quedaba mojada por los vasos de los demás, función para la que el periódico resultaba perfectamente adecuado independientemente de su contenido.

Don Aurelio traía la primera ronda antes de que nadie la pidiera. Ya conocía el orden: vodka para el ruso, cerveza para los dos hombres, agua mineral para la periodista, mezcal con sal para la doctoranda. Era un hombre que aprendía los hábitos de su clientela con la misma atención silenciosa con que aprendía todo lo demás que ocurría en su cantina, que era bastante.

—La semana pasada dejamos el país en 1914 —dijo Rodrigo, antes de que Dmitri pudiera orientar la conversación. Era su manera de recordarle al viejo que él también llevaba la cuenta.

Dmitri lo miró con algo que era entre aprobación y diversión.

—En 1914 —dijo— Rusia entró a la guerra más grande que el mundo había visto hasta entonces sin entender bien por qué, sin estar preparada para lo que iba a costarle, y con un zar que en los primeros días creyó que iba a ser una guerra corta y gloriosa que resolvería los problemas internos unificando al país detrás de la bandera.

—El síndrome clásico —dijo Tomás—. La guerra como válvula de escape de las tensiones domésticas.

—Clásico y mortal —dijo Dmitri—. Porque las guerras que se hacen para resolver problemas internos tienen la costumbre de amplificarlos. Rusia movilizó quince millones de hombres entre 1914 y 1917. Quince millones. Para entender esa cifra hay que saber que el ejército ruso al inicio de la guerra tenía fusiles para aproximadamente un tercio de sus soldados. El resto debía esperar a que muriera alguien para recoger el arma del suelo y seguir avanzando.

—Eso no puede ser verdad —dijo Rodrigo.

—Está documentado —dijo Tomás, sin levantar los ojos de su cuaderno—. Las comisiones de investigación del propio gobierno zarista lo registraron. En algunas unidades la instrucción era avanzar en la primera oleada sin armas y esperar que la segunda oleada, que sí tenía, fuera suficientemente rápida para no llegar tarde.

Rodrigo miró a Tomás. Luego miró a Dmitri. Ninguno de los dos tenía la expresión de alguien que está exagerando.

—El problema no era solo el armamento —continuó Dmitri—. Era el sistema completo. El ferrocarril que mencionamos la semana pasada, el más largo del mundo, no estaba diseñado para mover suministros militares a la velocidad que una guerra moderna exigía. Los generales que comandaban el ejército habían aprendido sus estrategias en guerras del siglo anterior. La comunicación entre el frente y el Estado Mayor tardaba días. Y encima de todo eso, en septiembre de 1915, Nicolás II cometió el error que selló su destino.

—Asumió el mando personal —dijo Tomás.

—Asumió el mando personal del ejército. Dejó Petrogrado, fue al frente, y desde ese momento cada derrota militar fue una derrota del zar en persona. Ya no era el generalísimo tal o cual quien había fallado en tal o cual batalla. Era Nicolás Románov. Era el ungido de Dios. Era el padre de Rusia. Cada retirada, cada soldado muerto sin fusil, cada tren de suministros que llegaba tarde o no llegaba, tenía ahora un responsable con nombre y apellido y corona.

Ernestina había estado escuchando con el cuaderno abierto pero sin escribir, la postura de quien está esperando el momento en que la información encuentra su forma definitiva antes de fijarla en el papel.

—¿Y la gente en Petrogrado qué sentía? —preguntó—. No los generales, no los políticos. La gente.

Dmitri bebió despacio.

—Mi padre tenía dieciséis años cuando empezó la guerra. Trabajaba ya en la fábrica, porque la escuela se había vuelto un lujo que la familia no podía sostener. Me contó que en agosto de 1914, cuando se anunció la movilización, hubo en Petrogrado algo que él describía como una euforia que no entendía. Gente en la calle, cánticos, la bandera del zar. Dijo que él también sintió algo parecido, aunque no sabía exactamente de qué. Era joven. La guerra sonaba a aventura cuando uno no sabe lo que es.

—El nacionalismo como emoción antes de ser ideología —dijo Tomás.

—Exacto. Pero esa euforia duró lo que tardaron en llegar los primeros trenes con heridos. Mi padre decía que el momento en que la guerra dejó de ser abstracta para él fue un martes de octubre de 1914, cuando vio en la estación de Finlandia un convoy de vagones de carga convertidos en ambulancias. Hombres sin piernas. Hombres sin ojos. Hombres que miraban desde las camillas con una expresión que no era de dolor sino de algo peor: de perplejidad. Como si todavía estuvieran tratando de entender qué había pasado y por qué.

Nadie habló por un momento. Afuera la lluvia seguía cayendo con la misma indiferencia vertical.

—Y el hambre —dijo Dmitri—. No hay que olvidar el hambre. Para 1916, Petrogrado estaba desabastecida. El sistema ferroviario que debía mover alimentos a las ciudades estaba copado por los requerimientos militares.

El pan escaseaba. Las colas frente a las panaderías empezaban a las cuatro de la madrugada y con frecuencia la panadería abría a las ocho con la mitad de la existencia del día anterior. Las mujeres que hacían esas colas —porque eran principalmente mujeres, los hombres estaban en el frente— llevaban meses acumulando una rabia que no tenía hacia dónde ir todavía.

—Las mujeres —dijo Valeria, con un tono que era simultáneamente una observación y una pregunta.

—Las mujeres —confirmó Dmitri, mirándola—. Esto es algo que los libros mencionan de paso y que merece más que eso. La Revolución de Febrero empezó el 23 de febrero de 1917, que en el calendario occidental es el 8 de marzo. El Día Internacional de la Mujer. No fue una coincidencia decorativa. Ese día, trabajadoras de la fábrica textil Treugólnik en Petrogrado se declararon en huelga y salieron a la calle exigiendo pan. Al día siguiente se sumaron otras fábricas. Al tercero, el movimiento era irreversible.

—¿Las organizaron los bolcheviques? —preguntó Rodrigo, con la esperanza reconocible de quien quiere que la respuesta sea sí.

—Los bolcheviques tenían en ese momento su comité de Petrogrado casi desarticulado por las detenciones policiales —dijo Tomás, antes de que Dmitri pudiera responder—. La dirección del partido estaba en el exilio. Lenin llevaba años fuera. Zinoviev, Kamenev, los cuadros principales, dispersos por Europa. Lo que ocurrió en febrero no fue organizado por nadie. Fue el estallido de algo que ya no cabía adentro.

—¿Y los bolcheviques no tuvieron ningún papel? —preguntó Rodrigo, que claramente prefería esa versión a la alternativa.

—Tuvieron el papel de cualquier organización política que encuentra una insurrección en marcha y corre a ponerse al frente —dijo Dmitri, con una honestidad que Rodrigo recibió con una mueca breve—. No es un insulto. Es lo que hacen los partidos. La pregunta es qué haces una vez que estás al frente. Eso lo veremos después. Por ahora sigamos en febrero.

Tomás abrió su carpeta y sacó una hoja que tenía escrita desde antes. Era su costumbre: llegaba a El Zar con notas previas que no mostraba salvo cuando la conversación llegaba al punto exacto para el que las había preparado.

—Los datos de febrero —dijo—. El 25 de febrero la huelga es general en Petrogrado: cuatrocientas mil personas. El zar, que está en el frente, envía un telegrama al comandante de la guarnición de la ciudad ordenando que restaure el orden por la fuerza. El comandante obedece. El 26, las tropas disparan sobre los manifestantes en la plaza Znamenskaya. Cuarenta muertos.

—Y entonces ocurrió algo que ningún régimen puede sobrevivir —dijo Dmitri.

Todos lo miraron.

—Los soldados se negaron a disparar.

La frase cayó sola en la mesa. Dmitri la dejó estar un momento antes de continuar.

—El regimiento Volinsk recibió la orden de disparar sobre los manifestantes al día siguiente y se amotinó. Se unió a los huelguistas. En las siguientes horas, regimiento tras regimiento hizo lo mismo. Para el 27 de febrero, sesenta y seis mil soldados de la guarnición de Petrogrado habían desertado o se habían pasado al lado de los manifestantes. El zar ordenó disolver la Duma. La Duma se negó a disolverse. El sistema que había aguantado trescientos años de dinastía Románov se desintegró en cuatro días.

—¿Por qué se negaron a disparar? —preguntó Ernestina—. Los soldados. ¿Qué cambió?

—Que eran los mismos hombres —dijo Dmitri—. Eso es lo que cambió. Los soldados de la guarnición de Petrogrado en 1917 no eran el ejército profesional del zar de cincuenta años antes. Eran campesinos y obreros movilizados, hombres que habían visto la guerra y habían vuelto heridos o que tenían hermanos y padres en el frente. Cuando recibieron la orden de disparar sobre mujeres que pedían pan en la calle, miraron a las mujeres y se vieron a sí mismos. O vieron a sus madres. O vieron a sus hermanas. Y decidieron que esa orden estaba mal.

—Las revoluciones ocurren cuando el ejército decide que tiene más en común con el pueblo que con el gobierno —dijo Tomás.

—Eso es —dijo Dmitri—. Eso exactamente.

Rodrigo se recostó en la silla con los brazos cruzados, no en señal de resistencia sino en la postura de alguien que está recibiendo algo que confirma una intuición que tenía pero que nunca había podido formular con esa precisión.

—¿Y el zar? —preguntó Valeria.

—Nicolás II abdicó el 2 de marzo de 1917 en un vagón de tren, porque los generales que se habían acercado a él para pedirle que se rindiera le habían dicho, uno por uno, que ya no podían garantizar la lealtad de sus tropas. Abdicó en favor de su hermano Miguel, que rechazó la corona veinticuatro horas después porque nadie le garantizó que el pueblo la aceptara. Trescientos cuatro años de dinastía Románov terminaron en un vagón de tren y una carta de renuncia. Sin batalla decisiva. Sin asalto al palacio. Sin ninguno de los dramas que la historia suele asignar a los grandes finales.

—¿Y los bolcheviques dónde estaban en ese momento? —preguntó Rodrigo.

—Lenin —dijo Dmitri— estaba en Zúrich. Se enteró por el periódico.

Tomás levantó la vista de sus notas con algo que era casi una sonrisa.

—¿El periódico? —dijo Rodrigo.

—El periódico. Un domingo de febrero, según sus propios escritos, estaba en la biblioteca cantonal de Zúrich cuando alguien entró con la noticia. Llevaba trece años fuera de Rusia. Llevaba trece años organizando, escribiendo, discutiendo con emigrados en cafés europeos, convenciendo a unos y peleando con otros. Y la revolución que había dedicado su vida a preparar ocurrió sin él, a cinco mil kilómetros de distancia, iniciada por mujeres que pedían pan y soldados que no quisieron disparar.

—¿Qué hizo? —preguntó Ernestina.

—Lo que haría cualquier hombre en esa situación —dijo Dmitri, con el tono de quien ha pensado mucho en esa imagen—. Buscó la manera más rápida de regresar a casa.

Valeria dejó el vaso sobre la mesa con un gesto que no era descuido sino conclusión.

—¿Puedo preguntarle algo? —dijo, dirigiéndose a Dmitri con una franqueza que no había usado hasta entonces.

—Puede —dijo Dmitri.

—Usted habla de todo esto con una precisión que no es solo la de alguien que lo leyó. Es la precisión de alguien que lo heredó. Las historias de su padre, de su abuelo. ¿Eso no distorsiona la historia? ¿No hace que la cuente desde un lugar que no es neutral?

La mesa quedó quieta. Rodrigo miró a Valeria con una expresión que era entre admiración y alarma. Ernestina dejó de escribir.

Dmitri Volkov miró a Valeria durante un momento largo. Luego hizo algo que nadie en la mesa le había visto hacer todavía: sonrió. No era una sonrisa amplia. Era la sonrisa específica de alguien que acaba de recibir la pregunta que estaba esperando.

—Sí —dijo—. Distorsiona. Todo testimonio distorsiona. Eso no es un defecto del testimonio: es su naturaleza. Los libros de historia también distorsionan, solo que con la distorsión del que no estuvo ahí y tuvo que reconstruirlo desde los documentos que alguien decidió conservar y otros decidieron destruir. —Miró brevemente a Tomás—. La diferencia entre mi distorsión y la del archivo es que yo sé cuál es la mía. Sé exactamente desde dónde estoy parado cuando cuento esto. Lo que no siempre sabe el lector del archivo es desde dónde estaba parado quien lo escribió.

Valeria lo consideró.

—Es una respuesta inteligente —dijo.

—Es una respuesta honesta —dijo Dmitri—. No siempre son lo mismo, pero en este caso coinciden.

Fabiola Reséndiz, que llevaba media hora en su taburete de costumbre con una copa de vino tinto que había reemplazado al vino blanco de las semanas anteriores conforme avanzaba el frío, giró ligeramente en su asiento hacia la mesa del fondo. No dijo nada. Pero había dejado de mirar el fútbol mudo de la televisión.

Don Aurelio anotó mentalmente que la siguiente ronda iba a pedirse pronto. Lo anotó mentalmente porque era el único lugar donde llevaba sus cuentas, y en cuarenta años nunca se había equivocado.

—La próxima semana —dijo Dmitri, con el tono de quien está cerrando algo con intención de abrirlo mejor la siguiente vez— hablamos de cómo Lenin regresó a Rusia. De lo que dijo cuando llegó. Y de por qué lo que dijo escandalizó incluso a sus propios correligionarios. Diez puntos que cambiaron todo. Pero eso es la semana que entra.

Rodrigo miró a Valeria. Valeria estaba guardando su libreta en el bolso con los movimientos eficientes de alguien que tiene todavía mucho que pensar y prefiere hacerlo donde no haya nadie mirando. Rodrigo abrió la boca, la cerró, la abrió de nuevo.

—¿Tomamos otro? —dijo.

Valeria se detuvo. Lo miró durante un segundo que tuvo más capas de las que cabían en un segundo.

—Uno —dijo.

Rodrigo llamó a Don Aurelio con la mano, con el gesto casual de quien ha conseguido algo importante y prefiere que no se note.

Capítulo 4

El hombre que llegó en tren sellado

Fabiola Reséndiz llegó esa noche diez minutos antes que el grupo.

No era su costumbre. Su costumbre era llegar a las nueve y cuarto, pedir el vino, ocupar el taburete de siempre, y mirar el fútbol sin mirarlo mientras dejaba que la semana se disolviera en el primer sorbo. Pero esa noche había salido de la oficina con una pregunta que no sabía que tenía hasta que estuvo en el camión de regreso a casa y se encontró pensando, en lugar de revisar el teléfono como hacía siempre, en algo que el ruso había dicho la semana anterior.

Lo que había dicho era: *las revoluciones ocurren cuando el ejército decide que tiene más en común con el pueblo que con el gobierno.*

Fabiola era contadora. Llevaba diecisiete años cuadrando números en empresas que producían cosas que ella nunca usaba para clientes que nunca conocía, y en ese tiempo había desarrollado una relación pragmática con la verdad: la verdad era lo que los números decían cuando estaban bien asentados, y todo lo demás era interpretación.

Pero esa frase del ruso no era un número. Era algo más parecido a una llave. Y Fabiola, sin saber exactamente qué abría, no había podido dejar de girarla mentalmente desde el martes.

Don Aurelio le sirvió el vino sin preguntarle. Ella se lo agradeció con un gesto y miró hacia la mesa del fondo, que estaba vacía todavía, con los vasos boca abajo y las sillas en su lugar de siempre. Esperó.

Llegaron en el orden habitual: Rodrigo primero, con la chaqueta de pana y una carpeta nueva que Fabiola no le había visto antes. Luego Valeria, con el paraguas cerrado aunque esa noche no llovía, porque Valeria era el tipo de persona que llevaba paraguas en noviembre independientemente del pronóstico.

Luego Tomás y Ernestina, discutiendo algo sobre fuentes secundarias con la intensidad de dos personas que llevan la misma conversación desde hace horas y ninguna está dispuesta a ceder todavía.

Dmitri llegó el último, como siempre. Se sentó. Pidió el vodka con un gesto que Don Aurelio ya no necesitaba descifrar.

—La semana pasada —dijo Rodrigo, abriendo la carpeta nueva— dejamos a Lenin en Zúrich enterándose por el periódico. Dijo usted que iba a contarnos cómo regresó.

—En tren sellado —dijo Dmitri.

—¿Qué significa tren sellado? —preguntó Ernestina.

—Significa que el gobierno alemán, en abril de 1917, le permitió a Lenin y a otros treinta y dos emigrados rusos cruzar territorio alemán en un vagón de tren cuyos sellos garantizaban que nadie entraría ni saldría durante el trayecto. Alemania estaba en guerra con Rusia. Facilitar el regreso de Lenin era, desde su perspectiva, introducir un agente desestabilizador en el país enemigo. Si Lenin llegaba a Rusia y agitaba a favor de la paz y en contra del Gobierno Provisional, Rusia podría retirarse de la guerra. Y si Rusia se retiraba, Alemania quedaba libre en el frente oriental para concentrarse en el occidental.

—¿Lenin sabía que lo estaban usando? —preguntó Valeria.

—Lenin sabía exactamente lo que estaba pasando —dijo Dmitri—. Y aceptó el tren de todas formas, porque su objetivo era llegar a Rusia y el objetivo de Alemania era sacar a Rusia de la guerra, y en ese punto específico los intereses coincidían. Eso no lo convertía en agente alemán. Lo convertía en un hombre dispuesto a usar al enemigo de su enemigo para llegar adonde necesitaba llegar. La política tiene esa costumbre.

—Los mencheviques lo acusaron de traición por aceptar el tren —dijo Tomás.

—Los mencheviques lo acusaron de muchas cosas —dijo Dmitri—. Algunas con razón. Pero en el caso del tren la acusación no se sostuvo, porque Lenin no recibió dinero alemán para el viaje ni aceptó ninguna

condición sobre lo que haría cuando llegara. Solo aceptó el tránsito. Y cuando llegó, lo que hizo fue exactamente lo contrario de lo que habría hecho un agente alemán obediente: en lugar de promover una paz negociada que hubiera estabilizado al Gobierno Provisional, exigió la revolución inmediata. Lo cual era, desde el punto de vista alemán, casi tan bueno como la paz, pero desde un ángulo diferente.

—¿Cuándo llegó? —preguntó Ernestina.

—El 3 de abril de 1917, pasada la medianoche, en la Estación de Finlandia de Petrogrado. Había una multitud esperándolo. Bandas de música, pancartas, antorchas. El Soviet de Petrogrado le ofreció un discurso de bienvenida y le deseó éxito en la construcción del socialismo en colaboración con el Gobierno Provisional.

Dmitri hizo una pausa.

—¿Y Lenin qué respondió? —preguntó Rodrigo.

—Se subió al techo de un automóvil blindado y dijo que el Gobierno Provisional era un gobierno de capitalistas e imperialistas, que la guerra debía terminar de inmediato sin anexiones ni reparaciones, que el poder debía pasar a los soviets, y que la revolución rusa era el primer paso de la revolución mundial que derrocaría al capitalismo en toda Europa.

Silencio.

—¿Eso dijo? —preguntó Rodrigo, con la expresión de quien está verificando que escuchó bien.

—Eso dijo. En el andén de la estación, a la una de la madrugada, ante una multitud que había ido a recibirlo como héroe del movimiento obrero y que en buena parte quedó desconcertada. Incluso sus propios correligionarios bolcheviques estaban desconcertados. El comité de Petrogrado del partido llevaba semanas colaborando con el Gobierno Provisional y apoyando cautelosamente la continuación de la guerra. Lenin llegó y en doce horas les dijo que todo eso estaba mal. Al día siguiente Lenin presentó en una reunión del partido un documento con diez puntos que eran, cada uno, una bomba dentro de los acuerdos que los bolcheviques habían alcanzado con el resto de la izquierda rusa. Ningún apoyo al Gobierno Provisional. Fin inmediato de la guerra. Todo el poder a los soviets, que eran los consejos de obreros y soldados que habían surgido espontáneamente durante Febrero. Nacionalización de la tierra, los bancos, la producción. Y una cosa más, que es la que menos se menciona y que fue quizás la más importante.

Dmitri bebió. Los cinco lo miraban.

—Lenin propuso cambiar el nombre del partido.

Rodrigo parpadeó.

—¿El nombre?

—El nombre. El Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia debía dejar de llamarse socialdemócrata, porque la socialdemocracia europea había apoyado la guerra en 1914 y eso la había convertido, en opinión de Lenin, en cómplice del imperialismo. El partido debía llamarse Partido Comunista. No era solo un cambio de etiqueta. Era una declaración de ruptura con toda la tradición socialista parlamentaria de Europa occidental. Lenin estaba diciendo: nosotros somos otra cosa. Nosotros no vamos a llegar al poder por las elecciones. Vamos a tomarlo.

—¿Y sus propios compañeros lo aceptaron? —preguntó Ernestina.

—Al principio no. Hubo una votación interna y las Tesis fueron rechazadas. El periódico del partido publicó una nota crítica. Kamenev, que era uno de los líderes más respetados, escribió que las posiciones de Lenin no representaban al partido. Lenin respondió publicando las Tesis en Pravda de todas formas y organizando reunión tras reunión para convencer a los indecisos. En tres semanas había dado vuelta a la mayoría del comité central.

—¿Cómo convencía? —preguntó Valeria. Era la pregunta de una periodista: no qué decía, sino cómo lo decía.

Dmitri la miró con algo que era apreciación.

—Tenía tres herramientas —dijo—. La primera era la claridad. Lenin nunca hablaba en abstracciones cuando podía hablar en concreto. No decía "el sistema capitalista explota al proletariado". Decía "el panadero de la calle Ligovsky trabaja catorce horas por un salario que no alcanza para pagar el alquiler de su cuarto". La segunda era la paciencia táctica. Podía debatir durante horas sin perder el hilo ni la calma, y cuando su interlocutor se agotaba, Lenin seguía fresco porque había dormido sus ocho horas y había desayunado. La tercera era que nunca pedía que lo creyeran. Pedía que pensaran. Que siguieran la lógica del argumento hasta el final y que dijeran en qué punto se equivocaba. Y cuando nadie encontraba el punto, la conclusión se imponía sola.

—Eso es buena retórica —dijo Valeria—. No necesariamente buena política.

—No —admitió Dmitri—. Esa diferencia va a costarle muy caro a mucha gente. Pero todavía no. Todavía estamos en la primavera de 1917, y en la primavera de 1917 Lenin tiene razón en algo fundamental: el Gobierno Provisional ha cometido el error que va a matarlo.

—Continuar la guerra —dijo Tomás.

—Continuar la guerra. El Gobierno Provisional, encabezado primero por el príncipe Lvov y después por Alexander Kerenski, decidió que Rusia debía honrar sus compromisos con los aliados y seguir peleando. Era una decisión que tenía su lógica diplomática y que era un suicidio político. Para el verano de 1917, el ejército ruso estaba en proceso de disolución. Los soldados desertaban por cientos de miles. Los comités de

soldados en el frente votaban si obedecían o no las órdenes de sus oficiales. Hubo unidades que simplemente se fueron a casa porque decidieron que la guerra no era suya.

—¿Y los bolcheviques en ese período? —preguntó Rodrigo.

—Creciendo. En abril tenían ochenta mil miembros. En octubre, trescientos cincuenta mil. Cada semana que el Gobierno Provisional mantenía la guerra era una semana de reclutamiento bolchevique. Cada soldado que volvía del frente harto y sin fusil era un votante potencial para el partido que prometía la paz inmediata. Lenin había entendido algo que los demás no querían ver: en 1917, en Rusia, el programa político más radical era también el más popular. Paz, tierra, pan. Tres palabras. Ninguna requería explicación.

Desde su taburete, Fabiola Reséndiz había girado completamente hacia la mesa. Ya no fingía mirar la televisión. Tenía la copa en la mano y una expresión que Ernestina, que la había estado observando de reojo, describió mentalmente como la de alguien que está reconociendo algo que ya sabía pero que no había sabido que sabía.

—Perdone —dijo Fabiola, con la voz de quien no tiene mucha costumbre de interrumpir pero ha decidido que esta vez vale la pena—. ¿Puedo preguntar algo?

Todos la miraron. Dmitri hizo un gesto que era invitación.

—Paz, tierra, pan —repitió Fabiola—. ¿Eso era lo que la gente de verdad quería, o era lo que Lenin les dijo que querían?

La mesa quedó quieta un momento.

—Buena pregunta —dijo Tomás, con el tono de un profesor que acaba de recibir la intervención que no esperaba del alumno que menos esperaba.

—Es la pregunta —dijo Dmitri, mirando a Fabiola con una atención nueva, como quien recalibra una situación—. Y la respuesta es: las dos cosas son ciertas. La gente quería paz porque sus hijos morían en el frente. Quería tierra porque llevaba generaciones trabajando tierra ajena. Quería pan porque en Petrogrado había días en que no había pan. Esas necesidades eran reales y no las inventó Lenin. Lo que sí hizo Lenin fue nombrarlas en ese orden, con esas palabras, y convertirlas en un programa político. La diferencia entre un líder y un demagogo está en si las necesidades que nombra son reales o fabricadas. Las de Lenin eran reales. Lo que hizo con ellas después de octubre es otra historia.

Fabiola asintió despacio. Bebió un sorbo. No volvió a mirar la televisión.

—¿Se sienta con nosotros? —dijo Ernestina.

Fabiola la miró, sorprendida por la invitación directa. Luego miró a los demás, que no objetaron. Luego miró su copa, como si necesitara consultarla.

—Un rato —dijo, y se bajó del taburete con la copa en la mano.

Don Aurelio observó el movimiento desde la barra con la expresión de alguien que toma nota mentalmente de que la mesa del fondo iba a necesitar otra silla. Fue a buscarla sin que nadie se lo pidiera.

—Octubre —dijo Rodrigo, cuando Fabiola estuvo sentada y la silla de Don Aurelio en su lugar—. ¿Cuándo llegamos a octubre?

—Llegaremos —dijo Dmitri—. Pero antes de octubre hay que entender julio. Porque julio es el momento en que los bolcheviques estuvieron a punto de perderlo todo antes de ganarlo.

—¿Qué pasó en julio? —preguntó Ernestina, con el cuaderno listo.

—Hubo una insurrección espontánea en Petrogrado. Marineros, soldados, obreros, salieron a la calle exigiendo que el Soviet tomara el poder. Los bolcheviques no la organizaron pero tampoco se opusieron, y cuando fracasó —el Gobierno Provisional la aplastó con tropas leales— Lenin fue acusado de traición y de ser agente alemán. Tuvo que huir a Finlandia disfrazado. Trotski fue arrestado. El partido quedó en una posición muy débil durante semanas.

—¿Y cómo se recuperaron? —preguntó Valeria.

—Kerenski los recuperó —dijo Dmitri, con algo que era casi humor.

—¿El jefe del Gobierno Provisional los recuperó? —dijo Rodrigo.

—En agosto, el general Kornilov intentó un golpe de Estado contra el Gobierno Provisional. Kerenski, desesperado, liberó a Trotski y a los demás bolcheviques presos y les entregó armas para defender Petrogrado. Los bolcheviques organizaron la defensa, el golpe fracasó, y de pronto tenían armas, tenían soldados entrenados, y tenían la legitimidad de haber salvado la revolución. Kerenski les había dado todo lo que necesitaban para derrocarlo dos meses después.

—La ironía de la historia —dijo Tomás.

—La historia está llena de ironías —dijo Dmitri—. Los que no las ven pierden el hilo. Para el otoño de 1917, los bolcheviques tenían mayoría en el Soviet de Petrogrado, mayoría en el Soviet de Moscú, un ejército propio llamado la Guardia Roja, y un plan. El plan era de Trotski, aunque Lenin lo había aprobado. Y era tan simple que resultaba casi increíble.

—¿Cuál era? —preguntó Fabiola, desde su nuevo lugar en la mesa.

Dmitri la miró. Había algo en la manera en que Fabiola hacía las preguntas que era diferente de los demás: sin el aparato teórico de Rodrigo, sin la guardia profesional de Valeria, sin el archivo de Tomás, sin la ansiedad académica de Ernestina. Era la pregunta directa de alguien que solo quiere entender.

—Tomar el poder en la noche —dijo Dmitri—. Ocupar los puntos estratégicos de la ciudad mientras la gente dormía. La central telefónica, la central eléctrica, los puentes, la estación de tren, el banco del Estado. Sin discursos, sin barricadas, sin la épica que las películas soviéticas

fabricarían después. Una operación quirúrgica en la oscuridad. Y cuando amaneciera, anunciar que el Soviet había tomado el poder y que el Gobierno Provisional ya no existía.

—¿Y funcionó? —preguntó Fabiola.

—Funcionó —dijo Dmitri—. En la madrugada del 25 de octubre de 1917, mientras el Segundo Congreso de los Soviets sesionaba en el Instituto Smolny, la Guardia Roja ocupó uno por uno todos los objetivos de la lista de Trotski. El Palacio de Invierno, donde sesionaba el Gobierno Provisional, fue el último en caer, casi sin resistencia. Los ministros fueron arrestados. Kerenski escapó en un automóvil de la embajada americana.

—¿Y el crucero Aurora? —preguntó Rodrigo—. El disparo que inició la revolución.

Dmitri sonrió. Era la segunda vez en tres semanas que sonreía, y tenía la misma calidad que la primera: la sonrisa de alguien que esperaba exactamente esa pregunta.

—El Aurora disparó una salva de fogeo para dar la señal del inicio del asalto al Palacio de Invierno. Una salva. De fogeo. Sin proyectil. Un ruido. Sergei Eisenstein, en su película de 1928, lo convirtió en el trueno de la historia: el crucero iluminado en la noche, el cañón apuntando, la llama, el estruendo que sacude la ciudad. Millones de personas en todo el mundo vieron esa película y creyeron que así había sido. Lo que en realidad ocurrió fue bastante más silencioso y bastante más confuso.

—¿Y eso importa? —preguntó Fabiola—. Si el resultado fue el mismo.

—Importa porque el mito que se construye alrededor de cómo se toma el poder determina cómo se ejerce después —dijo Dmitri—. Si la revolución fue un trueno glorioso, el partido que la hizo tiene una legitimidad épica que no admite cuestionamiento. Si fue una operación de madrugada ejecutada con eficiencia por un grupo pequeño mientras la ciudad dormía, entonces su legitimidad depende de lo que haga con el poder, no de cómo lo tomó. Los bolcheviques eligieron el trueno. Y durante setenta años, nadie dentro del sistema pudo señalar la diferencia entre el trueno y el fogeo sin pagar un precio muy alto por ello.

La mesa quedó en silencio. Afuera, en la Roma, la noche de noviembre hacía lo que hace: enfriarse despacio, sin prisa, con la paciencia de las estaciones que saben que van a ganar de todas formas.

—La próxima semana —dijo Dmitri, terminando el vodka con el gesto preciso de quien cierra un capítulo— hablamos del día siguiente. De lo que pasa cuando el trueno se calla y hay que gobernar. De la guerra civil. Del terror. De lo que cuesta construir algo nuevo sobre las ruinas de algo viejo.

—¿Fue inevitable? —preguntó Ernestina—. ¿El terror? ¿La guerra civil?

Dmitri dejó el vaso vacío sobre la mesa.

—Esa —dijo— es la pregunta con la que me dormí durante veinte años. Todavía no tengo respuesta. Pero tenemos toda la noche del viernes que viene para intentarlo.

Se puso de pie. Era la señal de que la sesión había terminado, señal que el grupo había aprendido a reconocer en las semanas anteriores: Dmitri se ponía de pie, se abotonaba el saco, y la conversación quedaba suspendida en el aire como una pregunta sin respuesta hasta el viernes siguiente.

Fabiola terminó su copa. Miró a Ernestina.

—¿Vienen todos los viernes? —preguntó.

—Todos los viernes —dijo Ernestina.

Fabiola asintió. Dejó el dinero exacto en la barra, como siempre. Pero antes de salir se detuvo un momento junto a la mesa del fondo, donde Dmitri recogía su periódico inutilizado.

—La pregunta que hice antes —dijo—. Lo de si la gente quería eso o Lenin se los dijo. ¿Usted qué cree?

Dmitri la miró.

—Creo que la gente sabía lo que quería mucho antes de que Lenin llegara a nombrarlo —dijo—. Y creo que eso es lo más importante. Las revoluciones no las hacen los líderes. Los líderes llegan cuando la revolución ya está hecha en la cabeza de la gente y solo falta alguien que diga en voz alta lo que todos están pensando en silencio.

Fabiola consideró esto.

—Como cuando uno sabe que las cuentas no cuadran —dijo— pero nadie en la junta se atreve a decirlo.

Dmitri la miró durante un segundo.

—Exactamente como eso —dijo.

Y salió.

Capítulo 5

El sueño y sus facturas

Valeria Montoya había llegado esa noche con una grabadora.

No era la grabadora discreta de quien registra sin que nadie lo sepa. Era una grabadora pequeña pero visible, de las que los periodistas usan en entrevistas formales, que colocó sobre la mesa con el gesto deliberado de quien quiere que todos sepan que está ahí.

Rodrigo la miró con una expresión que era entre orgullo y algo más complicado que no terminó de identificar. Tomás la miró con la expresión neutral del hombre que no tiene objeción porque no tiene nada que ocultar. Ernestina la miró con curiosidad profesional, reconociendo el

gesto de alguien que ha decidido que esto ya no es una conversación informal.

Dmitri la miró último, cuando ya todos los demás habían procesado su aparición. La miró un momento. Luego miró a Valeria.

—¿Está haciendo un reportaje? —preguntó.

—Todavía no lo sé —dijo Valeria—. Pero hay cosas que no quiero perder.

Dmitri consideró esto durante un segundo. Asintió una vez y no volvió a mirar la grabadora en toda la noche, lo cual era en sí mismo una respuesta.

Don Aurelio trajo las bebidas con la puntualidad ya establecida. Fabiola había llegado antes que el grupo principal y ocupaba su taburete habitual, aunque esa noche lo había orientado un poco más hacia la mesa del fondo, ajuste que tampoco habría podido explicar si alguien se lo hubiera señalado.

Había traído a una amiga que se sentó a su lado sin presentarse a nadie y que pasó la primera media hora mirando su teléfono antes de que algo en la conversación la hiciera guardarlo.

—La semana pasada —dijo Valeria, sin preámbulo— me prometió el precio.

—Le prometí el precio —confirmó Dmitri—. Y voy a cumplir. Pero primero necesito que entiendan el contexto en el que Lenin tomó las decisiones que tomó, porque si no, las decisiones parecen monstruosas sin razón, y eso es tan falso como presentarlas como necesarias sin costo.

—¿No fueron las dos cosas? —dijo Valeria.

—Fueron las dos cosas —dijo Dmitri—. Eso es exactamente lo que hace que sean tan difíciles de juzgar.

El poder que los bolcheviques tomaron en octubre de 1917, explicó, no era un poder sobre un país estable. Era el control nominal de una sociedad que se desintegraba simultáneamente en varias direcciones. La guerra con Alemania seguía. El ejército ruso era para ese momento una ficción: los soldados se habían ido a sus casas con o sin permiso, en un proceso que Lenin llamó, con su precisión característica, votar con los pies. Las regiones periféricas del antiguo imperio declaraban su independencia una tras otra: Finlandia, Ucrania, los países bálticos, Georgia, Armenia. Y adentro del territorio que todavía controlaban, los bolcheviques enfrentaban una oposición que en pocos meses se convertiría en guerra civil abierta.

—La paz con Alemania —dijo Tomás—. Brest-Litovsk.

—Brest-Litovsk —confirmó Dmitri—. En marzo de 1918, Lenin negoció una paz por separado con Alemania que fue la decisión más impopular de su gobierno hasta ese momento. Los términos eran humillantes: Rusia cedía Ucrania, los países bálticos, Polonia, Finlandia, parte de

Bielorrusia. Un tercio de la población europea del antiguo imperio. Un tercio de las tierras agrícolas. La mitad de la industria. Los propios bolcheviques se dividieron: Trotski, que había encabezado la delegación negociadora, propuso la fórmula de ni guerra ni paz, es decir, simplemente no firmar y ver qué pasaba. Bujarin y los comunistas de izquierda querían continuar la guerra como guerra revolucionaria. Lenin impuso la firma.

—¿Por qué? —preguntó Rodrigo, que tenía dificultades visibles con esa parte de la historia.

—Porque era la única manera de sobrevivir. Así de simple y así de brutal. Lenin dijo algo que sus camaradas encontraron inaceptable pero que los hechos confirmaron: el poder soviético sin paz no duraría tres semanas. Con paz humillante podía durar lo suficiente para consolidarse. Prefería una paz vergonzosa a una guerra revolucionaria gloriosa que terminaría en derrota. El realismo más frío en el momento más romántico de la historia del partido.

—¿Y los territorios cedidos? —preguntó Ernestina.

—Los recuperaron en parte cuando Alemania perdió la guerra en noviembre de 1918 y el tratado quedó anulado. Pero Ucrania y los países bálticos ya habían probado la independencia, y eso iba a tener consecuencias que duraron décadas. La historia de Brest-Litovsk no terminó en 1918.

Dmitri bebió y reorientó.

—La guerra civil. Porque ahí es donde empieza el precio real del que Valeria quiere hablar.

Desde mediados de 1918 hasta 1921, el territorio del antiguo Imperio Ruso fue el escenario de una guerra que no era solo entre rojos y blancos, aunque esa es la simplificación que sobrevivió en los libros. Era una guerra múltiple y superpuesta: el Ejército Rojo de los bolcheviques contra los Ejércitos Blancos de los generales zaristas, pero también contra los ejércitos verdes de los campesinos que no querían ni a unos ni a otros, contra los anarquistas de Majnó en Ucrania, contra las tropas de intervención de catorce países —Francia, Gran Bretaña, Japón, Estados Unidos, entre otros— que desembarcaron en distintos puntos del territorio con la intención de estrangular al gobierno soviético en su cuna.

—¿Catorce países intervinieron? —dijo Rodrigo, con un tono que mezclaba indignación y algo que se parecía al alivio de encontrar un argumento.

—Catorce —confirmó Tomás—. Con fuerzas variables y motivaciones distintas. Los aliados occidentales querían que Rusia regresara a la guerra contra Alemania. Los japoneses querían territorio en Siberia. Los británicos tenían intereses en los yacimientos de petróleo del Cáucaso.

Ninguno logró sus objetivos, pero su intervención le dio a los bolcheviques el argumento perfecto para justificar medidas de emergencia que de otra manera habrían resultado más difíciles de defender.

—El Terror Rojo —dijo Valeria. No era una pregunta. Era el nombre que había estado esperando poner sobre la mesa desde el principio.

—El Terror Rojo —dijo Dmitri, sin evasión—. En septiembre de 1918, después del asesinato de varios funcionarios bolcheviques y de un atentado que dejó a Lenin herido de gravedad, la Cheka —la policía política que había fundado Dzerzhinsky en diciembre de 1917— recibió autorización para ejecutar rehenes y sospechosos sin juicio. Las cifras exactas son disputadas porque muchos de los registros fueron destruidos o nunca existieron, pero los historiadores más conservadores hablan de entre diez mil y quince mil ejecuciones en los primeros meses. Otros cálculos llegan a cien mil entre 1918 y 1922.

—¿Y Lenin lo ordenó? —preguntó Ernestina, con la voz de quien quiere la respuesta precisa y no la conveniente.

—Lenin no solo lo ordenó —dijo Dmitri—. Lo teorizó. Hay cartas suyas de ese período que son documentos extraordinariamente incómodos para cualquiera que quiera presentarlo como el socialismo con rostro humano anterior a Stalin. En una carta a los comunistas de Penza, en agosto de 1918, instruyó que se colgara públicamente, de manera que la gente lo viera, a por lo menos cien kulaks, es decir campesinos ricos, como demostración de terror para los demás. Usó exactamente esa palabra: terror. No como eufemismo. Como descripción del instrumento.

Rodrigo tenía los codos sobre la mesa y miraba el vaso con la concentración de quien está tratando de no dejar ver en la cara lo que está sintiendo. No lo conseguía del todo.

—¿Eso invalida todo lo demás? —preguntó, con una voz más baja que la habitual.

—Esa —dijo Dmitri— es la pregunta que llevo cincuenta años haciéndome. Y no tengo una respuesta que me satisfaga completamente. Lo que sí tengo es esto: las revoluciones no ocurren en laboratorios. Ocurren en condiciones de caos, de guerra, de hambre, de amenaza real e imaginada. Eso no justifica el terror. Pero explica la lógica con la que sus protagonistas lo justificaron para sí mismos. El problema es que esa misma lógica, una vez establecida como instrumento legítimo del poder, no desaparece cuando desaparece la emergencia que supuestamente la justificó.

—Se institucionaliza —dijo Tomás.

—Se institucionaliza. La Cheka se convierte en GPU, en OGPU, en NKVD. Los nombres cambian. La función permanece. Y cada vez que el poder necesita justificar una medida que de otra manera resultaría

injustificable, vuelve a la misma lógica: la emergencia, la amenaza, el enemigo que acecha. Es un patrón que se repite con una regularidad que debería haberle enseñado algo a alguien, aunque evidentemente no fue así.

Fabiola, desde la barra, habló sin girarse del todo.

—¿Y la gente común lo sabía?

Era la segunda vez que intervenía en las sesiones del Zar, y su pregunta tenía la misma cualidad que la anterior: cortaba directamente al centro sin el rodeo académico.

—¿Qué gente y qué cosa? —preguntó Dmitri, con genuino interés.

—La gente de a pie. Los obreros, los campesinos que supuestamente eran los beneficiarios de todo eso. ¿Sabían que estaban matando gente sin juicio?

—Sabían que había guerra —dijo Dmitri—. Sabían que el enemigo era real: los ejércitos blancos existían, la intervención extranjera existía, los atentados existían. En ese contexto, la violencia del Estado se presentaba como defensa, no como agresión. Y muchos la aceptaban como tal, porque la alternativa —el regreso de los blancos— significaba para ellos el regreso de los terratenientes, de la servidumbre efectiva, de todo lo que habían perdido y que el nuevo poder, con todos sus defectos, al menos nominalmente había abolido.

—El miedo al pasado como justificación del presente —dijo Ernestina, escribiendo mientras hablaba.

—Exacto. Y ese mecanismo también se institucionaliza. Se convierte en la herramienta principal de legitimación de todos los gobiernos soviéticos sucesivos. Siempre hay un pasado suficientemente aterrador para que el presente, por terrible que sea, parezca preferible.

La amiga de Fabiola había guardado el teléfono. Escuchaba con los brazos cruzados y la expresión de alguien que está recalibrando algo que creía saber.

—La Nueva Política Económica —dijo Tomás, mirando sus notas—. Porque si no la mencionamos, el cuadro queda incompleto.

—La NEP —dijo Dmitri—. Sí. En 1921, después de tres años de guerra civil y de una política económica que los bolcheviques llamaban comunismo de guerra y que básicamente consistía en confiscar el grano de los campesinos para alimentar al ejército y a las ciudades, el país estaba al borde del colapso total. Hubo una hambruna que mató entre tres y cinco millones de personas. Y hubo algo que Lenin no esperaba: una rebelión en Kronstadt.

—¿Los marineros de Kronstadt? —preguntó Rodrigo.

—Los marineros de Kronstadt. La base naval frente a Petrogrado, cuyos marineros habían sido en 1917 uno de los apoyos más entusiastas de la

revolución bolchevique. En marzo de 1921, esos mismos marineros se amotinaron exigiendo soviets libres, libertad de expresión, fin de la confiscación del grano. El Ejército Rojo cruzó el hielo del golfo de Finlandia y aplastó la rebelión. Varios miles de muertos. Los sobrevivientes, al exilio o al campo de concentración.

Rodrigo abrió la boca. La cerró.

—¿Quiere decir algo? —preguntó Dmitri.

—Estoy pensando —dijo Rodrigo.

—Bien —dijo Dmitri—. Es el momento adecuado para pensar.

—La NEP —insistió Tomás, con la paciencia del hombre que conoce la tendencia de las conversaciones a derivar.

—La NEP —retomó Dmitri—. Frente a ese colapso, Lenin hizo lo que solo los hombres de inteligencia excepcional pueden hacer: admitió que se había equivocado y cambió de rumbo sin llamarlo así. La Nueva Política Económica de 1921 restableció el mercado en la agricultura y en el pequeño comercio. Los campesinos podían vender sus excedentes. Surgieron los nepmen, pequeños comerciantes privados que en pocos años hicieron que las tiendas volvieran a tener mercancía. La economía se recuperó. Y el partido la presentó no como una derrota sino como una retirada táctica hacia posiciones más ventajosas.

—¿Lo fue? —preguntó Valeria.

—Depende de qué se entienda por ventajosas —dijo Dmitri—. La economía mejoró. Pero la NEP creó una contradicción que nunca se resolvió: un Estado que decía construir el socialismo y que al mismo tiempo toleraba el mercado privado. Esa contradicción se resolvió cuando Lenin murió en 1924 y alguien decidió que ya era hora de terminar con la ambigüedad.

—Stalin —dijo Valeria.

—Stalin —dijo Dmitri—. Pero eso es la semana que entra. Esta noche termina con Lenin.

—¿Cómo murió? —preguntó Ernestina.

—De una serie de derrames cerebrales entre 1922 y 1924. El primero lo dejó parcialmente paralizado. El segundo le quitó el habla durante varios meses. En ese período dictó lo que se conoce como su Testamento: una serie de cartas al comité central donde evaluaba a los principales candidatos para sucederle. De Stalin decía que había concentrado un poder inmenso en sus manos y que no estaba seguro de que fuera a usarlo con suficiente prudencia. Recomendaba que fuera removido del puesto de secretario general.

—¿Y el comité central leyó ese testamento? —preguntó Rodrigo.

—Lo leyó —dijo Dmitri—. Y decidió no hacer nada al respecto. Zinoviev y Kamenev, que en ese momento formaban un bloque con Stalin contra

Trotsky, argumentaron que Lenin estaba enfermo cuando lo escribió, que sus temores eran exagerados, que Stalin había prometido moderarse. El testamento fue archivado. Stalin permaneció en su puesto.

—¿Y Trotsky? —preguntó Ernestina.

—Trotsky perdió. Fue expulsado del partido en 1927, exiliado en 1929, asesinado en México en 1940 con un piolet en la cabeza, en su casa de Coyoacán, a menos de veinte kilómetros de donde estamos sentados ahora mismo.

La mesa quedó quieta. Era el tipo de dato que aterriza una historia lejana en el suelo donde uno está parado, y que por un momento hace que la distancia entre 1940 y esta cantina en la Roma parezca mucho menor de lo que debería.

Don Aurelio, que había escuchado sin comentar, puso una mano sobre la barra y miró el techo un momento, como haciendo el cálculo de algo.

—O sea que el que quiso matar a Lenin lo mataron aquí —dijo.

—En Coyoacán —dijo Dmitri.

—Pos aquí a lado —dijo Don Aurelio, y volvió a sus vasos.

Rodrigo soltó una carcajada breve que rompió la tensión de la mesa y que Valeria respondió con una sonrisa que tampoco pudo contener del todo. Ernestina siguió escribiendo, pero tenía algo en la comisura de los labios que no era solo concentración.

—¿Qué fue de Lenin al final? —preguntó Fabiola, desde la barra, con una voz más suave que de costumbre.

Dmitri la miró.

—Murió el 21 de enero de 1924, a los cincuenta y tres años. Su cuerpo fue embalsamado y colocado en un mausoleo en la Plaza Roja de Moscú, donde sigue hasta hoy. Stalin convirtió su imagen en un icono religioso con una velocidad y una eficiencia que habrían escandalizado al propio Lenin, que era un materialista convencido y había escrito extensamente contra el culto a la personalidad en cualquier forma.

—Lo usó —dijo Valeria.

—Lo usó. Tomó el cadáver de un hombre que había teorizado contra los iconos y lo convirtió en el icono más grande que el sistema soviético produjo. Y luego construyó sobre ese icono algo que Lenin, con toda su capacidad para la violencia política, probablemente no habría imaginado.

—¿Qué cosa? —preguntó la amiga de Fabiola, que era la primera vez que hablaba en toda la noche y que lo hizo con la voz de alguien que ha esperado el momento exacto.

Dmitri la miró. Luego miró a todos.

—Un sistema donde el terror no era un instrumento de emergencia —dijo— sino el funcionamiento normal del Estado. Eso es lo que construyó Stalin. Y es lo que vamos a hablar la semana que entra.

Se levantó con la lentitud cuidadosa de sus setenta y ocho años, dejó el dinero exacto sobre la mesa y se puso el abrigo.

En la puerta se detuvo. Se giró hacia Rodrigo.

—Usted me preguntó antes si el terror invalida todo lo demás —dijo—. No le respondí todavía. La respuesta es no. Pero tampoco lo justifica. Y la diferencia entre esas dos cosas es la distancia exacta entre la historia y la propaganda.

Salió. La puerta cerró detrás de él.

Rodrigo se quedó mirando el vaso vacío de Dmitri durante un momento. Luego miró a Valeria, que estaba recogiendo la grabadora con movimientos pausados.

—¿Lo vas a publicar? —preguntó.

Valeria guardó la grabadora en el bolso.

—No lo sé todavía —dijo—. Pero me alegra tenerlo.

Y eso, pensó Rodrigo mientras llamaba a Don Aurelio para la última ronda, era probablemente lo más cerca que Valeria Montoya iba a llegar, por ahora, a decirle que valía la pena volver el siguiente viernes.

Capítulo 6

El hombre de acero y sus cuentas

Esa noche llegaron nueve personas a la mesa del fondo.

No fue planeado. Fue la acumulación natural de varias semanas de viernes en que alguien había traído a alguien que había traído a alguien más, y Don Aurelio había ido juntando mesas con la resignación pragmática de quien entiende que hay procesos que es mejor facilitar que resistir. La amiga de Fabiola, que se llamaba Asunción y era enfermera en el Hospital General, había traído a su novio Camilo, un hombre callado que trabajaba en una imprenta y que tenía la costumbre de llegar con los codos apoyados en cualquier superficie disponible como si siempre estuviera listo para empezar a trabajar.

Ernestina había mencionado las sesiones a dos compañeros del doctorado que esa noche aparecieron sin avisar, con la timidez específica de quienes llegan a un lugar donde ya existe una dinámica establecida y no saben exactamente cómo integrarse.

Rodrigo los recibió a todos con la generosidad del anfitrión que no es anfitrión pero que ha ocupado ese rol por defecto. Valeria los registró con una mirada rápida y clasificatoria que era tan profesional que casi pasaba por desapercibida. Tomás no los registró en absoluto porque

estaba revisando sus notas de la semana anterior con la concentración de quien está verificando que no se le escapó nada importante.

Dmitri llegó y vio la mesa ampliada sin comentario. Se sentó en su lugar de siempre, pidió su vodka de siempre, y miró el grupo con la expresión de quien calcula cuánto tiempo va a tardar en que todos encuentren su lugar y la conversación pueda comenzar.

Tardó aproximadamente cuatro minutos.

—Stalin —dijo Dmitri, cuando el ruido de sillas y saludos se asentó.

No necesitó más introducción. Cinco semanas de viernes habían establecido el ritmo.

Iosif Vissarionovich Dzhugashvili, explicó Dmitri, había nacido en 1878 en Gori, Georgia, hijo de un zapatero alcohólico y de una madre que lo adoraba con la intensidad de las madres que tienen muy poco y lo ponen todo en un solo hijo. Era bajito, tenía el brazo izquierdo ligeramente atrofiado por un accidente de infancia, la cara marcada por la viruela. No tenía el físico del héroe revolucionario. Había sido seminarista ortodoxo antes de convertirse al marxismo. Hablaba ruso con acento georgiano toda su vida, hecho que sus enemigos usaron para ridiculizarlo y que él nunca perdonó a nadie.

—¿Cómo llegó al poder? —preguntó uno de los compañeros del doctorado de Ernestina, un joven de barba escasa que se había presentado como Mauricio.

—Con paciencia y con una comprensión del poder organizativo que sus rivales más brillantes subestimaron sistemáticamente —dijo Dmitri—. Trotski era el orador, el intelectual, el héroe de la guerra civil. Bujarin era el teórico favorito del partido, al que Lenin llamó el niño mimado. Zinoviev y Kamenev eran los viejos camaradas, los que habían estado con Lenin desde el principio. Stalin era el secretario general, el hombre que controlaba los nombramientos, las asignaciones, los archivos. Mientras sus rivales escribían artículos y daban discursos, Stalin colocaba a sus hombres en los puestos que importaban. Cuando Lenin murió, Stalin ya tenía el partido.

—La banalidad del poder administrativo —dijo Tomás, sin levantar la vista.

—Exacto. El poder no siempre llega gritando. A veces llega firmando papeles.

—¿Y era inteligente? —preguntó Asunción, la enfermera, con la franqueza de alguien que prefiere las preguntas básicas a las elaboradas.

Dmitri la miró con aprobación.

—Era inteligente de una manera específica y peligrosa —dijo—. No era un intelectual en el sentido de Trotski o Bujarin. Pero tenía una memoria extraordinaria, una capacidad para leer a las personas y encontrar sus

puntos débiles, y una paciencia para la venganza que sus contemporáneos describían como algo que iba más allá de la política y entraba en el territorio de lo patológico. Recordaba cada ofensa, cada desacuerdo, cada momento en que alguien lo había subestimado. Y esperaba el momento adecuado.

—¿Cuánto esperaba? —preguntó Mauricio.

—Kamenev y Zinoviev, que lo habían ayudado a llegar al poder bloqueando a Trotski, fueron expulsados del partido en 1927, readmitidos, expulsados de nuevo, readmitidos de nuevo, arrestados en 1934, juzgados en 1936 y ejecutados ese mismo año. Entre el primer desacuerdo con Stalin y la ejecución pasaron aproximadamente quince años. Trotski tardó veintitrés años en ser alcanzado, desde su primera ruptura con Stalin hasta el piolet en Coyoacán.

Camilo, que había estado callado con los codos sobre la mesa, levantó la vista.

—¿Y la gente que no era política? —preguntó—. Los que solo querían vivir su vida.

—Esa —dijo Dmitri— es la pregunta más importante de la noche.

Bebió despacio antes de continuar.

—En 1929, Stalin anunció el fin de la NEP y el inicio de la colectivización forzada de la agricultura. Los campesinos que habían recibido tierra después de la revolución, o que simplemente habían trabajado su tierra durante generaciones, debían entregarla a las granjas colectivas del Estado, los koljós. La resistencia era clasificada como kulakismo, es decir, como actividad de campesino rico y contrarrevolucionario, categoría lo suficientemente amplia para incluir a cualquiera que se negara, protestara o simplemente no produjera lo suficiente.

—¿Qué les pasaba a los kulaks? —preguntó Ernestina, aunque su voz indicaba que ya sabía la respuesta y necesitaba escucharla de todas formas.

—Tres categorías —dijo Dmitri—. Primera categoría: fusilamiento inmediato o campo de concentración. Segunda categoría: deportación a Siberia o a Asia Central. Tercera categoría: expulsión de su tierra y reubicación forzada en regiones remotas. Los historiadores rusos que pudieron acceder a los archivos después de 1991 calculan que entre 1930 y 1933 fueron deportados o ejecutados entre cinco y siete millones de campesinos. No combatientes. No políticos. Gente que cultivaba la tierra.

Camilo asintió despacio, con la expresión de alguien que ha recibido la confirmación de algo que intuía que iba a ser peor de lo que esperaba.

—Y el Holodomor —dijo Dmitri, con una pausa antes de la palabra que indicaba que lo que venía era diferente en naturaleza a lo anterior—. En Ucrania, entre 1932 y 1933, la colectivización forzada y las cuotas de

extracción de grano que el Estado soviético impuso produjeron una hambruna que mató entre tres millones y medio y cinco millones de personas. Ucrania era el granero de Europa. Sus campos producían suficiente trigo para alimentar a toda la Unión Soviética. Mientras sus campesinos morían de hambre, el Estado continuó exportando grano al exterior para financiar la industrialización.

Nadie habló durante varios segundos.

—¿Lo sabían en Moscú? —preguntó Valeria. Su grabadora estaba sobre la mesa pero no la miró cuando preguntó. Miraba a Dmitri.

—Había informes detallados —dijo Dmitri—. Los funcionarios locales enviaban telegramas describiendo pueblos enteros vaciados, cadáveres en los caminos, familias que hervían la corteza de los árboles porque no quedaba ninguna otra cosa. Stalin recibió esos informes. Respondió aumentando las cuotas.

—¿Por qué? —preguntó Asunción, con una voz que tenía la cualidad específica de las preguntas que no esperan una respuesta satisfactoria porque saben que no existe.

—Las interpretaciones varían —dijo Tomás, con la precisión del historiador que necesita ser justo incluso cuando la justicia resulta incómoda—. Algunos historiadores argumentan que fue un genocidio deliberado contra el pueblo ucraniano como nación, un instrumento para destruir la resistencia nacional ucraniana. Otros sostienen que fue el resultado de una política de colectivización brutalmente ineficiente aplicada sin consideración por las consecuencias humanas, y que Ucrania sufrió más que otras regiones por su importancia agrícola, no por un plan específico de exterminio étnico. La distinción importa legalmente y moralmente. Los muertos son los mismos en cualquier caso.

—Mi padre tenía un primo en un pueblo cerca de Járkov —dijo Dmitri, con una voz levemente distinta a la que usaba cuando citaba cifras—. Después de 1933 las cartas dejaron de llegar. Mi padre esperó respuesta durante dos años. Luego dejó de escribir. En casa nunca dijimos la palabra Holodomor. No porque no supiéramos. Sino porque decirla en voz alta era peligroso. Y porque hay dolores que algunas familias aprenden a cargar sin nombrarlos, porque nombrarlos hace que pesen el doble.

La mesa estaba completamente quieta. Incluso los dos compañeros del doctorado, que habían llegado con la energía ligeramente dispersa de los recién incorporados, tenían ahora la postura concentrada de quienes entienden que están en un lugar donde se dicen cosas que no se dicen en todas partes.

—El Gulag —dijo Rodrigo, en voz baja. No como pregunta. Como reconocimiento de que había que nombrarlo.

—El Gulag —confirmó Dmitri—. La Dirección Principal de Campos, en sus siglas rusas. No fue una invención de Stalin: los primeros campos habían sido establecidos por Lenin en 1918. Pero bajo Stalin se convirtió en un sistema de dimensiones que no tienen equivalente en la historia rusa anterior. Entre 1930 y 1953, aproximadamente dieciocho millones de personas pasaron por los campos. El número de muertos es disputado: las estimaciones van de un millón y medio a tres millones, solo entre los que murieron dentro de los campos. Sin contar los que murieron en el traslado, en los interrogatorios, en las ejecuciones previas al internamiento.

—¿Por qué los mandaban? —preguntó Camilo.

—Por cualquier cosa —dijo Dmitri—. Por contar un chiste sobre Stalin. Por llegar tarde al trabajo tres veces, lo cual desde 1940 era delito penal. Por haber tenido un pariente en el extranjero. Por haber sido mencionado en la confesión de alguien que había sido torturado hasta confesar lo que los interrogadores necesitaban que confesara. El sistema producía sus propias víctimas de manera casi automática: cada arrestado, bajo tortura o presión, daba nombres, y cada nombre generaba un nuevo arresto, que generaba nuevos nombres.

—Una máquina que se alimenta sola —dijo Fabiola, desde su lugar.

—Una máquina que se alimenta sola —repitió Dmitri—. Esa es la descripción más precisa que he escuchado.

—¿Y el Gran Terror? —preguntó Tomás, que llevaba sus notas abiertas en el punto específico que había preparado para este momento.

—El Gran Terror de 1936 a 1938 fue la fase más intensa. Los Juicios de Moscú: los viejos bolcheviques, los hombres que habían hecho la revolución junto a Lenin, confesando en público crímenes que no habían cometido, traiciones que no tenían sentido, conspiraciones con potencias extranjeras que eran absurdas para cualquiera que conociera su historia. Zinoviev, Kamenev, Bujarin, Tukhachevsky. Confesaban porque habían sido torturados. Porque les amenazaban con la familia. Porque después de semanas o meses de privación del sueño y presión psicológica los seres humanos confiesan lo que les piden que confiesen. Y porque en algunos casos creían, con la lógica retorcida del verdadero creyente, que morir confesando servía mejor al partido que morir negando.

—Eso es lo que no entiendo —dijo Mauricio, el del doctorado—. ¿Cómo puede alguien creer en un sistema que lo está matando?

Dmitri lo miró durante un momento.

—Bujarin —dijo— escribió una carta a Stalin la noche antes de su ejecución. Una carta que los archivos conservaron y que se publicó décadas después. Le decía que no era culpable de los crímenes que le imputaban, que Stalin lo sabía, y que de todas formas moría con la

convicción de que el partido y la revolución eran más grandes que su vida individual. Pedía que en el futuro lo rehabilitaran. Le llamaba a Stalin por su nombre de pila.

Silencio.

—Eso —dijo Dmitri— no es el comportamiento de alguien que ya no cree. Es el comportamiento de alguien que cree en la institución más de lo que cree en sí mismo. Y eso, que en abstracto puede sonar a nobleza, en la práctica es lo que hizo posible el sistema: la disposición de sus propias víctimas a legitimar el proceso que las destruía.

Rodrigo tenía los ojos en la mesa. Valeria lo miraba con una expresión que no era triunfo sino algo más cercano a la preocupación genuina.

—¿Cuántos en total? —preguntó ella, dirigiéndose a Dmitri—. Si tuviéramos que poner un número al estalinismo.

—Los historiadores que han tenido acceso a los archivos después de 1991 —dijo Tomás— calculan entre setecientas cincuenta mil y ochocientas mil ejecuciones documentadas solo en el período 1936-1938. Si sumamos los muertos en el Gulag, los muertos en la colectivización y el Holodomor, los muertos en las deportaciones de pueblos enteros —chechenos, tártaros de Crimea, alemanes del Volga, entre otros— durante la Segunda Guerra Mundial, los cálculos más conservadores llegan a seis millones de muertos por causas directamente atribuibles a las políticas del Estado estalinista. Los menos conservadores llegan a veinte millones.

—¿Y seguían llamándolo el padre de los pueblos? —preguntó Asunción.

—Lo llamaban el padre de los pueblos, el sol de las naciones, el gran timonel —dijo Dmitri—. Había retratos suyos en todas las oficinas, en todas las escuelas, en todos los hogares que querían demostrar lealtad, que era la mayoría porque los que no lo hacían llamaban la atención de la manera equivocada. Mi madre tenía uno en la cocina hasta 1956. No porque lo adorara. Porque no tenerlo era más peligroso que tenerlo.

—¿Y usted? —preguntó Ernestina—. ¿Cómo vivía una familia normal en esa época?

Dmitri bebió. Giró el vaso.

—Mi padre trabajaba en la fábrica. Llegaba a las seis, salía a las seis, comía lo que había. El apartamento comunal donde vivíamos éramos tres familias compartiendo cocina y baño. No era lujoso. Pero había trabajo, había escuela para los hijos, había hospital si uno se enfermaba. El sistema daba cosas concretas a cambio de cosas concretas: obediencia, silencio, la disposición de no hacer preguntas sobre lo que pasaba en el piso de arriba o al otro lado de la pared.

—¿Y la gente era feliz? —preguntó Camilo, con una sencillez que desarmó la pregunta de cualquier ironía.

Dmitri lo miró durante un momento.

—Algunos sí —dijo—. Y eso es lo más difícil de explicar a quien no lo vivió. El sistema producía terror y también producía orgullo. El metro de Moscú, la victoria en la guerra, la industrialización que en veinte años había convertido un país de campesinos en una potencia industrial. Había cosas reales que celebrar. Y la gente que las celebraba no siempre sabía, o no siempre quería saber, el precio que otros habían pagado para que existieran. Esa coexistencia del orgullo y el crimen en la misma sociedad, a veces en la misma familia, a veces en la misma persona, es lo que hace que la historia soviética sea tan difícil de resumir en un juicio simple.

—¿Cómo lo resume usted? —preguntó Valeria.

Dmitri la miró.

—No lo resumo —dijo—. Lo cargo. Hay una diferencia.

Don Aurelio llegó con cacahuates nuevos y una ronda que nadie había pedido. Miró la mesa ampliada con la satisfacción discreta de quien ha construido algo sin proponérselo y lo reconoce solo cuando ya está terminado.

—¿La semana que entra? —preguntó Rodrigo.

—La guerra —dijo Dmitri—. La más grande que este país, que ya había visto muchas guerras, había conocido o conocería. Veintisiete millones de muertos. Mi abuelo entre ellos.

Se levantó con la lentitud de siempre. Se puso el abrigo.

En la puerta, antes de salir, se giró hacia la mesa con una expresión que no era la de todas las semanas. Era algo más pesado.

—Una cosa antes de irme —dijo—. Todo lo que les conté esta noche sobre el estalinismo es verdad. Y hay personas, en Rusia y fuera de Rusia, que lo saben y que de todas formas añoran ese período. No porque sean monstruos. Sino porque junto con el terror hubo orden, hubo certeza, hubo la sensación de que el país sabía hacia dónde iba aunque el camino fuera terrible. La nostalgia del estalinismo no es nostalgia del Gulag. Es nostalgia de la claridad. Y eso —dijo, abriendo la puerta— es quizás lo más peligroso de todo lo que les he contado esta noche.

Salió. La puerta cerró.

La mesa quedó en silencio durante un momento que nadie interrumpió, porque había cosas que necesitaban asentarse antes de que valiera la pena hablar de ellas.

Capítulo 7

La guerra que nadie puede contar completa

Dmitri llegó esa noche con veinte minutos de retraso.

Era la primera vez que ocurría en todo el tiempo que llevaban reuniéndose, y el grupo lo notó con la sensibilidad específica que se desarrolla hacia los hábitos de alguien a quien se conoce bien. Rodrigo miró el reloj dos veces. Ernestina revisó su teléfono una. Tomás no hizo ninguna de las dos cosas pero tampoco abrió sus notas, que era su manera de indicar que estaba esperando algo.

Don Aurelio tenía el vodka servido en la mesa desde las nueve en punto. Cuando Dmitri entró, sin abrigo a pesar del frío, con el gesto de alguien que salió de casa pensando en otra cosa y no recordó el abrigo hasta que ya era tarde para volver, la mesa lo recibió con el silencio de quien no pregunta pero está disponible. Se sentó. Miró el vodka. No lo tocó de inmediato, que tampoco era su costumbre.

—Mi abuelo —dijo, sin preámbulo y sin mirar a nadie en particular— se llamaba Piotr Volkov. Trabajaba en una fábrica de láminas de acero en las afueras de Leningrado. Tenía cuarenta y dos años cuando empezó el sitio. Murió en enero de 1942, cuatro meses después de que los alemanes cerraran el cerco, de una combinación de hambre y frío que los médicos del hospital de campaña donde lo llevaron registraron simplemente como debilidad general, porque en aquel momento no había vocabulario médico suficientemente preciso para describir lo que le estaba pasando a un millón de personas al mismo tiempo.

Levantó el vaso. Bebió.

—Esta noche hablamos de la guerra.

La Segunda Guerra Mundial, explicó Dmitri, no empezó para los soviéticos en 1939, cuando Alemania invadió Polonia y Francia e Inglaterra le declararon la guerra a Hitler. Empezó el 22 de junio de 1941, cuando tres millones de soldados alemanes cruzaron la frontera soviética en el ataque más grande de la historia militar, la Operación Barbarroja, y el país que había firmado un pacto de no agresión con Alemania menos de dos años antes descubrió, de madrugada y sin aviso, que ese pacto no valía el papel en que estaba escrito.

—El Pacto Molotov-Ribbentrop —dijo Tomás.

—El Pacto Molotov-Ribbentrop —confirmó Dmitri—. Agosto de 1939. La Unión Soviética y la Alemania nazi firmaron un acuerdo de no agresión que escandalizó al mundo y que tenía un protocolo secreto en el que se repartían Europa del este entre ellas: los países bálticos, Finlandia, la mitad de Polonia y Rumania para la esfera soviética. Alemania se quedaba con la otra mitad de Polonia y el resto.

—¿Por qué Stalin firmó eso con Hitler? —preguntó Mauricio, el del doctorado, que había vuelto esa noche con un cuaderno propio.

—Varias razones —dijo Dmitri—. Stalin desconfiaba de las democracias occidentales, que habían ignorado las propuestas soviéticas de seguridad colectiva contra Alemania durante toda la década del treinta.

Creía que Francia e Inglaterra preferían dirigir la agresión nazi hacia el este, hacia la Unión Soviética, en lugar de enfrentarla ellas mismas. Y necesitaba tiempo: el Gran Terror había liquidado a más de la mitad del cuerpo de oficiales del ejército, incluyendo tres de los cinco mariscales, y el ejército soviético en 1939 era una sombra de lo que debía ser.

—¿Stalin destruyó su propio ejército antes de la guerra? —preguntó Camilo, que había vuelto con ella y que esa noche había llegado con una libreta de espiral que usaba para anotar los datos que quería verificar después por su cuenta.

—Tukhachevsky, el mariscal más brillante que tenía, fue ejecutado en 1937 acusado de espionaje para Alemania —dijo Tomás—. Irónicamente, la acusación había sido fabricada por los propios alemanes, que filtraron documentos falsos a los servicios de inteligencia soviéticos precisamente para descabezar al ejército ruso antes del conflicto inevitable. Y funcionó.

—¿Los alemanes fabricaron la evidencia contra el general soviético para que Stalin lo matara? —dijo Asunción.

—Y Stalin lo mató —dijo Dmitri—. Así que cuando llegó la guerra, el ejército más grande del mundo estaba comandado en muchos casos por hombres que habían ascendido no por su talento militar sino por su supervivencia en las purgas, que no es exactamente el criterio de selección más adecuado para un comandante en combate.

—¿Y las primeras semanas? —preguntó Rodrigo.

Dmitri dejó el vaso sobre la mesa con un golpe suave.

—Las primeras semanas fueron una catástrofe de dimensiones que todavía resultan difíciles de comprender. En los primeros tres meses, el ejército soviético perdió aproximadamente tres millones de hombres, entre muertos, heridos y prisioneros. Las divisiones blindadas alemanas avanzaban cien, doscientos kilómetros al día. Para septiembre de 1941, Leningrado estaba rodeada. Para octubre, los alemanes estaban a treinta kilómetros de Moscú. Stalin, según los testimonios de quienes estaban cerca de él en esos días, entró en un colapso que duró varios días, se retiró a su dacha y no fue accesible para nadie.

—¿El hombre que había purgado a todos sus generales porque desconfiaba de ellos se paralizó cuando la guerra llegó? —dijo Valeria.

—Se paralizó —dijo Dmitri—. Y luego se recuperó. Y eso también hay que decirlo, porque la historia de Stalin en la guerra no es solo la historia del desastre de los primeros meses. Es también la historia de un hombre que encontró en la guerra algo que el terror en tiempos de paz no podía darle: una amenaza real, exterior, que el país podía reconocer como tal sin necesidad de que el Estado la fabricara. La invasión alemana le dio a Stalin lo que siempre había dicho que existía pero que en realidad había inventado: un enemigo genuino.

—¿Y la gente respondió? —preguntó Ernestina.

—La gente respondió de una manera que sorprendió a los propios alemanes y que todavía hoy resulta difícil de explicar completamente —dijo Dmitri—. Hubo soldados soviéticos que se rindieron por millones en los primeros meses, sí. Pero hubo también una resistencia que se endureció progresivamente, y no siempre por lealtad a Stalin ni al partido. Muchas veces por algo más simple y más poderoso: porque los alemanes llegaban a los pueblos y fusilaban a los comisarios, colgaban a los comunistas, trataban a los eslavos como subhumanos, y esa realidad concreta convertía a personas que odiaban al régimen soviético en combatientes del régimen soviético, porque la alternativa era peor.

—El enemigo de mi enemigo —dijo Fabiola, desde su lugar.

—Más que eso —dijo Dmitri—. El enemigo que quiere matarte te quita el lujo de elegir a tus aliados.

El sitio de Leningrado duró novecientos días, de septiembre de 1941 a enero de 1944. Dmitri habló de él con una economía de palabras que era en sí misma una forma de respeto: como si cada detalle superfluo fuera un lujo que el tema no se merecía. Un millón y medio de civiles atrapados. La ración de pan en el invierno de 1941 reducida a ciento veinticinco gramos diarios para los no combatientes, una rebanada delgada de una mezcla de harina, aserrín y celulosa. Las temperaturas bajo treinta grados. Los cuerpos en la calle que nadie tenía fuerzas para recoger. El lago Ladoga congelado como única vía de suministro, la Ruta de la Vida, bajo el fuego de la artillería alemana.

—¿Cuántos murieron? —preguntó Mauricio, en voz baja.

—Las estimaciones van de ochocientas mil a un millón doscientas mil personas, solo en el sitio. La mayoría de hambre y frío. No de combate. —Hizo una pausa—. Mi abuelo Piotr fue uno de ellos. Mi padre tenía dieciséis años cuando murió y llevaba ya seis meses trabajando en una fábrica que había sido reconvertida para fabricar piezas de artillería. Me contó que el día que supo que su padre había muerto no lloró. No porque no lo sintiera. Sino porque el frío era tan intenso y el hambre tan constante que el cuerpo había redistribuido sus recursos hacia funciones más urgentes que el duelo. Lloró tres años después, cuando la guerra terminó y el cuerpo recordó que podía permitírselo.

La mesa estaba completamente quieta. La amiga de Asunción, que había vuelto también, tenía las manos entrelazadas sobre la mesa y miraba a Dmitri con la expresión de quien está recibiendo algo que no va a poder devolver.

—Stalingrado —dijo Tomás, con el mismo tono que usaba para todas las fechas importantes: el tono de quien sabe que el nombre es suficiente.

—Stalingrado —dijo Dmitri—. El verano de 1942, los alemanes lanzaron una ofensiva hacia el sur, hacia los yacimientos de petróleo del Cáucaso,

y hacia Stalingrado, que llevaba el nombre de Stalin y que por eso mismo tenía un valor simbólico que ninguno de los dos lados podía ignorar. La batalla duró de agosto de 1942 a febrero de 1943. Fue el combate más prolongado, más intenso y más mortífero de toda la guerra. Los alemanes tomaron el noventa por ciento de la ciudad. Los soviéticos se aferraron al diez por ciento restante, a la orilla misma del Volga, y contraatacaron. El 2 de febrero de 1943, el Feldmariscal Paulus capituló con los restos del Sexto Ejército alemán. Noventa y un mil prisioneros. De ellos, menos de seis mil regresaron a Alemania vivos al final de la guerra.

—¿Y los soviéticos? —preguntó Camilo.

—Las bajas soviéticas en Stalingrado se estiman en un millón y medio entre muertos, heridos y desaparecidos. Solo en esa batalla. —Dmitri bebió—. Después de Stalingrado, la guerra en el este cambió de dirección. Los alemanes nunca recuperaron la iniciativa estratégica. Kursk en julio de 1943, la batalla de tanques más grande de la historia, confirmó el giro. Y desde entonces fue una retirada alemana lenta y brutal de dos años hasta Berlín.

—¿Y el papel de los aliados occidentales? —preguntó Rodrigo, con el tono de quien tiene una posición pero quiere escuchar la versión completa antes de expresarla.

—Los aliados abrieron el frente en el norte de África en 1942, en Italia en 1943, en Normandía en junio de 1944 —dijo Tomás—. El suministro de materiales a través del programa Lend-Lease fue significativo: camiones, aviones, alimentos. Los soviéticos lo reconocían en privado aunque la narrativa oficial minimizaba la contribución occidental.

—Pero el frente oriental fue donde se decidió la guerra —dijo Dmitri, sin combatividad, simplemente como constatación—. Ochenta por ciento de las bajas alemanas de combate ocurrieron en el frente oriental. La Wehrmacht que llegó a Normandía en junio de 1944 era una fracción gastada del ejército que había invadido la Unión Soviética tres años antes. Eso no quita mérito al desembarco. Pero pone las cosas en proporción.

—Veintisiete millones —dijo Ernestina, que había estado calculando algo en su cuaderno.

—Veintisiete millones de ciudadanos soviéticos muertos entre 1941 y 1945 —dijo Dmitri—. Para contextualizar: Estados Unidos perdió cuatrocientos mil. Gran Bretaña, cuatrocientos cincuenta mil. Francia, trescientos mil. La diferencia de escala entre la experiencia soviética de la guerra y la experiencia occidental de la misma guerra es una de las razones fundamentales por las que el mundo occidental y Rusia han tenido, desde 1945, perspectivas radicalmente distintas sobre lo que esa guerra significó y sobre lo que el mundo le debe a quién.

—¿Y Stalin después de la victoria? —preguntó Valeria.

—Stalin después de la victoria era intocable —dijo Dmitri—. Había llevado al país desde el borde de la destrucción total hasta Berlín. Eso borraba, para la mayoría de la población soviética, los crímenes del período anterior. No los hacía desaparecer. Los cubría con algo más inmediato y más poderoso: el orgullo de haber sobrevivido lo que nadie debería haber tenido que sobrevivir. Mi padre nunca habló bien de Stalin como político. Pero tampoco pudo hablar completamente mal de él, porque Stalin había estado en Moscú mientras Leningrado resistía, y Leningrado había resistido, y su padre había muerto en esa resistencia, y eso creaba una deuda moral que la política no podía cancelar del todo.

—¿Cómo se vive con eso? —preguntó Ernestina—. Con esa contradicción tan grande dentro de una sola persona.

Dmitri la miró durante un momento.

—De la misma manera que se vive con cualquier contradicción que no tiene resolución —dijo—. Compartiéndola en silencio con todos los que están en la misma situación, que en la Unión Soviética de posguerra eran prácticamente todos. Había un entendimiento tácito: no hablamos de ciertas cosas, no porque no las sepamos, sino porque nombrarlas no las resuelve y además es peligroso. Ese silencio compartido era una forma de supervivencia colectiva. Y también era el cimiento sobre el que Stalin construyó los últimos ocho años de su gobierno, que fueron en muchos aspectos tan oscuros como los anteriores a la guerra.

—¿No hubo ningún alivio después de la victoria? —preguntó Asunción.

—Hubo un momento —dijo Dmitri—. Un momento muy breve, en los primeros meses después de mayo de 1945, en que la gente que había sobrevivido creyó que el sacrificio había comprado algo diferente. Que un país que había pagado ese precio tenía derecho a un poco más de libertad, de verdad, de vida normal. Esa esperanza duró lo que tardó Stalin en reiniciar las purgas, en arrestar a los generales que habían ganado la guerra porque se habían vuelto demasiado populares, en lanzar una nueva campaña contra los intelectuales y los judíos que en 1953, cuando murió, estaba a punto de convertirse en algo comparable al Gran Terror.

—¿Y cómo murió? —preguntó Camilo.

—De un derrame cerebral, el 5 de marzo de 1953. Según los testimonios de quienes estaban cerca, estuvo tirado en el suelo de su habitación durante horas antes de que alguien se atreviera a entrar a verificar qué le había pasado, porque nadie quería ser el primero en abrir la puerta de Stalin sin que él lo hubiera ordenado. Murió solo en el suelo porque el sistema de terror que había construido funcionaba tan bien que incluso sus propios guardias tenían miedo de acercarse a él sin permiso.

Nadie habló por un momento.

Don Aurelio llegó con una ronda nueva. La dejó sobre la mesa sin decir nada y se quedó de pie un instante más de lo habitual, como si él también necesitara un momento.

—La semana que entra —dijo Rodrigo— ¿qué viene?

—Viene el hombre que abrió las ventanas —dijo Dmitri—. Jruschov. El XX Congreso. La noche en que alguien dentro del sistema dijo en voz alta lo que todos sabían y nadie había dicho. Y lo que pasó cuando la verdad entró por las ventanas que él abrió.

—¿Fue suficiente? —preguntó Ernestina.

Dmitri se puso el abrigo que esta noche sí había traído.

—No fue suficiente —dijo—. Pero fue necesario. A veces las cosas necesarias no son suficientes. Eso también es parte de la historia.

Salió. Y la mesa, que con el tiempo había aprendido a quedarse un rato después de que Dmitri se fuera, porque las conversaciones que dejaba atrás necesitaban su propio espacio para asentarse, pidió una ronda más y habló en voz baja durante casi una hora de cosas que no eran exactamente la historia de Rusia pero que la historia de Rusia había hecho posible nombrar.

Capítulo 8

El hombre que abrió las ventanas

Esa noche Rodrigo llegó con un libro.

No era un gesto habitual en él, que generalmente llegaba con el teléfono cargado de artículos que nunca terminaba de citar correctamente y con la energía de alguien que ha pasado la semana convenciéndose de que sabe más de lo que sabe. El libro era una edición española del Informe Secreto de Jruschov al XX Congreso del Partido Comunista, publicado en 1956 y desclasificado décadas después, que había conseguido en una librería de viejo en la Lagunilla el martes anterior y que había leído con la concentración específica de quien está leyendo algo que le importa y que al mismo tiempo lo incomoda.

Lo puso sobre la mesa sin decir nada, como declaración de posición.

Dmitri lo miró. Miró el libro. Algo en su expresión cambió levemente, de la manera en que cambia la expresión de alguien cuando reconoce un objeto que tiene historia personal.

—¿Lo leyó? —preguntó.

—Todo —dijo Rodrigo.

—¿Y?

Rodrigo abrió la boca. La cerró. La abrió de nuevo.

—No sé todavía qué hacer con lo que leí —dijo, con una honestidad que a Valeria, sentada a su izquierda, le pareció la cosa más inteligente que le había escuchado decir en semanas.

—Bien —dijo Dmitri—. Esa es la respuesta correcta.

El XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética se celebró en Moscú en febrero de 1956, tres años después de la muerte de Stalin. Jruschov, que había maniobrado con paciencia y habilidad para consolidar su posición como primer secretario después de una lucha interna que duró dos años, convocó a los delegados a una sesión nocturna extraordinaria, cerrada a la prensa y a las delegaciones extranjeras, y leyó durante cuatro horas un informe que nadie esperaba y que cambió para siempre la manera en que el mundo soviético podía hablar de sí mismo.

—¿Qué decía? —preguntó Asunción, que había llegado sin Camilo esa noche pero con la misma libreta que él usaba, porque se la había pedido prestada para tomar sus propias notas.

—Decía la verdad —dijo Dmitri—. O una parte de ella. Decía que Stalin había sido un tirano, que las purgas habían sido crímenes, que los Juicios de Moscú habían sido farsas, que los generales ejecutados eran inocentes, que los pueblos deportados no merecían lo que les ocurrió. Lo decía con nombres, con fechas, con detalles que los delegados que escuchaban conocían en parte pero que nunca habían escuchado articulados en voz alta por nadie en una posición de autoridad.

—¿Cómo reaccionaron los delegados? —preguntó Ernestina.

—Los testimonios de quienes estuvieron presentes describen un silencio que fue creciendo hasta volverse insoportable —dijo Dmitri—. Algunos delegados se desmayaron. Otros lloraban. Uno, según se cuenta, sufrió un infarto en la sala. No porque la información fuera completamente nueva para ellos. Sino porque escucharla dicha en voz alta, en ese contexto, por esa persona, hacía algo que el conocimiento privado no hace: la volvía real de una manera que ya no podía deshacerse.

—¿Y Jruschov por qué lo hizo? —preguntó Valeria, con el tono de quien busca la motivación detrás del gesto y no se conforma con la versión heroica.

—Varias razones que probablemente él mismo no habría podido separar limpiamente —dijo Dmitri—. Una genuina: Jruschov había conocido a Stalin, había trabajado para él durante décadas, había obedecido órdenes que sabía que eran crímenes porque la alternativa era convertirse en víctima de esos mismos crímenes. Vivir con eso tenía un costo que el poder no borraba del todo. Otra razón era política: distanciarse de Stalin le permitía consolidar su propia posición eliminando a los rivales que habían estado más cerca del dictador y que por lo tanto tenían más que perder con la revelación. Molotov, Kagánovich, Malenkov. Los llamó el grupo anti partido y los expulsó.

—Usó la verdad como arma política —dijo Tomás.

—La usó como arma política y al mismo tiempo la dijo —dijo Dmitri—. Las dos cosas son simultáneamente ciertas. Y eso lo hace más interesante, no menos.

El informe fue secreto durante exactamente el tiempo que tardó la CIA en conseguir una copia a través de los servicios de inteligencia israelíes, que la obtuvieron de fuentes en el partido polaco, a quienes Jruschov había enviado una copia pensando que la guardarían con más discreción de la que guardaron. En junio de 1956, el New York Times publicó el texto completo.

—¿O sea que el mundo occidental supo lo que decía el informe antes que la mayoría de los soviéticos? —preguntó Mauricio.

—La mayoría de los ciudadanos soviéticos no leyó el informe directamente durante décadas —dijo Tomás—. Se distribuyó en reuniones del partido con instrucción de no tomar notas. Pero las instrucciones de no tomar notas son notoriamente difíciles de cumplir cuando el contenido es suficientemente impactante, y el texto circuló de mano en mano, en copias mecanografiadas, en fragmentos memorizados, con la velocidad específica que tienen las cosas que el poder quiere que no se sepan.

—¿Y en su casa? —preguntó Ernestina, mirando a Dmitri—. ¿Cómo llegó? Dmitri bebió antes de responder.

—Mi padre llegó un día a casa con una expresión que yo, que tenía ocho años, no había visto antes en su cara. No era tristeza ni alegría. Era algo más parecido al estado de alguien que acaba de recibir una información que reorganiza el mapa de todo lo que creía saber. Se sentó en la cocina y estuvo callado durante casi una hora. Mi madre no le preguntó nada. Había aprendido, en veinte años de matrimonio en la Unión Soviética, que hay silencios que necesitan su tiempo antes de que convenga interrumpirlos.

Hizo una pausa.

—Esa noche, cuando yo ya estaba en la cama, escuché que hablaban en voz baja en la cocina. No entendí todo. Entendí que algo había cambiado. Que el nombre que había estado en todos los carteles, en todos los discursos, en el retrato de la cocina junto al de Lenin, ese nombre era ahora algo diferente de lo que había sido esa misma mañana. Y que mi padre no sabía exactamente qué hacer con eso.

—¿Quitaron el retrato? —preguntó Asunción.

—Lo quitaron esa semana —dijo Dmitri—. Sin ceremonia. Mi madre lo bajó un martes, lo envolvió en periódico y lo puso en el fondo de un cajón. No lo tiró. Tampoco lo colgó de nuevo. Quedó en ese cajón durante años, en ese estado intermedio que era la posición más honesta que la familia podía adoptar respecto a lo que representaba.

El deshielo cultural que siguió al XX Congreso, explicó Dmitri, fue real aunque limitado. Solzhenitsyn publicó *Un día en la vida de Iván Denísovich* en 1962, con autorización personal de Jruschov, el primer texto literario soviético que describía la vida en el Gulag desde adentro. Revistas como *Novy Mir* publicaron textos que antes habrían sido impensables. Los poetas de la generación del deshielo —Yevtushenko, Ajmátova, más tarde Brodsky— encontraron espacios que antes no existían. Los estudiantes debatían en los pasillos de las universidades con una libertad que era embriagadora precisamente porque todos sabían que era provisional.

—¿Y en la ciencia? —preguntó uno de los compañeros del doctorado de Ernestina, un joven que se llamaba Felipe y que había encontrado la manera de hacer que sus preguntas sonaran siempre más informadas de lo que eran.

—El Sputnik —dijo Dmitri, con algo que era casi orgullo antes de que la reflexión lo moderara—. Octubre de 1957. El primer satélite artificial en órbita alrededor de la Tierra. Yo tenía nueve años y recuerdo que mi padre me llevó al techo del edificio a mirar el cielo en la hora en que se calculaba que el Sputnik pasaría sobre Leningrado. No lo vimos, el cielo estaba nublado. Pero estuvimos en el techo mirando hacia arriba durante veinte minutos, y eso en sí mismo era suficiente.

—¿Qué significó? —preguntó Ernestina.

—Significó que el sistema que había producido el Gulag también había producido eso. Y que para la mayoría de los ciudadanos soviéticos esas dos cosas existían en compartimentos distintos del orgullo nacional que no se comunicaban entre sí de manera cómoda. El cohete que puso el Sputnik en órbita fue diseñado por Serguéi Korolev, un ingeniero que había pasado seis años en el Gulag bajo Stalin y que fue rehabilitado porque sus conocimientos eran demasiado valiosos para que la ideología se los permitiera desperdiciar. Eso también es la Unión Soviética.

—¿Y Hungría? —preguntó Tomás, con el tono de quien sabe que ese nombre tiene que entrar en algún momento y prefiere que entre con el tiempo suficiente para tratarlo.

Dmitri asintió con la cabeza, como reconociendo una deuda pendiente.

—Hungría. Octubre de 1956, el mismo año del informe. El deshielo había creado en los países satelitales de Europa del este una expectativa que Jruschov nunca había pretendido generar: si Stalin había sido un criminal y sus métodos eran condenables, ¿no eran igualmente condenables los gobiernos que esos métodos habían instalado en Varsovia, en Budapest, en Praga? En Hungría, un movimiento popular derrocó al gobierno comunista, nombró un gobierno reformista encabezado por Imre Nagy, y anunció que Hungría se retiraba del Pacto de Varsovia y se declaraba neutral.

—¿Y Jruschov envió los tanques? —preguntó Rodrigo, con una voz que tenía capas de cosas distintas.

—Jruschov envió los tanques —dijo Dmitri—. Cuatro mil tanques. La revolución húngara fue aplastada en dos semanas. Imre Nagy fue arrestado, juzgado en secreto y ejecutado dos años después. Tres mil húngaros muertos, doscientos mil exiliados.

—¿Cómo se explica eso? —preguntó Rodrigo—. El mismo hombre que denuncia los crímenes de Stalin usa los métodos de Stalin para aplastar una revolución popular el mismo año.

—No se explica —dijo Dmitri—. Se describe. Y la descripción es esta: Jruschov era un reformista dentro del sistema, no fuera de él. Quería un socialismo menos criminal, más eficiente, más honesto. No quería un sistema diferente. Y cuando la reforma amenazó con convertirse en algo que el sistema no podía absorber, eligió el sistema. Como lo habían elegido antes que él y como lo elegirían después.

—La Doctrina Brezhnev avant la lettre —murmuró Tomás.

—¿Qué significa eso? —preguntó Felipe.

—Que la idea de que la Unión Soviética tenía derecho a intervenir militarmente en cualquier país del bloque socialista que amenazara con salirse del bloque existía antes de que Brezhnev la articulara formalmente —dijo Tomás—. Jruschov la practicó en Hungría en 1956. Brezhnev la aplicó en Checoslovaquia en 1968. Era la lógica imperial disfrazada de solidaridad socialista.

—¿Y la gente en la Unión Soviética qué sabía de Hungría? —preguntó Ernestina.

—Lo que la prensa oficial publicaba —dijo Dmitri—. Que los trabajadores húngaros habían pedido ayuda fraternal al ejército soviético para proteger su revolución socialista de los contrarrevolucionarios financiados por Occidente. Esa era la versión. La realidad llegaba en fragmentos, por radio, por los que tenían acceso a emisoras occidentales, por los que conocían a alguien que conocía a alguien. Pero la versión oficial era suficientemente cómoda para la mayoría, porque la alternativa a creerla era enfrentarse a una contradicción que el deshielo había hecho más difícil de ignorar pero no más fácil de resolver.

—¿Y Jruschov al final? —preguntó Valeria.

—Jruschov fue depuesto en octubre de 1964, mientras estaba de vacaciones en el Mar Negro, por un golpe de palacio encabezado por Brezhnev y los miembros del Politburó que habían decidido que sus reformas eran demasiado erráticas, sus fracasos demasiado visibles y su estilo demasiado impredecible. Lo llamaron por teléfono, lo convocaron a Moscú, le presentaron la lista de sus errores y le comunicaron que había renunciado. Jruschov, que había destituido a más de uno de esa misma manera, entendió que el juego había terminado y no ofreció resistencia.

Vivió sus últimos años en una dacha en las afueras de Moscú, vigilado pero no arrestado, y murió en 1971. Sus memorias, grabadas clandestinamente y sacadas de contrabando al exterior, se publicaron en Occidente mientras él todavía vivía.

—¿Y el partido las desautorizó? —preguntó Mauricio.

—El partido dijo que eran una falsificación —dijo Dmitri—. Jruschov no dijo nada públicamente. Era un hombre que había aprendido, tarde pero bien, que hay momentos en que el silencio es la única forma de dignidad que le queda a quien ha perdido el poder.

Rodrigo tenía el libro cerrado frente a él. Lo miraba con una expresión que había cambiado algo desde el inicio de la noche, aunque no habría podido decir exactamente en qué dirección había cambiado.

—¿Fue un hombre bueno? —preguntó, y la pregunta sonó más personal de lo que probablemente pretendía.

Dmitri lo consideró durante un momento.

—Fue un hombre que hizo una cosa buena de manera incompleta —dijo—. Dijo la verdad sobre los crímenes del pasado sin cambiar el sistema que los había hecho posibles. Abrió ventanas sin mover paredes. Y cuando las ventanas abiertas dejaron entrar más viento del que el edificio podía sostener, las cerró. Eso no lo convierte en un hombre malo. Lo convierte en un hombre de su tiempo, que es casi siempre la descripción más justa y más insatisfactoria que puede hacerse de alguien.

Fabiola, que esa noche había llegado antes que todos y ocupaba un lugar en la propia mesa del fondo por primera vez, sin que nadie se lo hubiera ofrecido formalmente y sin que nadie objetara, apoyó el mentón en la mano.

—Abrió ventanas sin mover paredes —repitió, en voz baja, como probando el peso de la frase.

—¿No es eso lo que hacemos casi todos? —dijo Don Aurelio, desde la barra, sin levantar la vista de los vasos.

La mesa lo miró. Don Aurelio siguió limpiando.

—Digo —dijo, con la serenidad de quien no necesita que le den la razón para seguir hablando—, que la mayoría de la gente abre ventanas cuando puede y no mueve paredes porque las paredes pesan mucho. No por cobardía. Porque pesan.

Dmitri lo miró durante un momento con una expresión que era difícil de leer y que Ernestina, que lo observaba con la atención acumulada de semanas, identificó como algo que no era exactamente gratitud pero que se le parecía.

—La semana que entra —dijo Dmitri, poniéndose el abrigo— hablamos de Brezhnev. De los años en que el país aprendió a vivir con la mentira

como clima, no como excepción. Y de por qué esos años, que fueron en muchos sentidos los peores para el alma del sistema, son también los que mucha gente recuerda con más nostalgia.

—¿Por qué? —preguntó Asunción.

—Porque fueron los más seguros —dijo Dmitri—. Y la seguridad, cuando uno ha vivido lo suficiente para saber lo que cuesta, tiene un valor que la libertad abstracta no siempre puede igualar.

Salió. Y la mesa se quedó con esa frase flotando sobre los vasos, demasiado incómoda para discutirla de inmediato y demasiado precisa para ignorarla.

Capítulo 9

El estancamiento y la mentira tranquila

Esa noche Fabiola llegó antes que Dmitri.

No era la primera vez que llegaba antes que el grupo, pero sí era la primera vez que llegaba antes que todos, incluyendo a Don Aurelio, que encontró la puerta de la cantina con ella esperando en la banqueta con las manos en los bolsillos y la expresión de alguien que no está segura de por qué llegó tan temprano pero que tampoco va a irse.

Don Aurelio abrió sin comentario. Le sirvió su copa habitual. Y cuando empezaron a llegar los demás, Fabiola estaba sentada en la mesa del fondo, en el lugar que con las semanas había adquirido la calidad de suyo sin que nadie lo hubiera declarado formalmente.

Rodrigo llegó solo, sin el libro de la semana anterior, con la expresión de alguien que ha pasado siete días digiriendo algo y que ha llegado a una posición provisional que no está completamente satisfecho de haber alcanzado. Valeria llegó con una bufanda nueva y el teléfono ya guardado en el bolso desde antes de entrar, gesto que Rodrigo notó y registró con la discreción de quien lleva meses leyendo los gestos de alguien y ha aprendido a no celebrarlos en voz alta para no espantarlos.

Tomás y Ernestina llegaron con la dinámica de la tutoría activa: ella con una pregunta que él no había respondido todavía y él con la expresión de quien está esperando que la pregunta madure un poco más antes de responderla, porque las preguntas que maduran son siempre más interesantes que las que se responden inmediatamente.

Dmitri llegó puntual, con el abrigo bien abotonado y el gesto de alguien que ha caminado despacio y ha pensado durante el camino.

—Brezhnev —dijo Rodrigo, antes de que Dmitri se sentara del todo.

—Brezhnev —dijo Dmitri, sentándose—. El hombre más aburrido que produjo el siglo soviético. Y el más revelador.

Leonid Ilich Brezhnev gobernó la Unión Soviética desde octubre de 1964, cuando los conjurados del Politburó lo instalaron en el lugar de Jruschov,

hasta noviembre de 1982, cuando murió en el cargo después de varios años en que la pregunta de si todavía gobernaba o simplemente ocupaba el espacio del gobierno era difícil de responder con certeza. Dieciocho años. Más que cualquier líder soviético excepto Stalin.

—¿Qué hizo en dieciocho años? —preguntó Felipe, el del doctorado, con el tono de quien ya ha buscado la respuesta y no encontró nada que lo impresionara.

—Esa —dijo Dmitri— es exactamente la pregunta correcta. Y la respuesta es: se mantuvo. Que en la política soviética de esa época era en sí mismo un logro considerable.

El sistema que Brezhnev heredó era, explicó Dmitri, un sistema que había aprendido a funcionar a pesar de sí mismo. La economía planificada producía lo que los planificadores decidían que debía producirse, que no siempre era lo que la gente necesitaba, y distribuía lo que producía a través de una cadena de ineficiencias que había sido diseñada para el control y que por lo tanto no había sido diseñada para la eficiencia. Las fábricas cumplían sus cuotas de producción porque de eso dependía la carrera del director, no porque las cuotas reflejaran ninguna demanda real. Se producían tornillos que nadie necesitaba y faltaban los tornillos que todo el mundo necesitaba. Se construían apartamentos que se derrumbaban a los veinte años porque el material de construcción había sido especificado para cumplir la cuota y no para sostener edificios.

—¿Y la gente lo sabía? —preguntó Asunción.

—La gente lo sabía con la precisión de quien vive adentro del sistema —dijo Dmitri—. Lo que no sabía, o lo que no tenía acceso a comparar directamente, era la diferencia entre ese sistema y lo que existía fuera. Los soviéticos de la era Brezhnev sabían que había cosas que faltaban. No siempre sabían con precisión qué tan diferente era la vida en Occidente, porque la información sobre el exterior era controlada y la que llegaba había pasado por varios filtros.

—¿Pero algo llegaba? —preguntó Ernestina.

—Llegaba —dijo Dmitri—. La radio. La BBC en ruso, la Voz de América, Radio Liberty. El Estado las perturbaba con interferencias, pero no siempre con éxito. Y había los objetos: los jeans, los discos de rock occidental, los encendedores, los artículos que los que viajaban o tenían contactos con extranjeros traían y que circulaban en el mercado negro con un valor que no era solo económico sino simbólico. Un par de Levi's en Moscú en 1975 no era ropa. Era una declaración de que el mundo tenía cosas que el sistema no podía darte.

—¿Y el jazz? —preguntó Rodrigo, que había leído algo sobre eso esa semana y lo esperaba.

—El jazz, el rock, la música occidental en general —dijo Dmitri—. Hubo períodos en que estaba prohibida y períodos en que se toleraba con variados grados de reluctancia oficial. Los Beatniks de los años cincuenta en Moscú que se llamaban a sí mismos estiliagui, los amantes del estilo, con pantalones ajustados y zapatos de plataforma, eran perseguidos por las brigadas de los Komsomol, la juventud comunista, que les cortaban los pantalones en la calle. Pero la música seguía circulando. En grabaciones caseras en radiografías usadas, los llamaban costillas o huesos, porque el acetato de las radiografías era el único material disponible para grabar sonido de manera clandestina.

—¿Grababan jazz en radiografías de pulmones? —dijo Fabiola, con una mezcla de incredulidad y algo que se parecía a la admiración.

—De pulmones, de espinas, de rodillas —dijo Dmitri, con la primera sonrisa amplia de la noche—. Lo que hubiera disponible. Había algo poéticamente soviético en eso: la música prohibida grabada sobre las imágenes del cuerpo que el Estado decía que le pertenecía.

La mesa rio. Era una de esas risas que alivian sin borrar el peso de lo que se estaba discutiendo, y que por eso mismo son más valiosas que las risas que simplemente distraen.

—La doble vida —dijo Tomás, recuperando el hilo—. Porque eso es lo que define la era Brezhnev más que ninguna otra cosa, ¿verdad?

—La doble vida —confirmó Dmitri—. El sistema soviético tardío produjo en sus ciudadanos una capacidad para la existencia paralela que no tiene equivalente en ninguna sociedad que yo haya conocido después. En público: el discurso correcto, el voto unánime, el retrato en la oficina, la participación en los actos del primero de mayo. En privado: el chiste político contado en voz baja en la cocina, la botella de vodka que reemplazaba la conversación franca que no podía tenerse en ningún otro lugar, la opinión real que circulaba en el samizdat, las publicaciones clandestinas mecanografiadas en papel carbón que pasaban de mano en mano y que todo el mundo leía y nadie admitía haber leído.

—¿Cómo se llama eso? —preguntó Camilo, que había regresado esa noche y que seguía con su libreta de espiral.

—En ruso hay una palabra: dvoyemyslie —dijo Dmitri—. Pensamiento doble. No en el sentido orwelliano de creer dos cosas contradictorias al mismo tiempo. En el sentido de tener dos sistemas de pensamiento en funcionamiento simultáneo: el oficial y el real, el público y el privado, el que decías y el que pensabas. Y lo notable era que ese desdoblamiento no se vivía como hipocresía. Se vivía como sentido común.

—¿Y el Estado lo sabía? —preguntó Valeria.

—El Estado lo sabía y lo toleraba —dijo Dmitri—, siempre y cuando el pensamiento privado no se convirtiera en acción pública. El KGB tenía informantes en todas partes, en cada fábrica, en cada bloque de

apartamentos, en cada oficina universitaria. Pero la función principal del sistema de vigilancia en la era Brezhnev no era detectar la oposición activa, que era mínima. Era mantener la conciencia de que la vigilancia existía, para que la gente se autocensurara antes de que fuera necesario censurarla desde afuera. El sistema más eficiente no es el que castiga. Es el que hace que la gente se castigue sola.

—Foucault —dijo Mauricio, que no pudo contenerse.

—No sé quién es Foucault —dijo Dmitri—. Pero si dijo algo sobre eso, probablemente lo dijo bien.

—Lo dijo bien —confirmó Tomás, con la expresión de quien prefiere no abrir ese tema esta noche.

—¿Y Checoslovaquia? —preguntó Rodrigo—. La Primavera de Praga. Dmitri asintió.

—1968. Alexander Dubček, el primer secretario del partido checoslovaco, intentó lo que llamó socialismo con rostro humano: libertad de prensa, descentralización económica, rehabilitación de las víctimas de las purgas estalinistas, apertura política dentro del marco socialista. Era exactamente el tipo de reforma que Jruschov había insinuado que era posible y que Brezhnev había decidido que no lo era. En agosto de 1968, las tropas del Pacto de Varsovia —soviéticos, polacos, húngaros, búlgaros, alemanes del este— entraron en Checoslovaquia. Dubček fue arrestado, llevado a Moscú, obligado a firmar la cancelación de sus reformas y devuelto a Praga como figura decorativa antes de ser removido definitivamente.

—¿Y la gente en Moscú? —preguntó Ernestina.

—Ocho personas salieron a la Plaza Roja con pancartas que decían Por vuestra libertad y la nuestra —dijo Dmitri—. Ocho. Fueron arrestadas en minutos. Condenadas a campos de concentración o a hospitales psiquiátricos, que en la era Brezhnev eran el nuevo instrumento de represión: si alguien se oponía al sistema que era objetivamente superior a todos los demás, la explicación más lógica era que estaba mentalmente enfermo.

—¿Hospitales psiquiátricos como castigo político? —dijo Asunción, con la voz específica de la enfermera que escucha hablar de su campo en términos que la incomodan profundamente.

—La psiquiatría punitiva soviética —confirmó Tomás—. El diagnóstico de esquizofrenia reformista o de paranoia querulante para los disidentes. Tenía una lógica perversa pero coherente: si el sistema es perfecto, quien lo cuestiona está loco. Y un loco no es un mártir político. Es un enfermo que necesita tratamiento.

Asunción miró la mesa. Algo en su expresión era diferente al resto de los presentes: no era la indignación del académico ni la del militante. Era la

indignación de alguien para quien la instrumentalización de la medicina es una violación específica, no abstracta.

—Yo curo a la gente —dijo, en voz baja—. Eso no se usa así.

Nadie respondió, porque no había nada que responder que estuviera a la altura de la sencillez de esa frase.

—¿Y la vida cotidiana? —preguntó Rodrigo, después de un momento—. Fuera de la política. ¿Cómo era vivir en la Unión Soviética en los años setenta?

Dmitri bebió. Giró el vaso.

—Yo tenía veintitantos años en los años setenta —dijo—. Trabajaba en la fábrica de turbinas en Sverdlovsk. Tenía un apartamento de dos cuartos que había esperado en lista durante cuatro años para conseguir. Tenía trabajo garantizado, vacaciones pagadas, atención médica gratuita, entradas subsidiadas al teatro y al ballet. Había cosas que no podía comprar porque no existían en las tiendas oficiales y el mercado negro tenía sus riesgos. Había libros que no podía leer abiertamente. Había opiniones que no podía expresar en voz alta en ciertos contextos. Pero también había una estabilidad que en retrospectiva entiendo que tenía un valor que entonces daba por sentado.

—¿Lo añora? —preguntó Valeria, con una franqueza que cortó el aire de la mesa.

Dmitri la miró durante un momento que fue suficientemente largo para contener varias respuestas posibles antes de la que eligió.

—Añoro ciertas cosas de esa vida que no tienen nada que ver con el sistema político —dijo—. Añoro tener treinta años. Añoro las conversaciones en la cocina que duraban hasta las dos de la madrugada porque nadie tenía que levantarse a trabajar para alguien que no fuera el Estado y el Estado no se iba a ir a ningún lado. Añoro la certeza de que el apartamento seguiría siendo mío el mes siguiente y el año siguiente. Esas cosas son reales. El problema es que venían en un paquete con otras cosas que no puedo añorar sin deshonar a los que las sufrieron.

—¿Cómo se vive con eso? —preguntó Ernestina, que llevaba semanas haciéndole variaciones de la misma pregunta y que cada vez recibía una respuesta diferente que sin embargo siempre empezaba en el mismo lugar.

—Con dificultad —dijo Dmitri—. Y con la conciencia de que la dificultad es el precio correcto. Los que viven sin dificultad con esa contradicción son los que han decidido no verla, y eso me parece un error más grave que la dificultad.

La noche había avanzado sin que nadie lo notara del todo, como ocurría regularmente en El Zar desde que el grupo había encontrado su ritmo. Don Aurelio había cerrado la persiana de la entrada sin cerrar la puerta,

señal de que el local estaba técnicamente cerrado pero que la mesa del fondo tenía crédito indefinido.

—¿La semana que entra? —preguntó Fabiola.

—Gorbachov —dijo Dmitri—. El hombre que quiso arreglar el sistema desde adentro. El hombre que, según para quién se pregunte, salvó a Rusia o la destruyó. Y según yo, hizo las dos cosas al mismo tiempo sin querer hacer ninguna de las dos.

—¿Es posible eso? —preguntó Camilo.

—En política —dijo Dmitri, levantándose—, es lo más frecuente.

Se puso el abrigo. Miró la mesa con la expresión que Ernestina había aprendido a reconocer como la de alguien que está guardando algo para sí mismo que no ha decidido todavía si va a decir.

Lo dijo.

—Una cosa —dijo—. La semana que entra empezamos a acercarnos al final. Al derrumbe. Y quiero que sepan que contar ese período me cuesta más que todo lo anterior, no porque sea más violento sino porque es el que yo viví directamente, no el que heredé de mi padre o de mi abuelo. Es el que está en mi propia memoria, no en la de ellos. Y eso —dijo, abriendo la puerta— es diferente.

Salió al frío de la calle.

Y la mesa, que ya había aprendido que los silencios que dejaba Dmitri al irse eran parte de la conversación, los dejó estar.

Capítulo 10

El hombre que abrió la caja

La mesa del fondo del Zar ya no era solo una mesa.

Era un evento. Esa palabra la usó por primera vez Fabiola una noche de noviembre cuando llegó y encontró en la banquetta, antes de entrar, a dos personas que no conocía preguntándole a Don Aurelio si todavía había lugar. Don Aurelio les había dicho que sí, que juntaba una silla más, con la resignación satisfecha de quien ha dejado de resistir algo que claramente va a seguir ocurriendo. Había periodistas que venían a escuchar y tomaban notas sin presentarse. Había académicos que llegaban con el gesto de quien verifica en persona algo que había leído de segunda mano. Había curiosos del barrio que simplemente entraban porque habían escuchado que en El Zar los viernes pasaba algo que valía la pena escuchar.

Don Aurelio había pensado en cobrar entrada. Lo había pensado en serio, con números y todo, un martes mientras hacía el inventario. Luego miró hacia la mesa del fondo, donde Dmitri iba a sentarse en cuatro días, y decidió que no. Había cosas que el dinero convertía en otra cosa, y esta era una de ellas.

Esa noche había diecisiete personas. Dmitri llegó, contó sin que se le notara, pidió su vodka.

—Esta es la antepenúltima noche —dijo, antes de que nadie más hablara—. En dos semanas terminamos. Quiero que lo sepan porque lo que voy a contar hoy necesita espacio, y si saben que quedan dos semanas más tal vez no traten de meterlo todo esta noche.

Rodrigo asintió. Valeria tenía la grabadora sobre la mesa, encendida desde antes de que Dmitri llegara. Ernestina tenía dos cuadernos: el de siempre y uno nuevo que había comprado esa semana porque el primero estaba casi lleno.

—Gorbachov —dijo Dmitri.

Mijaíl Serguéyevich Gorbachov llegó al poder en marzo de 1985 con cincuenta y cuatro años, que para los estándares soviéticos era casi una edad juvenil. Sus tres predecesores inmediatos habían muerto en el cargo en el lapso de tres años: Brézhnev en 1982, Andrópov en 1984, Chernenko en 1985. La Unión Soviética había estado gobernada durante ese período por una sucesión de ancianos enfermos que en algunos casos apenas podían sostenerse de pie en los desfiles del primero de mayo. El contraste con el nuevo secretario general, que caminaba erguido, hablaba sin leer el papel y tenía esposa que aparecía a su lado en los actos públicos, generó una expectativa que Gorbachov no había prometido pero que el país necesitaba tanto que la proyectó sobre él de todas formas.

—¿Qué quería hacer? —preguntó Rodrigo.

—Quería salvar el sistema —dijo Dmitri—. Eso es lo fundamental y lo que más gente olvida. Gorbachov no era un demócrata liberal infiltrado en el partido comunista esperando el momento de destruirlo desde adentro. Era un convencido de que el socialismo soviético era rescatable si se le quitaban las capas de corrupción, ineficiencia y mentira institucionalizada que lo habían convertido en lo que era en 1985. La perestroika, la reestructuración, era un programa de modernización económica. El glasnost, la transparencia, era el instrumento para limpiar el sistema. Ambas cosas estaban al servicio de un socialismo renovado. No de su sustitución.

—¿Y no funcionó? —preguntó uno de los nuevos, desde el extremo de la mesa.

—Funcionó de maneras que Gorbachov no había anticipado —dijo Dmitri—. La perestroika desarticuló el sistema de planificación central sin construir un mercado funcional para reemplazarlo. Las empresas estatales que habían sido liberadas de las cuotas obligatorias no sabían cómo operar sin ellas, porque nunca lo habían hecho. La producción cayó. Los bienes escasearon más que antes. Las filas frente a las tiendas se hicieron más largas. Y la gente que había aceptado la escasez como precio de la estabilidad empezó a preguntarse si la perestroika no

estaba produciendo lo peor de los dos sistemas: la ineficiencia del socialismo sin la seguridad del socialismo.

—¿Y el glasnost? —preguntó Ernestina, con la pluma lista.

—El glasnost fue la decisión más transformadora y más irreversible —dijo Dmitri—. Gorbachov abrió la prensa, permitió que los periódicos publicaran cosas que antes habrían enviado a su editor al Gulag, autorizó investigaciones sobre los crímenes del período estalinista que el deshielo de Jruschov había insinuado pero nunca completado. Y lo que ocurrió fue que la gente, que llevaba décadas practicando el pensamiento doble entre lo que decía en público y lo que pensaba en privado, descubrió de pronto que podía decir en público lo que pensaba en privado.

Bebió.

—Cuando la gente supo la verdad sobre el Gulag, sobre el Holodomor, sobre los pactos secretos, no se indignó más. Ya estaba indignada. Simplemente dejó de fingir que no lo estaba. Y eso —dijo— es una fuerza que ningún gobierno, una vez que la suelta, puede volver a guardar.

—La caja de Pandora —dijo Tomás, en voz baja.

—La caja de Pandora —confirmó Dmitri—. Que es exactamente la imagen correcta. Porque lo que salió no era solo la indignación por el pasado. Era la energía acumulada de setenta años de cosas no dichas, de identidades suprimidas, de naciones que el sistema había declarado resueltas y que resultaron no estar resueltas en absoluto.

Las nacionalidades, explicó Dmitri, fueron el problema que nadie había resuelto y que el glasnost hizo imposible de seguir ignorando. La Unión Soviética era un imperio que se había llamado a sí mismo lo contrario de un imperio. Quince repúblicas, decenas de pueblos, lenguas, religiones, memorias históricas radicalmente distintas, todas unidas bajo una federación que en teoría era voluntaria y en práctica era coercitiva. Cuando el glasnost permitió que esas memorias se expresaran públicamente, lo que salió fue en muchos casos la memoria de la incorporación forzada, de las deportaciones, de la represión cultural.

Los lituanos recordaron que en 1940 los habían anexo en virtud del Pacto Molotov-Ribbentrop, cuya existencia el Estado acababa de reconocer oficialmente por primera vez. Los georgianos recordaron que en 1921 el Ejército Rojo había aplastado su república independiente. Los ucranianos recordaron el Holodomor. Y cada uno de esos recuerdos, al salir a la superficie, generaba una pregunta que el sistema no podía responder sin contradecirse a sí mismo.

—¿Y Gorbachov qué hizo? —preguntó Rodrigo.

—Lo que hace alguien que abre una caja sin saber exactamente lo que hay adentro —dijo Dmitri—. Intentó cerrarla. Luego intentó controlar lo

que salía. Luego intentó negociar con ello. En ningún caso tuvo éxito completo, porque el proceso ya era más grande que él.

Chernóbil, dijo Dmitri, fue la primera prueba real. Abril de 1986, catorce meses después de la llegada de Gorbachov. La explosión del reactor número cuatro de la central nuclear en Ucrania. La respuesta inicial fue exactamente la del sistema anterior: ocultar, minimizar, controlar. Los habitantes de Prípiat fueron evacuados treinta y seis horas después de la explosión sin que les dijeran por qué. Gorbachov tardó dieciocho días en dirigirse al país. Y esos dieciocho días de silencio demostraron que el reflejo del ocultamiento era más fuerte que la voluntad de transparencia que el glasnost proclamaba.

—¿Y el Muro? —preguntó Ernestina.

—El Muro —dijo Dmitri—. Noviembre de 1989. Yo tenía cuarenta y un años y estaba en Sverdlovsk. Vi las imágenes en la televisión: la gente sobre el Muro de Berlín con martillos y picos, los guardias que no disparaban, los berlineses del este y del oeste abrazándose en el mismo lado de una frontera que había dividido una ciudad durante veintiocho años. Era una imagen que en cualquier momento anterior de la historia soviética habría sido presentada como la victoria del imperialismo. Esa noche, en la televisión soviética, la presentaron casi como un acontecimiento natural. Como si nadie supiera exactamente cómo llamarlo.

Hizo una pausa.

—Yo tampoco supe cómo llamarlo esa noche. Sabía que algo irreversible había ocurrido. No sabía todavía cuánto.

Lo que siguió fue lo que Dmitri describía como el desfile: Polonia, Hungría, Checoslovaquia, Rumania, Bulgaria. Los regímenes comunistas de Europa del este cayeron uno tras otro entre el otoño de 1989 y el invierno de 1990, con velocidades que iban de la negociación pacífica al colapso violento. Ceaușescu en Rumania fue juzgado sumariamente y fusilado el día de Navidad de 1989 junto a su esposa.

—¿Y las repúblicas soviéticas? —preguntó Valeria.

—Las repúblicas soviéticas siguieron la lógica del efecto dominó con un retraso de meses —dijo Dmitri—. Los países bálticos declararon la soberanía en 1990. Georgia, Armenia, Azerbaiyán. Ucrania. Gorbachov intentó negociar un nuevo tratado de unión que preservara alguna forma de estructura federal. Algunos lo apoyaban. Otros ya habían decidido que cualquier estructura que incluyera a Moscú en el centro era inaceptable.

—¿Y el golpe? —dijo Tomás.

—El golpe de agosto de 1991 —dijo Dmitri—. Mientras Gorbachov estaba de vacaciones en Crimea, un grupo de altos funcionarios del partido, del KGB y del ejército lo declararon incapacitado por razones de salud y

asumieron el poder. Tanques en las calles de Moscú. Estado de emergencia. El anuncio por televisión leído por locutores con cara de haber envejecido veinte años en una noche. Y luego Yeltsin sobre un tanque frente al Parlamento, llamando a la resistencia. Los soldados que no avanzaron. En setenta y dos horas el golpe había colapsado.

—¿Y Gorbachov regresó al poder? —preguntó uno de los periodistas que había venido a escuchar y que hasta ese momento no había dicho nada.

—Regresó a Moscú —dijo Dmitri—. Pero el poder que encontró a su regreso no era el que había dejado. Yeltsin era el héroe. Las repúblicas que habían estado esperando declararon su independencia en cascada. Y el 8 de diciembre de 1991, en una reunión en un bosque de Bielorrusia a la que Gorbachov no fue invitado, los presidentes de Rusia, Ucrania y Bielorrusia firmaron el acuerdo que disolvía la Unión Soviética. El presidente de la Unión Soviética se enteró por teléfono de que la Unión Soviética había dejado de existir.

La mesa estaba completamente quieta.

—Y el 25 de diciembre de 1991 —dijo Dmitri, con una voz levemente más baja que la habitual— Gorbachov leyó su renuncia por televisión. Y a las siete de la tarde, hora de Moscú, la bandera roja con la hoz y el martillo fue arriada del Kremlin y reemplazada por la bandera tricolor rusa.

Se detuvo. Bebió despacio.

—Yo lo vi en televisión. Tenía cuarenta y tres años y una copa de vodka en la mano, igual que tengo este vaso ahora. Y me quedé mirando la pantalla durante un buen rato después de que todo había terminado. Pensando en mi padre. En mi abuelo Piotr que murió en el sitio de Leningrado. En los setenta y cuatro años que habían transcurrido entre 1917 y esa noche. En la cantidad de vidas que habían sido formadas, deformadas y destruidas por esa bandera que acababa de desaparecer.

Ernestina escribía sin parar. Tomás tenía los codos en la mesa y la cabeza entre las manos, la postura de alguien que está recibiendo exactamente lo que buscaba y no sabe todavía qué hacer con ello. Rodrigo estaba callado, con el vaso a medias y la mirada en algún punto entre la mesa y el pasado que Dmitri acababa de poner frente a todos. Valeria lo miraba a él, no a Dmitri, con una expresión que no era triunfo sino algo más parecido a la preocupación genuina de quien ve a alguien que quiere atravesar algo difícil.

—¿Y después? —preguntó Fabiola—. El día siguiente. ¿Qué pasó el día siguiente?

—El día siguiente —dijo Dmitri— Rusia amaneció siendo un país diferente sin que nadie supiera exactamente qué tipo de país era. Los noventa fueron la década en que ese país intentó descubrirlo. La terapia de choque: la privatización acelerada de las empresas estatales,

recomendada por economistas occidentales que aplicaron en Rusia el mismo manual que habían aplicado en otros países sin considerar que Rusia no tenía ninguna de las instituciones que en esos países habían amortiguado el impacto. Los precios se liberaron de golpe. La inflación fue de dos mil seiscientos por ciento en 1992. Los ahorros de toda una vida se evaporaron en semanas.

—¿Los ahorros de su padre? —preguntó Ernestina.

—Mi padre había muerto en 1989, dos años antes del colapso —dijo Dmitri—. No vivió los noventa. A veces pienso que fue una forma de suerte, aunque no habría llamado suerte a morir antes de ver lo que vino. Lo que vino fue la aparición de los oligarcas: los hombres que tenían las conexiones correctas en el momento correcto y que compraron a precio de remate las industrias, los recursos naturales, los bancos que el Estado vendía sin que existiera ningún marco legal que regulara cómo se vendían ni a quién. En 1996, siete hombres controlaban la mitad de la economía rusa. Siete.

—¿Y la gente? —preguntó Asunción.

—La gente sobrevivió como pudo —dijo Dmitri—. Algunos encontraron lugar en la nueva economía. Muchos no. La esperanza de vida masculina en Rusia cayó de sesenta y cuatro años en 1990 a cincuenta y siete en 1994. El vodka, que siempre había sido el anestésico del sistema, se convirtió en el anestésico del colapso del sistema. Y junto con el vodka llegó la nostalgia: la convicción de que lo anterior, con todos sus defectos, había sido mejor que esto. Una nostalgia que no era necesariamente nostalgia del comunismo. Era nostalgia del orden, de la certeza, de saber qué ibas a comer mañana aunque no pudieras decir lo que pensabas en voz alta.

—¿Y Gorbachov? —preguntó Rodrigo, saliendo por primera vez de su silencio de la noche.

—Gorbachov vivió sus últimos treinta años como una figura que en Occidente era celebrada como el hombre que terminó la Guerra Fría y en Rusia era percibida mayoritariamente como el hombre que destruyó el país. Ganó el Premio Nobel de la Paz en 1990. En Rusia, las encuestas lo ubicaban consistentemente entre los líderes más desprestigiados de la historia reciente. Murió en agosto de 2022, a los noventa y un años, en Moscú.

Hizo una pausa breve.

—Putin no fue a su funeral.

El silencio que siguió fue de los que tienen peso propio. Don Aurelio, desde la barra, dejó el trapo sobre la superficie y no lo recogió, que era su manera de indicar que también estaba escuchando y que lo que acababa de escuchar merecía un momento.

—¿Fue un hombre bueno? —preguntó el periodista que había venido a escuchar, con la voz de quien ha guardado la pregunta toda la noche.

Dmitri lo miró.

—Fue un hombre que hizo una cosa necesaria de manera incompleta —dijo—. Abrió la caja porque el sistema que custodiaba esa caja se estaba muriendo de adentro hacia afuera, y la única alternativa a abrirla era seguir fingiendo que no pasaba nada hasta que colapsara solo con más violencia. Lo que salió de la caja no era lo que él esperaba. Pero lo que estaba adentro tampoco lo había puesto él. Lo habían puesto setenta años de historia que hemos contado aquí semana a semana.

Rodrigo levantó la vista.

—¿Y qué quedó en el fondo de la caja? —preguntó—. Cuando todo salió. ¿Qué quedó?

Dmitri lo miró durante un momento.

—La semana que entra —dijo— se los cuento.

Se levantó. Se puso el abrigo con los movimientos cuidadosos de siempre. Miró la mesa ampliada, las diecisiete personas que lo habían escuchado, los vasos, las libretas, la grabadora de Valeria con su luz roja encendida.

—Una cosa antes de irme —dijo—. Lo que quedó en el fondo de la caja tiene nombre. Y ese nombre es lo que vamos a hablar la semana que entra. Es el nombre del hombre que recogió todo lo que había caído al suelo en los noventa y construyó con ello algo que todavía está en pie. Para bien o para mal, todavía está en pie.

Salió. La puerta de la Cantina El Zar cerró detrás de él.

Y la mesa, que había aprendido a quedarse después de que Dmitri se fuera porque los silencios que dejaba también eran parte de lo que se venía a buscar, se quedó en silencio durante un momento que nadie interrumpió, mirando el vodka vacío y la noche de enero que esperaba afuera.

Capítulo 11

El heredero

Esa noche Don Aurelio puso una botella de vodka en la mesa antes de que Dmitri llegara.

No un vaso. Una botella. La dejó en el centro con el gesto silencioso de quien ha tomado una decisión y no necesita explicarla. Rodrigo la miró cuando llegó, miró a Don Aurelio, y Don Aurelio ya había vuelto a la barra. Valeria la miró y no dijo nada. Tomás la miró y anotó algo en su carpeta, aunque nadie habría podido decir qué.

Cuando Dmitri entró y la vio, se detuvo un segundo. Luego se sentó, sirvió él mismo el primer vaso, y miró a la mesa.

—Putin —dijo.

Había veinte personas esa noche. Algunos habían traído a otros. La periodista del semanario cultural había venido con un fotógrafo que Valeria le pidió con una mirada que guardara la cámara, y el fotógrafo la guardó sin discutir porque había algo en el tono de esa mesa que indicaba que ciertas cosas no se hacían. El hombre de las gafas que había llegado semanas antes con Felipe estaba en su lugar habitual. Fabiola había llegado la primera, como siempre en las últimas semanas.

—Para entender a Putin —dijo Dmitri— hay que entender lo que Rusia vivió en los años noventa. Ya lo contamos la semana pasada. El caos, el empobrecimiento, la humillación de ver cómo el país que había sido una superpotencia negociaba préstamos con el Fondo Monetario Internacional y perdía guerras en Chechenia. Putin llegó prometiendo orden y dignidad nacional. Y cumplió, al menos en la versión de esas palabras que él tenía en mente.

—¿Qué versión era esa? —preguntó Rodrigo.

—La versión del Estado fuerte —dijo Dmitri—. No el Estado del partido único al estilo soviético, que Putin nunca intentó restaurar completamente, sino algo diferente y en algunos aspectos más sofisticado: un sistema donde las elecciones existen pero no son competitivas, donde la prensa existe pero no es libre, donde los empresarios pueden enriquecerse pero solo mientras no desafíen al poder político, y donde la narrativa nacional está centralizada en la figura del líder con una eficiencia que la propaganda soviética, con todo su aparato, nunca alcanzó completamente porque al menos en teoría había un partido y una ideología por encima del individuo.

—¿Y la gente lo aceptó? —preguntó Ernestina.

—La gente lo aceptó porque la alternativa que había conocido era peor —dijo Dmitri—. Eso es lo que los analistas occidentales no terminan de entender cuando preguntan por qué los rusos apoyan a Putin. No es porque sean sumisos ni porque estén manipulados, aunque la manipulación existe y es real. Es porque muchos de ellos vivieron los noventa como una catástrofe y Putin es lo contrario de los noventa. Esa memoria es más poderosa que cualquier argumento sobre libertad de prensa.

—¿Y Ucrania? —preguntó Valeria, con la pregunta que llevaba guardada desde que Dmitri había anunciado el tema de la noche.

Dmitri sirvió el segundo vaso. Bebió despacio.

—Ucrania —dijo— es donde la lógica de Putin choca con la realidad de una manera que él no calculó completamente, o que calculó mal, o que

calculó bien y decidió asumir de todas formas. Para entenderlo hay que ir al principio.

Ucrania e independencia, explicó Dmitri, no eran palabras que hubieran estado siempre juntas en la historia. Durante siglos el territorio que hoy es Ucrania estuvo dividido entre el Imperio Ruso, el Imperio Austrohúngaro y Polonia, con una identidad nacional que existía en la lengua, en la literatura, en la memoria campesina, pero que no había tenido Estado propio moderno hasta 1991. Lo cual no significaba que no existiera: significaba que había sobrevivido sin él, que es en algunos sentidos una prueba más robusta de existencia que tenerlo.

—Putin dice que Ucrania no es una nación real —dijo Rodrigo—. Que es una invención histórica.

—Putin escribió un ensayo en julio de 2021 —dijo Dmitri— donde argumentaba exactamente eso: que rusos y ucranianos son un mismo pueblo, que la identidad ucraniana separada fue construida artificialmente por los enemigos de Rusia, primero los austrohúngaros, luego los bolcheviques con sus políticas de indigenización, luego Occidente. El ensayo tiene elementos que no son completamente falsos como descripción histórica y conclusiones que son completamente falsas como argumento político, que es la combinación más peligrosa posible porque hace que las conclusiones parezcan respaldadas por los elementos.

—¿Por qué peligrosa? —preguntó uno de los nuevos.

—Porque es más difícil de refutar que la mentira simple —dijo Tomás—. Si alguien te dice que dos más dos son cinco, lo refutas en un segundo. Si alguien te dice algo que es parcialmente verdadero y construye sobre esa verdad parcial una conclusión falsa, la refutación requiere desmontar la verdad parcial sin destruirla, que es un trabajo mucho más delicado.

—El Maidán —dijo Rodrigo.

—El Maidán —confirmó Dmitri—. Noviembre de 2013. El presidente ucraniano Yanukóvich suspende, bajo presión de Moscú, la firma del acuerdo de asociación con la Unión Europea. Esa decisión desencadena protestas masivas en la Plaza de la Independencia de Kiev, el Maidán Nezalézhnosti. Durante tres meses, cientos de miles de ucranianos ocupan la plaza en el invierno. En febrero de 2014, cuando las fuerzas de seguridad disparan sobre los manifestantes y mueren más de cien personas, el movimiento se vuelve irreversible. Yanukóvich huye a Rusia. Se forma un gobierno provisional.

—¿Y Putin? —preguntó Ernestina.

—Putin respondió en dos semanas —dijo Dmitri—. Hombres sin insignias identificables, que la prensa llamó hombrecitos verdes y que todo el mundo sabía que eran fuerzas especiales rusas, tomaron posiciones en

Crimea. En marzo de 2014, después de un referéndum organizado en condiciones que ningún observador internacional reconoció como legítimas, Crimea fue anexada a Rusia. Era la primera anexión territorial por la fuerza en Europa desde la Segunda Guerra Mundial.

—¿Y Occidente? —preguntó Valeria.

—Occidente impuso sanciones económicas —dijo Dmitri, con un tono que no era exactamente sarcástico pero que tenía la textura de alguien que ha visto muchas veces la diferencia entre las palabras y los hechos—. Y continuó comprando gas ruso. Durante ocho años.

—¿Y el Donbás? —preguntó Tomás.

—Simultáneamente con Crimea, en el este de Ucrania, en las regiones de Donetsk y Lugansk, surgieron movimientos separatistas armados que declararon repúblicas populares independientes. La inteligencia ucraniana y occidental documentó desde el principio la participación de fuerzas regulares rusas, aunque Moscú lo negó durante años. Comenzó una guerra que duró ocho años, mató a más de catorce mil personas, desplazó a un millón y medio, y que el mundo en gran parte ignoró porque no tenía la escala suficiente para dominar los titulares de manera sostenida.

—Ocho años de guerra que nadie llamó guerra —dijo Fabiola.

—Ocho años de guerra que todos llamaron conflicto —dijo Dmitri—. La semántica del poder: las guerras que los poderosos no quieren llamar guerras tienen otros nombres hasta que ya no pueden tenerlos.

El 24 de febrero de 2022, continuó, Putin lanzó lo que llamó operación militar especial: la invasión a gran escala de Ucrania con el objetivo declarado de desnazificar y desmilitarizar el país. Tres columnas de blindados avanzaron simultáneamente desde el norte, el este y el sur. La columna del norte apuntaba directamente a Kiev. El cálculo ruso, según la reconstrucción posterior de los analistas, era que el gobierno ucraniano colapsaría en días, que el ejército ucraniano no resistiría, que la población recibiría a las tropas rusas como liberadoras o al menos no las enfrentaría.

—¿Y qué pasó? —preguntó Ernestina, aunque todos en la mesa sabían lo que había pasado, porque todos habían vivido los días que siguieron frente a una pantalla.

—Que estaban equivocados —dijo Dmitri—. El ejército ucraniano resistió. La columna del norte fue detenida y obligada a retirarse después de un mes. Las ciudades que debían caer en días resistieron semanas, meses. Zelenski, el presidente ucraniano, que Putin probablemente esperaba que huyera, se quedó en Kiev y apareció en video desde las calles de la ciudad diciendo que necesitaba munición, no transporte. Esa imagen sola cambió el cálculo de muchos gobiernos occidentales sobre qué tipo de apoyo estaban dispuestos a dar.

—¿Por qué resistieron? —preguntó Rodrigo—. Si la narrativa de Putin dice que son el mismo pueblo, que no tienen identidad propia, ¿por qué pelearon así?

Dmitri lo miró.

—Porque la identidad no es lo que el poder dice que es —dijo—. Es lo que la gente decide que es cuando la están atacando. Los ucranianos que en 2022 hablaban ruso en casa y se sentían culturalmente ambiguos sobre su identidad decidieron en las primeras semanas de la invasión quiénes eran. La guerra de Putin no destruyó la identidad ucraniana. La consolidó con una velocidad y una profundidad que ningún proyecto político de construcción nacional habría conseguido en décadas.

—¿Y Rusia? —preguntó Valeria—. ¿Qué le está costando a Rusia?

—Más de lo que Putin calculó y menos de lo que sus críticos esperaban —dijo Dmitri—. La economía rusa ha resistido mejor de lo que las sanciones occidentales pretendían, en parte porque China, India y otros países han mantenido el comercio. El ejército ruso ha sufrido bajas que algunos analistas calculan en más de trescientos mil entre muertos y heridos, aunque los números exactos son imposibles de verificar porque ninguno de los dos lados tiene incentivo para publicar cifras precisas. Y la sociedad rusa ha aceptado la guerra con una pasividad que a algunos observadores extranjeros les resulta incomprensible y que yo entiendo perfectamente porque he vivido en ese país y sé lo que el Estado puede hacer con la información cuando decide controlarla completamente.

—¿Usted cree que Putin puede ganar? —preguntó el hombre de las gafas.

Dmitri giró el vaso sobre la mesa.

—Depende de qué se entienda por ganar —dijo—. Si ganar significa conquistar Ucrania completa y instalar un gobierno títere, no, ese objetivo ya no es alcanzable. Si ganar significa conservar los territorios que ocupa actualmente y presentarlo como un éxito en la narrativa interna, tal vez. Si ganar significa haber demostrado que Rusia puede actuar militarmente en su esfera de influencia sin consecuencias existenciales para el régimen, en cierta medida ya lo logró, aunque a un costo que seguirá acumulándose durante años.

—¿Y Ucrania puede ganar? —preguntó Ernestina.

—Ucrania ya ganó algo que no estaba garantizado el 24 de febrero de 2022 —dijo Dmitri—. Ganó su existencia como Estado independiente reconocido por el mundo, ganó el reconocimiento de su identidad nacional de una manera que ninguna generación anterior había tenido, y ganó el tiempo suficiente para que la pregunta sobre su futuro sea una pregunta abierta y no una respuesta impuesta desde Moscú. Si eso es

suficiente, si el precio que está pagando en vidas y destrucción se traduce en algo duradero, es algo que solo el tiempo puede responder.

La mesa estaba quieta. Era la quietud de gente que está procesando algo que les afecta no como historia lejana sino como noticia presente, algo que ha estado en sus teléfonos y en sus conversaciones y en sus pesadillas desde hace meses y que esta noche tiene de pronto una profundidad histórica que lo hace simultáneamente más comprensible y más pesado.

—¿Qué siente usted? —preguntó Fabiola—. No el análisis. Lo que siente. Dmitri la miró durante un momento largo.

—Siento —dijo— que estoy viendo repetirse una lógica que reconozco. La lógica del poder que necesita un enemigo exterior para justificarse hacia adentro. La lógica de la narrativa histórica convertida en argumento militar. La lógica de los muertos que se cuentan en cifras redondas para que no pesen demasiado. La reconozco porque la hemos contado aquí semana a semana durante meses. Y reconocerla no me hace sentir más sabio. Me hace sentir más triste.

Sirvió el último vaso de la botella.

—Hay algo que quiero que entiendan —dijo, mirando a la mesa completa—. No a los que vienen por primera vez esta noche. A los que llevan meses. Rodrigo, Valeria, Tomás, Ernestina. Todo lo que les conté, toda la historia desde 1861 hasta esta guerra que está ocurriendo ahora mismo mientras hablamos, no es una historia sobre Rusia. Es una historia sobre lo que les pasa a los sistemas políticos cuando el poder no tiene contrapesos reales. Eso no es una particularidad rusa. Es una posibilidad humana. Y la diferencia entre los países donde esa posibilidad se realizó y los países donde no se realizó no es que unos tengan mejor carácter que otros. Es que unos construyeron instituciones suficientemente fuertes para resistir la tentación del poder sin límites, y otros no, o las construyeron y luego las dejaron debilitarse, y eso también puede ocurrir.

Rodrigo tenía los codos sobre la mesa y miraba a Dmitri con una expresión que era la más despojada que le habían visto en todos los meses anteriores. Sin la energía del militante ni la guardia del que sabe que lo van a contradecir. Solo la expresión de alguien que está escuchando.

—¿Por qué nos cuenta todo esto? —preguntó—. En serio. ¿Por qué? Dmitri lo miró.

—Porque —dijo— llevo treinta años en este país y nunca había encontrado gente dispuesta a escucharlo completo. Sin querer que les confirme lo que ya creen. Sin querer usarlo para el argumento de esta semana. Solo escucharlo.

Hizo una pausa.

—Y porque mi padre no pudo contárselo a nadie. Y mi abuelo Piotr murió en el sitio de Leningrado antes de que hubiera nada que contar. Y las historias que no se cuentan no desaparecen. Se acumulan. Y en algún momento alguien tiene que sentarse en una cantina con el nombre equivocado y empezar a hablar.

Don Aurelio, desde la barra, recogió la botella vacía sin decir nada. La sostuvo un momento en la mano antes de dejarla en su lugar, con el cuidado específico de quien trata un objeto ordinario como si no lo fuera.

—La semana que entra —dijo Dmitri, levantándose— terminaremos.

Salió al frío de la calle. Y la mesa se quedó con la botella vacía en el centro y con todo lo que Dmitri había dejado ahí, que era bastante más de lo que cabía en ninguna botella.

Epílogo

Lo que Dmitri dejó en la mesa

La última noche no fue planeada como última noche.

Fue un viernes de febrero, el más frío del año en la Ciudad de México, con una temperatura que para los estándares de la ciudad era casi escandalosa y que para Dmitri era simplemente un martes cualquiera de su infancia en Leningrado.

Llegó con veinte minutos de retraso, lo cual ya había ocurrido anteriormente desde que llevaban reuniéndose, y el grupo lo notó con la sensibilidad que se desarrolla hacia los hábitos de alguien a quien se ha escuchado durante mucho tiempo.

Llegó sin el vodka de entrada. Eso también era nuevo.

Don Aurelio lo miró entrar, miró el reloj, y no dijo nada. Le sirvió el vodka con la discreción de quien sabe que hay noches en que la discreción es la forma más alta de atención.

La mesa estaba completa: Rodrigo, Valeria, Tomás, Ernestina, Fabiola. Asunción y Camilo. Mauricio y Felipe. Varios de los que habían llegado semanas antes y que ya tenían lugar tácitamente asignado. La periodista del semanario cultural que había vuelto tres viernes seguidos.

Diecinueve personas en total, entre las que estaba también, en un taburete junto a la pared, un hombre de unos cuarenta años con una libreta de espiral que nadie recordaba haber visto antes y que Valeria identificó de inmediato como periodista por la manera específica en que miraba el espacio antes de mirar a las personas.

Dmitri se sentó. Miró el vaso. No lo tocó de inmediato.

—Putin —dijo.

Y con esa sola palabra la mesa supo que habían llegado al final.

Vladímir Vladímirovich Putin, explicó Dmitri, no era un producto del azar. Era el producto más lógico de todo lo que habían contado durante los meses anteriores, la consecuencia directa de los noventa y del vacío que el colapso soviético había dejado en el centro de la identidad rusa.

Un hombre formado en el KGB, que había trabajado como oficial de inteligencia en la Alemania del este y que estaba en Dresde, mirando cómo caía el Muro, cuando la multitud se acercó a la sede local de la KGB y él salió a la puerta solo, sin refuerzos, y les dijo que si entraban dispararía. La multitud retrocedió. Él llamó a Moscú pidiendo instrucciones.

Moscú no respondió. Esa noche, según sus propias memorias, entendió algo que lo marcaría para siempre: que el centro ya no sostenía nada, y que quien quisiera construir algo tendría que construirlo él mismo.

—¿Cómo llegó al poder? —preguntó Ernestina.

—Yeltsin lo nombró primer ministro en agosto de 1999, y en diciembre de ese año, en una transmisión de Año Nuevo que sorprendió a todo el país, Yeltsin renunció anticipadamente y lo nombró presidente interino. Las elecciones formales fueron en marzo de 2000. Putin ganó con el cincuenta y tres por ciento en primera vuelta.

—¿Por qué la gente lo eligió? —preguntó Asunción.

—Porque era lo contrario de lo que había habido antes —dijo Dmitri—. Yeltsin en sus últimos años era un hombre visiblemente enfermo, con problemas de alcoholismo que sus asesores intentaban ocultar con un éxito variable, que había presidido la mayor transferencia de riqueza pública a manos privadas de la historia moderna y que había llevado al país a una guerra en Chechenia que en 1994 terminó en humillación militar. Putin llegó joven, sobrio, articulado, con el lenguaje del orden y de la restauración de la dignidad nacional. Para una población que había vivido los noventa como una década de caos, empobrecimiento y humillación, ese lenguaje era exactamente lo que quería escuchar.

—¿Y funcionó? —preguntó Rodrigo, con una voz que era la más neutral que le habían escuchado en meses.

—La economía mejoró en los primeros años —dijo Dmitri—. En parte por las políticas de Putin, en parte porque el precio del petróleo subió sostenidamente durante toda la primera década del siglo y Rusia es uno de los mayores exportadores de petróleo y gas del mundo. Los salarios reales crecieron. La clase media urbana se expandió. Moscú se llenó de restaurantes, de centros comerciales, de los signos exteriores de una prosperidad que en los noventa habría parecido imposible. Y Putin capitalizó esa prosperidad vinculándola a su figura de manera sistemática: el orden era él, la estabilidad era él, la recuperación de la grandeza nacional era él.

—¿Y a qué precio? —preguntó Valeria, con la pregunta que llevaba meses haciendo en distintas formas.

Dmitri bebió por primera vez desde que había llegado.

—La prensa independiente fue desapareciendo gradualmente —dijo—. No siempre por decreto, que es demasiado visible. Muchas veces por presión económica sobre los propietarios, por la adquisición de medios por parte de empresas cercanas al Kremlin, por la autorregulación de periodistas que aprendieron dónde estaban las líneas sin que nadie se las trazara explícitamente. Los partidos de oposición existían pero operaban en condiciones que hacían prácticamente imposible competir de manera real. Las elecciones se celebraban con la regularidad constitucional pero con resultados que los observadores internacionales describían sistemáticamente como no competitivos.

—Igual que Brezhnev —dijo Fabiola.

—Parecido en los instrumentos —dijo Dmitri—. Diferente en la escala y en el contexto. Brezhnev gobernaba un sistema que ya no creía en sí mismo. Putin construyó uno nuevo sobre las ruinas del anterior, y ese sistema sí creía en sí mismo, o al menos creía en Putin, que para sus propósitos era suficiente.

—¿Y Ucrania? —preguntó Tomás, con el tono de quien sabe que ese nombre tiene que entrar y que no hay manera de rodearlo.

Dmitri asintió lentamente. Era la asintió de alguien que ha estado esperando esa pregunta y que al mismo tiempo no está completamente seguro de querer responderla.

—Ucrania —dijo— es la última página de un libro que empezó en 1917. Y el problema es que nadie que esté vivo hoy leyó el libro completo.

Hizo una pausa.

—Putin ve Ucrania como una parte de Rusia que fue separada artificialmente por el colapso soviético, una nación que en su narrativa no existe como entidad genuinamente independiente sino como construcción histórica de Lenin y de las políticas de indigenización soviéticas de los años veinte. Hay elementos de esa narrativa que tienen algún fundamento histórico y hay elementos que son deliberadamente falsos o que ignoran lo que el pueblo ucraniano ha construido y decidido por sí mismo en los últimos treinta años. Esa mezcla de verdad parcial y falsedad instrumental es exactamente la misma que hemos visto funcionar en todas las narrativas oficiales que hemos discutido aquí semana a semana.

—¿Y la guerra? —preguntó Ernestina, que había dejado de escribir por primera vez en la noche.

—La invasión de febrero de 2022 —dijo Dmitri— es la consecuencia de una lógica que Putin había estado construyendo durante veinte años: Rusia como potencia imperial con derechos sobre su esfera de

influencia, la OTAN como amenaza existencial, Ucrania como línea roja. Yo conozco ucranianos. Tengo amigos ucranianos, o los tenía antes de que la guerra hiciera que ciertas conversaciones se volvieran imposibles. Sé que la narrativa rusa oficial sobre Ucrania tiene las mismas costuras que todas las narrativas oficiales que ya les describí. Y también sé que la narrativa occidental sobre la guerra tiene sus propias simplificaciones, sus propios silencios, su propio interés en presentar el conflicto como más simple de lo que es.

—¿De qué lado está usted? —preguntó el periodista del taburete, el que nadie conocía, con la pregunta directa de quien ha venido específicamente para hacerla.

Todos lo miraron. Dmitri también lo miró.

—Estoy del lado de los muertos —dijo—. Que es el único lado que no tiene agenda.

El silencio que siguió fue de los absolutos. Incluso la televisión, que Don Aurelio había dejado encendida con el volumen al mínimo como siempre, parecía haberse callado.

Rodrigo habló primero. Lo hizo con una voz que era la más tranquila que le habían escuchado en toda la historia de las noches del Zar, la voz de alguien que ha llegado a algún lado después de un camino largo y que todavía no sabe completamente dónde está pero que ya no está donde estaba.

—¿Valió la pena? —preguntó—. Todo eso. Setenta y cuatro años. Lo que vivió su padre, lo que murió su abuelo, lo que creyó usted y lo que vio derrumbarse. ¿Valió la pena?

Dmitri miró el vaso durante un momento que fue real, no retórico.

—Para los que murieron en el Gulag, no —dijo—. Para los que sobrevivieron el sitio de Leningrado, sí. Para los que vivieron setenta años sin que nadie los matara por sus ideas, tal vez. Para los que murieron en Ucrania esta semana, la pregunta todavía no tiene respuesta porque todavía están muriendo. La historia no tiene una respuesta para esa pregunta. Solo tiene la pregunta.

Rodrigo asintió. No era el asentimiento de alguien que ha recibido la respuesta que esperaba. Era el asentimiento de alguien que ha recibido la respuesta que la pregunta merecía.

Los demás empezaron a levantarse gradualmente, con los movimientos de quienes saben que algo ha terminado y que no hay ningún gesto suficientemente adecuado para marcarlo.

Asunción y Camilo se fueron juntos con la libreta de espiral bajo el brazo. Mauricio y Felipe salieron discutiendo algo en voz baja que tenía toda la estructura de una conversación que iba a durar horas. Fabiola se terminó su copa con la lentitud de quien no tiene prisa pero sabe que llega el momento.

La periodista del semanario cultural guardó su libreta y le dijo algo a Valeria al oído antes de salir, algo que Valeria recibió con un asentimiento que no comprometía nada pero que tampoco descartaba nada.

Tomás fue el último en levantarse del grupo principal. Se puso el abrigo, recogió su carpeta, y se detuvo un momento frente a Dmitri.

—Gracias —dijo, con la sencillez de quien no necesita elaborar porque la palabra es suficiente.

Dmitri lo miró.

—Gracias a usted —dijo—. Por corregirme cuando me equivoqué.

Tomás asintió y salió. Ernestina lo siguió, con sus dos cuadernos llenos bajo el brazo y la expresión de alguien que tiene suficiente material para tres tesis y que sabe que ninguna de las tres va a ser la que empezó a escribir el primer viernes de octubre.

Quedaron Dmitri y Rodrigo.

Valeria se había quedado también, de pie junto a la barra, con el bolso en el hombro y la grabadora guardada, en la postura de alguien que no se ha ido pero que tampoco se ha sentado de nuevo. Rodrigo la miró. Ella le devolvió la mirada con una expresión que no era la de todas las semanas anteriores.

—Voy a esperar afuera —dijo Valeria—. No hay prisa.

Y salió.

Rodrigo miró a Dmitri. Dmitri miró a Rodrigo.

—El socialismo del que usted habla —dijo Dmitri— todavía no ha sido probado. El mío fue probado y falló. Quizás el suyo sea diferente. Pero asegúrese de saber por qué falló el mío antes de intentarlo. No para desanimarse. Para no repetirlo. Eso es lo único que le pido.

Rodrigo asintió. Tenía algo en la cara que no era derrota ni era rendición. Era algo más parecido a la madurez específica de quien ha recibido más de lo que esperaba y todavía está calculando el peso.

—¿Va a seguir viniendo? —preguntó.

Dmitri miró su vaso vacío. Lo giró una vez sobre la mesa, el gesto de siempre.

—Los viernes siempre estoy aquí —dijo.

Se levantó. Se puso el abrigo con los movimientos lentos y cuidadosos de sus setenta y ocho años. Sacó del bolsillo el dinero exacto, como siempre, y lo dejó sobre la mesa junto al vaso vacío.

Don Aurelio recogió el vaso sin decir nada. Luego miró a Dmitri con la expresión de alguien que tiene algo que decir y que ha estado esperando el momento desde hace semanas.

—Oiga —dijo.

Dmitri se detuvo.

—Todo lo que contó —dijo Don Aurelio, con la lentitud de quien está midiendo las palabras porque sabe que no tiene muchas y quiere que las que use sean las correctas—. Todo eso que pasó. ¿Sirvió de algo?

Dmitri lo miró durante un momento.

—Para los que lo vivieron —dijo— sirvió de lo que sirvió, que fue mucho y fue terrible y fue las dos cosas al mismo tiempo. Para los que vienen después —miró brevemente hacia la puerta por donde habían salido todos—, sirve si lo aprenden. Y deja de servir en el momento en que dejan de aprenderlo.

Don Aurelio asintió con la cabeza una sola vez, despacio, como quien recibe algo que va a tardar en procesar pero que reconoce como verdadero.

Dmitri caminó hacia la puerta. La abrió. Afuera, la colonia Roma estaba fría y quieta, con el silencio específico de las madrugadas de febrero en que la ciudad se recoge sobre sí misma.

En la banqueta, Valeria esperaba con las manos en los bolsillos. Dmitri la vio, le hizo un gesto breve con la cabeza, y siguió caminando en dirección contraria, hacia Doctores, hacia el departamento de dos cuartos, hacia la biblioteca de doscientos libros en ruso y el hábito de los viernes que iba a seguir siendo el hábito de los viernes.

Rodrigo salió detrás. Se detuvo junto a Valeria. Los dos miraron alejarse a Dmitri hasta que la figura del viejo con el abrigo desapareció en la curva de la calle.

—¿Qué estás pensando? —preguntó Rodrigo.

Valeria tardó un momento.

—Estoy pensando —dijo— que tengo mucho que leer.

Rodrigo la miró. Algo en su expresión cambió de una manera que ella notó y que ninguno de los dos nombró.

—Yo también —dijo.

Caminaron juntos hacia Álvaro Obregón. El frío era el mismo frío de siempre, el de febrero en la ciudad que nunca termina de decidir si tiene invierno o no. Pero caminaban juntos, que era algo distinto a como habían llegado el primer viernes de octubre, cuando Rodrigo había llegado con un plan y Valeria con un escepticismo y los dos habían encontrado algo que ninguno de los dos había calculado.

Adentro, Don Aurelio apagó la televisión. Recogió los últimos vasos. Miró la mesa del fondo, ya vacía, con las sillas en su lugar y la superficie limpia de todo menos del rastro invisible de todo lo que se había dicho ahí durante los meses anteriores.

Apagó la última luz.

Y la Cantina El Zar quedó en silencio y en oscuridad, lista para el siguiente viernes.

—FIN